
Para escribir mejor

La choza de Crixus, recopilación
(septiembre 2020- agosto 2021)

Álex Padrón



Índice

Introducción.....	4
El oficio de escritor freelance: escribir más, ganar más.....	5
¿Escribir 5000 palabras al día? Puedes lograrlo	8
Guía no tan rápida para escribir microrrelatos	11
Razonamiento y literatura: ¿deducción, inducción o abducción?.....	15
6 tipos de novelas que enamoran al lector (¡y venden!)	19
La viga en el ojo propio	23
Pecados que no se comen (si eres escritor).....	26
Pecados que no se comen (si eres escritor) Final	29
Manual de instrucciones para personajes memorables.....	34
5 vías para encontrar tu estilo literario	38
Blancanieves debe morir... tal vez, soñar.....	42
¿Cómo escribirle a un editor y que (quizás) te haga caso?	45
Los diálogos en tiempos de diálogo (II)	53
Concursos literarios: el cuento de hadas aterrizado	57
¡Mira, mamá, soy el antihéroe!.....	62
¿Cómo lees? ¿Crítico, escritor o editor?	69
¿Tienes ya tu lector cero?.....	73
La trampa de la autopublicación	77
Publicando con sabor tradicional	80
Coedición: la solución intermedia	83
¡Esas manías de escritor! (I)	87
¡Esas manías de escritor! (Parte II)	90

15 Manías de escritor que se me quedaron en el tintero (Final, y no chivo más)	94
Sobre el uso (y abuso) de... los puntos suspensivos	98
Breve guía de fantásticas historias manidas.....	102
Blancanieves debe morir... tal vez, soñar.....	105
¿Papel o digital? Lo bueno para ti, es bueno para mí	109

Introducción

Sin el ánimo de pisar callos y siempre desde mi experiencia personal, entre septiembre del 2020 a agosto del 2021 escribí esta serie de 27 artículos sobre el oficio de escribir.

Con una aproximación más personal que académica y abarcando temas muy diversos, estos cumplen una doble función: llamar a la reflexión a otros autores sobre tópicos que considero medulares dentro del oficio, y dejar para el futuro un recordatorio para el Álex Padrón de lo que me parecía importante tener en cuenta.

Puedes estar o no de acuerdo conmigo en alguno de mis planteamientos y es lógico y deseable que así sea, pues significa entonces que he captado tu atención. En otros me darás la razón, y puede incluso que logre transmitirte mi experiencia personal en algún aspecto.

Si es así, me doy por complacido. Todos estos artículos puedes encontrarlos en mi web, pero para tu comodidad te los ofrezco en este resumen anual, que pretendo continuar brindando mientras me queden dedos para teclear y la cabeza clara para dejar estos fragmentos de mi memoria.

Así que nada, a disfrutar, aprender, pensar y quizás sonreír con ese “Para escribir mejor 2020-2021”, nacido en plena pandemia de COVID-19. Mal rayo la parta, pero al menos el confinamiento me ha servido para escribir.

Y eso, para un escritor, es lo mejor que puede hacer para desarrollarse y crecer.

El oficio de escritor freelance: escribir más, ganar más



La mayoría de los que nos dedicamos a la escritura creativa, ya sea como redactores freelance, copywriters o escritores a tiempo completo, rebasamos la cifra de 1000 palabras con facilidad, ¿cierto?

La fórmula de las 1000 palabras diarias para adaptarse a escribir mucho y bien no es nueva: uno de sus defensores es Stephen King, quién nos concede un día de descanso a la semana para no estresarnos demasiado. En una entrevista en que le preguntaron que cómo había escrito Carrie, este prolífico autor respondió, muy en serio, “Palabra por palabra”.

No importa cuántas ideas geniales tengamos en nuestra mente: si no las plasmamos en papel (o en un soporte digital, se entiende), nadie las podrá disfrutar. Si vivimos de ello, tampoco las cobraremos. Pero mientras más podamos escribir, más se puede ganar.

¿Por qué necesitamos el oficio de escribir?

No siempre, y en especial cuando te enfrentas a una obra extensa, podrás escribirla de un tirón motivado por esa fiebre que no nos deja apartarnos de las teclas. En una novela, por ejemplo, hay muchas escenas verdaderamente inspiradas, pero la mayor parte del tiempo el oficio de escritor consiste en llevar los personajes del punto A al punto B. Y eso, amigo mío, debe ser escrito a pesar que a veces cueste.

Se puede ser un escritor por inspiración o un escritor por oficio. Antes de escribir a tiempo completo un año bueno era el que escribía tres relatos pasables, con la justificación que no estaba inspirado. Eso está muy bien si se tiene un trabajo de oficina que garantice el sustento y entonces la escritura será un hobby. Pero cuando entré en el mundo del marketing de contenidos y tuve que escribir para ganarme el sustento, aprendí mi lección... y la aprendí con la motivación de que debía ser disciplinado y escribir todos los días para progresar económicamente.

Para escribir mejor

Más tarde, esa misma disciplina me ha servido y me sirve para afianzar mi carrera como escritor.

El reto de las 5000 palabras diarias

O la cantidad que te parezca adecuada. Cuando 1000 palabras no te dan de comer, tienes que empezar a adoptar determinadas costumbres que te permitan ser más productivo en tu oficio. Lo importante no es llegar a escribir un número determinado de palabras, sino ser coherentes y todos los días escribir una cantidad con las que estemos cómodos.

Primero, debes crear un ambiente libre de distracciones. Puede resultar muy romántica esa figura del escritor que donde le agarra la inspiración saca su cuaderno y se ensimisma durante horas, pero lo habitual es que un escritor a tiempo completo disponga de un espacio tranquilo donde pueda concentrarse en su trabajo, durante el número de horas que le dedique.

Algunos prefieren un olor evocador, otros una música de su agrado: acá entran a jugar factores que dependen de cada escritor, pero debe estar libre de distracciones. En mi horario de trabajo no tiene entrada ni el teléfono, ni las redes sociales, ni el correo electrónico, ni el televisor, ni los videojuegos. Ni siquiera una ventana abierta que pueda disociarme. Es encerrarse uno mismo con sus letras y cerrar la puerta durante ese tiempo a cualquier cosa que no sea escribir, y eso tiene que entenderlo bien tu familia.

Lo importante es tener material e ideas para escribir. Mi método consiste en llevar varios proyectos al mismo tiempo, lo que me da material para poder plasmar ideas diferentes que me aporten 5000 palabras diarias.

Es una cuestión de método personal: algunos escritores se dan de cabezazos hasta que no terminan un trabajo completa. Yo mantengo abiertos varios documentos a la vez de temas no relacionados y, cuando me bloqueo en uno salto al siguiente. Ese cambio de prioridades le da un segundo aire a mi cerebro: para cuando regreso al primer proyecto, ya sé exactamente qué decir.

Ahora mismo, tengo abiertos 8 documentos a la vez.

Teclear rápido, teclear bien

Pese a la popularidad de los teclados de silicona, el teclado mecánico es el único que le aporta al copywriter la necesaria comodidad para escribir. Pero aún con el teclado más cómodo, debes ser rápido para vencer la barrera de las 5000 palabras.

Si comparamos cuan aprisa podemos leer 11 páginas de un libro con la cantidad de horas que nos cuesta teclearlas (no ya sacarlas de nuestra mente), está claro que

Para escribir mejor

cualquier ayuda en el sentido de reducir ese tiempo será una ganancia en productividad. Aprender a teclear con las dos manos completas es muy importante para poder escribir y ganar más, por lo que un curso de mecanografía o al menos algunos ejercicios no vienen mal para mejorar la técnica.

Pero, ¿cuán rápido hay que escribir? Hay muchos test de velocidad de mecanografía que puedes tomar... que no te dirán nada, porque escribir de dictado lo más rápido posible no es lo mismo que ir redactando lo que te viene a la mente. Te sugiero que solo tomes un cronómetro (una app de tu Smartphone puede servir) y, sin mucha presión, comiences a teclear algo que resulte coherente durante más o menos un minuto.

Luego, cuenta los caracteres. Si rondas entre los 80 a 200 caracteres por minuto, no debes tener ninguna dificultad física para escribir 5000 palabras al día.

¿Cuál es el tope de un escritor de contenido?

Nótese que hasta el momento nos hemos concentrado en la necesidad de escribir mucho. Si luego es bueno o malo lo que hacemos, es motivo para un análisis aparte. Pero si no tienes nada que enseñar, ¿cómo puedes evaluarlo?

Lo mismo sucede con tus límites: estos deben estar justo en el rango que te sientas bien con tu trabajo y este no te agobie. Un redactor freelance puede saturarse muy rápido si está creando contenido similar, y lo sé por experiencia propia: hay ocasiones en las que he tenido que entregar hasta 6000 palabras al día, durante varias semanas.

Luego he necesitado períodos de recuperación bastante prolongados, o simplemente he aceptado encargos menos copiosos pero sobre temáticas que disfruto escribir. Según mi cantidad de pulsaciones por minuto en escritura creativa pudiera hacer 2000 palabras en una hora.

Si trabajase de forma ininterrumpida en una jornada de 8 horas, serían 16 000 palabras. Ganaría bastante, sí, pero a costa de mi salud física y mental.

Para escribir mejor

¿Escribir 5000 palabras al día? Puedes lograrlo



Un escritor necesita, entre muchas otras cosas, inspiración, buena ortografía, talento y facilidad con las palabras. También tiene que leer y mucho, y no solo el género que le atrae. No obstante, su primera y vital característica principal es que escriba.

Mientras escriba, bien o mal, puede llamarse en toda ley un escritor. Puede que estés haciendo un ensayo, una obra de teatro, un poema, un cuento, una novela o un artículo científico. No importa si lo haces por el puro placer de contar una historia, o si por el contrario te ganas la vida como periodista, creador de contenido u otro oficio que requiera escribir.

Solo serás escritor mientras estés escribiendo.

Pero escribir no es una cuestión de inspiración, sino un acto de transpiración. Si al final de escribir 10 cuartillas las revisas y te das cuenta que solo pudiste salvar 3 no importa: tenías material para elegir. Mientras más escribas mejor lo harás, y en palabras finolis, aquí se aplica ese popular dicho que reza: “removiendo testículos, se domina el arte de la castración”.

¿Podrás escribir 5000 palabras al día?

Más o menos en términos editoriales, 5000 palabras equivalen a unas 11 páginas. Desde la mirada del lector, eso no parece demasiado pedir.

Pero todos los que escribimos el tiempo y esfuerzo que significa generar 11 cuartillas de una buena historia. A veces es solo cuestión de sentarse y escribirlas de un tirón. La mayoría de las ocasiones, es un lento batallar en el que, si llegamos a las 1000 palabras al día, podemos darnos por más que satisfechos. Eso, tomándonos el escribir con toda seriedad.

Ok, entonces vamos a tomar como base esas 1000 palabras. ¿Las cumples a diario?

Probablemente, no. Quizás en una etapa en que estás realmente motivado puedes lograrlo... pero si vives de escribir, puede que esas 1000 palabras diarias no alcancen

Para escribir mejor

para vestirte, comer, disfrutar y tener una vida decente. Como en cualquier trabajo, necesitas ser productivo para ganarte el sustento. Eso es una buena motivación pero hay muchas otras. Entiendo que escribir sin tener la seguridad que una editorial te va a publicar, si vas a alcanzar a miles de lectores y si vas a obtener un beneficio por ello (llámese fama, fortuna o ambas) es un acto de fe y confianza. Pero si deseas ser escritor, no hay de otra.

Por eso y para que la motivación no te falle, ponte metas que puedas cumplir. Comienza por el reto de las 1000 palabras diarias si sientes que aún escribes muy poco. Si al final de cada semana sobrepasas tranquilamente las 7000 palabras acumuladas, duplica la cantidad una y otra vez.

Ya verás que 5000 palabras diarias, para un escritor con oficio bien entrenado, no son inalcanzables.

Algunos consejos para mantener el ritmo

Llegar a escribir a un ritmo de 5000 palabras necesita algunas condiciones de trabajo... porque realmente se trabaja escribiendo, tanto física como mentalmente. Así que tu puesto laboral tiene que tener buena iluminación, temperatura agradable, que no hayan ruidos que te desconcentren y otros elementos que te den comodidad a la hora de escribir. Nótese que hablo de “ruidos que te desconcentren”. Muchos escritores oyen música mientras escriben: Stephen King oye a Metallica, AD/DC y Guns and Roses; por ejemplo.

Pero también él (como tú) deben tener horarios de trabajo estrictos y cumplirlos con disciplina. La hora perfecta para escribir es la que elija cada quien, aunque yo prefiero desde antes del amanecer hasta el mediodía. Durante ese tiempo todos en casa saben que no se me puede molestar, porque estoy cumpliendo con mi trabajo.

También tienes que tener una idea clara del tema sobre el cual escribes. En lo personal, me gusta tener varios proyectos en marcha al mismo tiempo. De esta forma, si tengo “bloqueo de escritor” en uno de ellos, paso al próximo que ya tengo idea de cómo continuar.

Aun así, es recomendable que por vibrante que esté tu musa hagas un alto de 5 minutos por cada hora frente al ordenador –asumimos, claro, que no escribes a mano o usas una máquina de escribir en pleno siglo XXI– para caminar un poco y estirarte. Además que esta sencilla rutina te ahorra muchos dolores de cuello, espalda y muñecas, tomarte ese pequeño compás de espera seguro te ayuda a ordenar las ideas.

Para escribir mejor

Sobre el esfuerzo físico, no es cosa de broma. Cuida tu postura y haz las pausas que te recomendé, porque con dolor de columna y las muñecas hinchadas seguro que no llegarás a las 5000 palabras al día.

La mecanografía y la memoria muscular

Tu pensamiento es más rápido que tus palabras, y mucho más que tu capacidad de escribir en un teclado. Aquí hay opiniones divididas, pero más que una membrana de silicona o el teclado plano de una laptop yo prefiero mi confiable teclado mecánico qwerty con reposa muñecas para escribir.

La mecanografía rápida es una habilidad que se entrena como conducir, a golpe de memoria muscular. Si escribes mucho, verás que cada vez escribes también más rápido, sin mirar el teclado y usando todas los dedos de las manos. Hay muchos tutoriales y programas en internet para acelerar el proceso de aprender buena mecanografía. Consúltalos.

Aquí, un detalle que posiblemente desconocías: si te fijas bien, las teclas J y F de tu teclado tienen una barra sobresaliente en la parte inferior. Esta se adiciona para que las personas ciegas (o aquellas que no miran el teclado cuando escriben) sepan dónde colocar los dedos índices para teclear con todos los dedos de las manos.

Si logras teclear con los 10 dedos de forma correcta y rápida, te sobrarán las pulsaciones por minuto necesario para escribir 5000 palabras en un santiamén.

Tecleando rápido

Si todos los días pudieras trabajar 5 horas y en cada una de ellas teclearas 1000 palabras, en 18 días podrías terminar una novela de 200 cuartillas.

Eso claro está sería un primer borrador, porque luego vendría el verdadero oficio del escritor: el arte de reescribir, corregir y ajustar, que puede tardar meses. Pero suena prometedor tener un manuscrito de novela en menos de 20 días, ¿verdad?

Pues ten en cuenta que 1000 palabras por hora son cerca de 5400 caracteres, por lo que necesitarías unas 90 pulsaciones por minuto para alcanzar esa meta. Aunque te parezca mucho, no lo es: en modo de dictado, un escritor promedio –bueno, yo, que no tecleo ni lento ni muy rápido– logra unas 200 pulsaciones por minuto.

En teoría a ese ritmo continuado podría escribir la barbaridad de 11000 palabras en 5 horas. Pero seguro que acabaría con una tendinitis bestial, amén de que no es lo mismo tomar dictado que generar ideas nuevas.

Ten algo muy presente: ser escritor no es una carrera de velocidad, sino una prueba de resistencia. Si ya logras hacer 1000 palabras diarias, trabaja en base a las 5000 de forma constante para que adquieras el oficio y la disciplina del escritor.

Para escribir mejor

Guía no tan rápida para escribir microrrelatos



Muchos no consideran el microrrelato como género literario propiamente dicho y que no se diferencia del aforismo, pero esto es un gran error. El microrrelato es ideal para los escritores que comienzan en la narrativa.

Debido a sus dimensiones, exige gran precisión en el uso del lenguaje, la sintaxis, y el dominio de los tiempos y los ritmos. Aunque tenga un concepto diferente a la narrativa de mayor extensión, da elementos para enfrentarnos a retos de mayor complejidad, sin perdernos en nuestras reflexiones.

¿Dónde publicar microrrelatos?

El buen microrrelato es transmitir una idea al lector con menor número de palabras y la máxima eficiencia, y eso es algo que a veces es necesario.

Tampoco esta forma de literatura equivale a desahuciarlos de las grandes editoriales. Estas tienden cada vez más a publicar obras de gran extensión, como las novelas, en menoscabo del relato, la poesía o el microrrelato. No obstante, para el desarrollo de la narrativa breve, existen numerosos concursos internacionales de renombre y revistas que los buscan.

El lío es que paguen bien (siquiera algo). Uno de los mejores ejemplos en este orden es el Concurso Internacional de microrrelatos "Museo de la Palabra" de la Fundación César Egido Serrano. En este se da un premio de 20 000 dólares por una obra inferior a las 100 palabras de extensión. Por ello, está considerado el premio mejor dotado por cantidad de palabras en el mundo.

Pero también hay otros más modestos en casa, bastante importantes en el ámbito nacional. Por ejemplo, el Concurso de minicuentos El Dinosaurio que se convoca anualmente junto con el Centro Provincial del Libro y la Literatura de Sancti Spiritus y el Instituto Cubano del Libro. Son solo 300 CUC al ganador y 500 CUP al 2do lugar pero, hey, que los hay mucho peores internacionales.

Para escribir mejor

Qué es un microrrelato: ejemplos célebres

El microrrelato no es más que una historia de ficción muy breve. Y cuando digo breve, me refiero a una extensión entre 5 y 200 palabras como máximo.

Navega entre géneros: la línea entre la narrativa, la prosa poética y la poesía es borrosa en el microrrelato. Lo importante es condensar una historia y entregarla en el mérito de la brevedad. Por su naturaleza mínima, muestra más bien la punta del iceberg de una historia en su momento clímax. Es entonces el lector quién, con su imaginación, rellena los huecos.

¿Qué no son entonces considerados microrrelatos? Pues, según Ginés S. Cotillas, “los acertijos o adivinanza, los aforismos, las alegorías, las anécdotas, los apólogos, las fábulas, los apotegmas, las baladas, los bestiarios, las cartas, los chistes, los diálogos, los dichos, los epigramas, las estampas, las greguerías, los haikús, las leyendas, los miniensayos, las notas de prensa, las parábolas, los poemas en prosa ni los proverbios y refranes.”

Por su brevedad, el microrrelato tampoco puede seguir la estructura formal del cuento de introducción-nudo-desenlace. Y, lo más importante, por la economía de palabras necesarias en un microrrelato cada frase ha de ser construida de forma cuidadosa para llevar al lector la impresión que deseamos

He aquí algunos ejemplos de grandes nombres de la literatura universal, que incursionaron de forma magistral en esta forma de contar historias:

“Se venden zapatitos de bebé, nunca usados”. Ernest Hemingway.

“Escrito en su calendario en el día de la muerte de mi padre, dos palabras: llamar hijo”¹. Stace Budzko.

“El poeta de moda murió, y levantaron una estatua. Al pie grabaron uno de los epigramas que le valieron la inmortalidad y que ahora provoca la indiferencia o la risa, como la chistera, el corbatín y la barba de chivo del pobre busto. El Infierno no es de fuego ni de hielo, sino de bronce imperecedero”. Carlos Almira.

“Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí”. Augusto Monterroso. (no podía faltar)

Sobre los orígenes del microrrelato de manera formal hay mucho debate. Se plantea que las fábulas medievales, los haikus japoneses o los aforismos guardan tanta similitud con el microrrelato que su nacimiento exacto no puede establecerse. Pero lo cierto es que, como género literario per se alcanzó un gran auge en los años sesenta del siglo pasado, gracias a autores como Jorge Luis Borges o Julio Cortázar.

Para escribir mejor

Cómo se escribe un microrrelato: trucos

1. Este esquema, aunque no es el único, puede orientarte para hacer buenos microrrelatos.
 1. Piensa en un hecho o anécdota que sea visual y llame a la reflexión.
 2. Verifica que en él se encierre una idea oculta, una idea que no se revela completamente pero que llama al lector a considerarla.
 3. Piensa como contar la historia para sorprender al lector.
 4. Cuenta la historia de forma original y que el lector imagine el resto.
 5. Plantea un principio intrigante y un final que sorprenda.
 6. Ponle a tu microrrelato un título que sea relevante en la historia y forme parte de ella.
 7. Ahora, economiza. Haz que tu microrrelato cuente la historia con la cantidad de palabras mínima.

Microcuento y microrrelato: ¿hay alguna diferencia?

En el sentido más formal, el microrrelato se considera una submodalidad narrativa del cuento. Comparte sus mismas características pero “de forma más extrema y potenciada”, como señala Francisco Álamo. Estas categorías tienen líneas muy difusas, normalmente definidas por las normas del concurso o revista que los publique. ¿Qué son comunes a ambos? Pues la brevedad, el contener una historia, buscar la complicidad con el lector, tener un elemento sorpresa,

Ejemplos de microrrelatos muy cortos

Para terminar, te dejo otro puñado de joyas del microrrelato. Seguro podrás reconocer en ellos algunos autores de renombre, y espero que ahora puedas contemplarlos con ojos de escritor y ver como se evidencian en ellos muchos de los elementos que hemos comentado en este artículo. Por cierto, a los microrrelatos que no se sobrepasan las 20 palabras se les llama nanorrelatos o relato hiperbreve.

Cruce

“Cruzaba la calle cuando comprendió que no le importaba llegar al otro lado”. Arturo Pérez Reverte.

El hombre invisible

“Aquel hombre era invisible, pero nadie se percató de ello”. Gabriel Jiménez Emán.

Cuento de horror

“La mujer que amé se ha convertido en fantasma. Yo soy el lugar de sus apariciones”. Juan José Arreola.

La última cena

Para escribir mejor

“El conde me ha invitado a su castillo. Naturalmente, yo llevaré la bebida”. Ángel García Galiano.

Microrrelatos

“Se despertó recién afeitado”. Andrés Neuman.

Una cosa es cierta: el microrrelato es un género que gana cada vez más adeptos en el presente siglo, y aprender a escribirlos de forma correcta es vital para tu estilo y tu divulgación entre los lectores. Si no me crees, acá te dejo una idea a considerar: ¿Qué es un tweet, sino un microrrelato de 140 caracteres?

Para escribir mejor

Razonamiento y literatura: ¿deducción, inducción o abducción?



Aunque estas formas de razonamiento son útiles para los escritores de novela negra y policiaca, su aplicación no se limita a estos géneros.

En cualquier momento que uno de nuestros personajes se enfrente a un misterio, podemos ayudarlo a solucionarlo a través de estas líneas de pensamiento.

Sobran ejemplos en la literatura de cómo resolver interrogantes a través de cada método. Mientras el Sherlock de sir Arthur Conan Doyle es eminentemente deductivo, el padre Brown de Gilbert Keith Chesterton es más inductivo que otra cosa.

En cuanto a la abducción, el caso más emblemático es C. Aguste Dupin de Edgar Allan Poe, considerado el padre del género detectivesco. El fray Guillermo de Baskerville, de Umberto Eco, es otro referente del razonamiento abductivo.

Las tres líneas de razonamiento

Razonamiento deductivo o inferencia deductiva

En esta línea, la conclusión se deriva de forma lógica a través de las premisas iniciales.

Partimos de dos premisas: una de mayor alcance y otra más limitada, y se llega a una conclusión que será correcta. Vamos con un ejemplo:

Premisa general: Todas las canicas de esta bolsa son rojas

Premisa particular: Estas canicas son de esta bolsa

Conclusión: Estas canicas son rojas

Razonamiento inductivo o inferencia inductiva

En esta línea, se parte de casos particulares y se llega a una generalización que será más o menos probable. De las premisas no se llega a la conclusión, por ello, la inferencia nunca será válida desde el punto de vista de la lógica.

Para escribir mejor

Esta línea de razonamiento está muy vinculado a las ciencias empíricas. Por ejemplo:

Premisa general: Estas canicas son de esta bolsa

Premisa particular: Estas canicas son rojas

Conclusión: Todas las canicas de esta bolsa son rojas

Como puede notarse, la conclusión no es necesariamente cierta, pues cabe la posibilidad de que en la bolsa hayan canicas de muchos colores y sólo se hayan elegido las rojas.

El razonamiento abductivo

Esta línea de razonamiento parte de la descripción de un hecho para llegar a una hipótesis o conjetura que explica las posibles razones o motivos del hecho.

Aunque no tiene que ser cierta por fuerza, esta conjetura trata de ser la mejor explicación, o al menos la más probable. Siendo conjeturas espontáneas de la razón, requieren de imaginación e instinto por parte de quien las formula. Ha sido llamada el primer paso del razonamiento científico.

En esta línea de razonamiento:

Conclusión: Estas canicas son rojas

Premisa general: Todos las canicas de esta bolsa son rojas

Conjetura: Estas canicas provienen de esta bolsa.

Por supuesto, basta colar un canica blanca en la primera observación para destruir toda la lógica abductiva. No obstante, su imprecisión original genera un modo de pensar no lineal y un razonamiento analógico

Tanto la abducción como la inducción no contienen en sí una validez lógica, por lo que deben ser confirmadas por el investigador. No obstante, esta confirmación no va a ser absoluta sino probable.

¿Cómo trabaja el razonamiento de un detective?

Si partimos de que el trabajo de un detective es identificar al perpetrador del crimen, tendemos a pensar que el razonamiento siempre iría por la vía deductiva, donde se va de lo general (grupo de sospechosos) a lo particular (el perpetrador en concreto).

No obstante, en casi todos los ejemplos del género la cuestión no es tan simple: muchas veces se recurre a la inducción o la abducción para llegar a hipótesis, que luego el investigador debe confrontarlas con la realidad y llegar a una confirmación.

Para escribir mejor

Para ello, se recurre mucho también a las generalizaciones... que aunque probables desde el punto de vista estadístico, no tienen que ser necesariamente ciertas.

Ejemplo de esto es la premisa de que “si muere una/un esposa/esposo, el cónyuge es el principal sospechoso” o “un apuñalamiento repetido indica un crimen pasional”. Estas generalizaciones funcionan la mayoría de las veces, salvo cuando son falsas de inicio, lo que añade un elemento de complejidad a la trama que es muchas veces el leitmotiv de una novela negra o policiaca.

Pese a que la deducción y la inducción parecen predominar en la literatura policiaca y de misterio (y en el derecho procesal y la investigación policiaca), el razonamiento abductivo es una línea de pensamiento tan válida y quizás más atractiva, porque aborda mejor la complejidad de la naturaleza humana.

Así, el investigador reconoce al crimen planificado como un fruto artístico de la creación humana, separándolo del homicidio involuntario. Es la pugna entre el criminal que lucha por borrar las huellas de su culpabilidad en contraposición al detective que trata de identificarlo entre una multitud de posibilidades.

En palabras de Chesterton, en boca del padre Brown:

“—Un delito —continuó lentamente— es como cualquier obra de arte. No se extrañe usted de lo que digo: los crímenes y delitos no son las únicas obras de arte que salen de los talleres infernales. Pero toda obra de arte, divina o diabólica, tiene un elemento indispensable, que es la simplicidad esencial, aun cuando el procedimiento pueda ser complicado”.

«Las pisadas misteriosas» en El candor del padre Brown

Sin spoilers

No obstante, el método que sigue un investigador dentro de una obra literaria no tiene que ser por fuerza una de estas líneas de razonamiento puras. Pero sí debe corresponder a la historia particular del personaje y la construcción de su razonamiento particular.

Para poner un ejemplo muy cercano (sin spoilers), Carlos Lenin —Carlen para sus amigos— es un ex científico y budista por más datos. Sigue al principio de “Matadero” una línea de pensamiento deductiva, pero ante un nuevo indicio debe desechar su idea original y trabajar el razonamiento inductivo.

Por el contrario, en “La herencia de los patriarcas” es movido por la veleta de los acontecimientos, por lo que necesita ser inductivo la mayoría del tiempo.

Para escribir mejor

Por otra parte, Samantha es una investigadora policial entrenada en el método deductivo, pero su trasfondo como psicóloga y su conocimiento de primera mano de los bajos fondos habaneros la guían a un pensamiento más abductivo, en franca contraposición a la forma de pensar de la policía.

Su jefe, el mayor Percherón, lejos de criticar esta forma de pensar la alienta y refuerza, pues ofrece otro punto de vista de pensamiento lateral y fuera de la caja que da más efectividad a las investigaciones, tanto en “Tres Lunas” como en “Mon amie la rose”.

¿Mi recomendación?

Sea cual fuere la premisa de la obra que tengas entre manos, querido lector/escritor, conviene hilarla en base a uno de estas tres líneas de razonamiento principales.

Aunque por momentos puedan entrelazarse, el cómo se descubre el hecho depende en gran medida de la forma de razonar del detective... y del asesino.

Todos tenemos incorporada por nuestra educación una de estas tres líneas, así que si vas a jugar con ellas, es mejor que las conozcas a profundidad.

6 tipos de novelas que enamoran al lector (¡y venden!)



5

Como dicen por ahí, para gustos se han hecho colores. No obstante, en cuestión de literatura, hay ciertos géneros que atrapan colectivos de lectores y los mantienen cautivos.

Pero tanto, que generan verdaderos fans que solo consumen un tipo de literatura en específico y se abstienen de cambiar sus hábitos de lectura. Aunque en lo particular considero que esto es un error —hay que leer de todo, en especial si te dedicas a escribir—, confieso también que esta es una conclusión a la que he llegado luego de caer en muchas y variadas casillas.

En mi tierna juventud, las novelas de aventuras, sin dudas ni arrepentimiento: Salgari, Dumas, Verne, Stevenson y muchos otros me marcaron para siempre.

A través de esos mismos autores, con obras que se salían de sus normas habituales, llegué luego al terror y descubrí a Poe, Lovecraft, King y otros grandes del género.

De ahí, como consecuencia lógica, di el salto a la Ciencia Ficción con Bradbury, Heilen, Scott Card, Mc Master Bujold, Leguin y Herbert. Y, también gracias a obras de los autores anteriores que coqueteaban con las fronteras, seguí luego para el género de fantasía.

Eres un fan y las editoriales lo saben

Desde la invención de la impresión moderna cerca del 1450, Johannes Gutenberg lo tenía muy claro. Producir y comercializar un libro es costoso e implica riesgos —no son pocos los volúmenes que se han podrido y se pudren en los almacenes y librerías por falta de venta.

Así pues, cuando se imprime se hace con la intención de vender. Luego, póngale usted todo el romanticismo que le venga en ganas. Pero Gutenberg fue al seguro y se puso a imprimir biblias, que es históricamente el mayor best seller de la historia.

Para escribir mejor

Para estar siempre encima de la ola, las editoriales han hecho un muy buen trabajo de marketing para conocer a sus lectores y ganar dinero. Así pues, en materia de novelas —porque los libros de recetas de cocina y de autoayuda son de los más vendidos, pero apenas son literatura— han identificado 6 géneros de ficción que nuclea la mayoría de las ventas y los gustos de la sociedad moderna.

Claro que siempre se deja espacio para otro tipo de literatura. Pero si eres de los que como yo prefiere escribir ficción y que te lean —el testimonio no se me da bien: mi vida no ha sido taaaaan interesante—, más vale que consideres cuanto gusta el género en el cual vas a incursionar.

Los 6 géneros de ficción más gustados (y vendidos)

1. La novela policial y negra

Ganador indiscutible del gusto popular, la novela policial y negra encabeza nuestra lista por amplio margen.

Desde su nacimiento y desarrollo en el siglo XIX y a contrapelo de la crítica, que la llamó por mucho tiempo literatura barata, la literatura criminal —que es un término más amplio y engloba todos los subgéneros— apela a nuestro morbo natural por muy antiestético, moralmente reprobable y poco artístico que el crimen parezca.

Ya estamos muy lejos de los folletines de domingo y la crónica roja novelada: la novela policial y negra tiene verdaderos cultores y un amplio público que la sigue. El querido y nunca llorado suficiente Edgar Allan Poe con “Los crímenes de la calle Morgue” no sabía bien la bola de nieve que estaba echando a rodar.

Y sí, mea culpa. Hastiado de luchar contra las editoriales, un buen día hice caso... y tan mal no me va.

2. La novela histórica

Es como una máquina del tiempo que te permite ir al pasado. No importa si la trama en sí es ficción o realidad: la ambientación está enmarcada en un período histórico interesante y llena de hechos reales.

Aunque requiere de una investigación exhaustiva sobre la época en que transcurre, la novela histórica siempre atrae los corazones (y los bolsillos) de los lectores y las editoriales lo saben.

No importa el período histórico: el atractivo de meterse en la piel del personaje e interactuar con los célebres de la Historia es hipnótico, sea Juana de Arco, Ramsés II o Wiston Churchill.

Para escribir mejor

Ojo, que en una lectura atea y estricta —creo que es útil repasarla aunque sea una sola vez en la vida— la Biblia es una novela histórica... quizás, la más exitosa del mundo. Hay que recordar que la escribieron muchos años después de los sucesos que narra, participaron varios autores, se escribió a lo largo de cerca de 1000 años y editada a voluntad de la Iglesia al menos cinco veces.

3. La novela erótica

Escribir sobre sexo, erotismo, lujuria y placer es apelar al deseo reprimido y trasgredir tabúes con raíces profundas en la sociedad moderna. Por eso resulta tan atrayente para un gran número de lectores... y, más que nada, lectoras.

Con mayor o menor grado de dureza y realidad en las descripciones, pero sin caer en la pornografía, la novela erótica tiene sus gradaciones también: desde la llamada novela rosa hasta títulos más atrevidos que juegan con elementos del BDSM. (Sabes a qué me refiero, pillín).

¿Vende? Como pan recién salido del horno. ¿Tiene calidad? Muchos la acusan de facilista, pero tiene el mérito de llegar a un amplio público con una estructura sencilla. Y cuidado: un «El jardín del Edén» de Ernest Hemingway o «Sexus», de Henry Miller pueden sacarte un gran susto en materia de calidad y refinamiento.

4. La novela de ciencia ficción

Este es uno de los géneros que o lo odias o lo defiendes a capa y espada. Bueno, a bláster y motores FTL.

Pero es innegable que desde que apareció como literatura de anticipación de la mano de Julio Verne, la ciencia ficción se ha convertido en un motor de inspiración para el desarrollo de la Humanidad. La CF anticipa logros científicos, alerta sobre problemas que pueden escalar en el futuro y, más que nada, nos hace soñar.

Al mover el punto de vista a otro tiempo y otro lugar del espacio, sean ambos cerca o lejos, conocidos o alienígenas por completo, la ciencia ficción es definitivamente uno de los géneros más leídos y mejor vendidos.

5. La novela de aventuras

¿Pensaba usted que ya no se leen? Por el contrario, la novela de aventuras está más presente que nunca en las mesas de noche, los estantes de las librerías y en las imprentas.

Aunque hoy en día este género suele estar fusionado con algún otro, como la ciencia ficción, la novela histórica, la fantasía y el propio policiaco, la novela de aventuras es quizás el género más antiguo que hoy en día gana constantes adeptos. Viajes, búsquedas, riesgos, peligros, misterios, secretos y enfrentamientos son sus herramientas, y son pocos los que pueden no sucumbir a sus encantos.

Para escribir mejor

Este género es, por demás, atemporal. Si te parece que no tengo razón, pues te invito a un don Quijote de la Mancha o el Robinson Crusoe de Daniel Defoe. Ojo, no son novelas históricas: cuando se escribieron narraban hechos del presente, que los vemos ahora tras el velo de los años.

6. La novela fantástica

Los lectores de este género son muchos, y todos lo aman de corazón. Arranca en el siglo XVIII con el Romanticismo y perdura hasta nuestro días; repleta de criaturas inexistentes, héroes con poderes especiales, escenarios imposibles, magia y leyenda y situaciones prodigiosas.

Los lectores fantásticos son al mismo tiempo fantásticos lectores, que devoran sagas de muchos libros en tándem. Las editoriales aman su devoción y la alimentan, para beneplácito de ambas partes.

Así que, querido lector, si también amas escribir y quieres que te lean la mayor cantidad de personas posibles, más te vale que hagas caso a los gustos de los lectores y las editoriales.

¡Y empieza a escribir novelas! El cuento es buen ejercicio, pero las editoriales andan en busca de volumen y madurez.

La viga en el ojo propio



Si eres escritor, seguro te ha pasado.

Has terminado el cuento perfecto. O, al menos, consideras que es lo suficiente bueno como para dárselo a leer a un colega. Mejor aún: has pedido turno en la próxima tertulia/ taller de escritura/ reunión de amigos para deslumbrarles con esa historia que has contado.

Claro está, que no es cosa de ir por ahí haciendo papelazos. Revisas con cuidado la ortografía, cada frase parece estar esculpida por el mazo de Rodin y te sorprendes riendo de tus propios chistes y conmoviéndote de la profundidad de tus reflexiones.

Hecho: estás convencido. Una obra perfecta. Imprimes las cuartillas que te servirán para hacer tu lectura —si eres ecológico, salvas el documento al Tablet— y allá vas, a la cita con tus oyentes. Te aclaras la garganta (quizás con un beso al planchao que traje un socio) y comienzas a dar la vida en cada palabra de tu presentación.

Y es justo ahí, en mitad de la primera página, que hay un error tan garrafal, tan “de a calle”, que no tienes ni puñetera idea de cómo es posible que no lo hubieses visto antes.

Tartamudeas, arreglas la frase sobre la marcha y terminas tu relato. Los aplausos y elogios —si los hay y son sinceros— te saben falsos y a hiel, porque te arde el error como una mancha en el expediente laboral...

¡Deshonra sobre ti, deshonra sobre tu vaca...!

Bueno, para un poquito el carro.

Primero, no es para tanto: menos mal que te diste cuenta ahora y no cuando tu relato ya está impreso en blanco y negro, luego de sepetecientas revisiones tuyas y —si tienes la suerte de que te toca uno bueno en su trabajo— tu editor.

Para escribir mejor

Que sucede, ¿eh? Erratas, pifias, gazapos y otros animalejos plagan los libros de cualquier autor, desde el más zafio hasta el más encumbrado. Y son los lectores los que se ríen con sorna cuando los señalan. Ahí sí que no hay nada que hacer.

Pero en los primeros llantos de bebé de cualquier obra literaria hay errores que son indetectables a la lectura. Y no es que te falte cabeza para darte cuenta de ellos.

Lo que pasa es que te sobra.

La mala pasada de la viga en el ojo propio

Cuando un texto no nos es familiar, los errores saltan de inmediato a la vista. Sin embargo, al escribirlos nosotros mismos nuestro cerebro se vuelve paternalista y se hace el de la vista gorda con las faltas.

Estos “errorcillos de nada” pueden ir desde un desliz ortográfico hasta omitir palabras, oraciones, cambiar los tiempos verbales dentro de la misma frase e incluso dejar de poner ideas completas.

Según Tom Stafford, psicólogo de la Universidad de Sheffield, en Reino Unido, algo tan sencillo como escribir es un proceso mental muy complejo, dónde el cerebro hace malabares para llevar nuestras ideas a palabras. Así, se concentra en la estructura del texto mientras los detalles los pasa a piloto automático.

Luego, al revisar lo escrito, percibimos una combinación de lo que vemos y lo que esperamos ver. En esencia, como sabemos lo que quisimos escribir, esto interfiere con lo que escribimos realmente.

Así que prevalece la versión que ya tenemos en la cabeza y no le damos crédito a lo que está delante de nuestros ojos.

Cómo se lo cuento a usted.

Parece pareidolia y casi lo es

Este curioso hecho tiene mucho que ver con la pareidolia, el fenómeno dónde encontramos figuras en las nubes y rostros en las losas de granito.

Para más desgracia, mientras más fantasiosa y creativa sea la persona, mejor es en encontrar patrones visuales dónde no los hay... y los escritores de ficción son por regla muy imaginativos.

Ergo, los errores llueven. Pocas veces detecto los míos, pero los colegas se enfadan cuando les devuelvo “cuentos impecables” llenitos de hormiguitas rojas de correcciones —pesao que soy también con el tema, pero es que me interesa mucho el mundo de la edición.

Para escribir mejor

Me confieso, pues, cazador de gazapos ajenos y escarba-pajas en los ojos del prójimo. Pero, por fortuna, hay formas de ver la viga en el ojo propio.

La viga en el ojo propio

Podemos detectar nuestras propias pifias, en la intimidad de nuestro espacio creativo, sin hacer papelazos frente a los demás.

El truco consiste en hacer el texto menos familiar a nuestro cerebro. Muchos escritores dejan reposar sus manuscritos durante semanas e incluso meses, para que los patrones iniciales de escritura se borren y así ver lo que quedó con una mente fresca.

Un truco más sencillo consiste en alterar el color, el tamaño o el estilo de las letras antes de volver a leer. Al usar una presentación diferente a la que empleas de forma regular, tu cerebro deja de reconocer patrones y los errores ya no se enmascaran en lo que conoces.

La otra, mucho más efectiva, es la que ya mencionamos al principio: leer en voz alta. Cuando lo haces el ritmo de lectura se desacelera, pues en lugar de evocar imágenes mentales tienes que traducir las palabras a sonidos y luego llevar esos sonidos a palabras y a imágenes mentales.

Aunque hablaré dentro de muy poco —si me dejas un comentario para animarme a hacerlo— de la lectura y sus modos, el truco de leer en voz alta funciona mejor si no lees tú, sino que escuchas leer tu obra a otra persona.

Y me dirás: esa persona también puede reconocer patrones en el texto y saltarse los errores.

Eso es muy cierto, en especial si el tema de la lectura le es muy familiar, como sucedería en una pareja que se encuentra muy compenetrada.

Pero, por fortuna, aquí viene la tecnología al rescate: hay muchos programas de text-to-speech (TTS) que utilizan voces robóticas bastante naturales y leen exactamente lo que has escrito. Incluyendo los errores.

Así que, querido escritor, la próxima vez que vayas a presentar el cuento perfecto en una tertulia, asegúrate de oírlo primero en la voz de Loquendo. Tal como este artículo, que así lo revisé.

Te ahorrarás sinsabores, y harás la tarea del editor mucho más fácil.

Pecados que no se comen (si eres escritor)



¡Ah, los pecados capitales! ¡Esos que son ilegales, inmorales o engordan, en palabras del gran filósofo brasileño Roberto Carlos!

Y que no se me ofendan los creyentes porque tome los pecados capitales pa mis cosas, porque ni están enunciados en la Biblia ni se derivan de ella. Los pecados son esos vicios tan humanos que nos definen y viven en cada cabecita loca (el término “capital” (capus-cabeza) no define la relevancia, sino la procedencia) esperando una debilidad para aflorar.

Fue Cipriano de Cartago (f. 258) quien los enunció y no eran 7. Sus ocho faltas graves a la moral cristiana eran soberbia, la avaricia, la envidia, la ira, la lujuria, la gula, la pereza... los 7 de toa la laif, más uno bastante extraño: la tristeza.

Luego el papa romano san Gregorio Magno (circa 540-604) fue quien eliminó la tristeza de la lista, considerándola una especie de pereza.

Qué dura es la vida de un león de circo

¡Ah, cuan atrayente es la vida de un escritor! ¡Qué glamorosa, bohemia, desenfrenada, misteriosa...! ¡Cómo brillan los ojos de muchachos y muchachas cuando uno hincha el pecho y exclama “yo soy escritor”!

Y un carajo.

La vida del escritor es pobre, ingrata y muy, muy difícil. Tanto, que la mayoría de ellos prefiere conservar discretamente un puesto de oficina para garantizar la comida, reservando —sacrificando— las horas de descanso al escribir. Unos pocos tienen la suerte de que sus puestos de trabajo tengan que ver, a su vez, con la cultura y con mucho azar con la literatura propiamente dicha. No son raros los escritores que a su vez fungen como editores, promotores culturales, bibliotecarios, periodistas y trabajos afines.

Para escribir mejor

Pero la meta de un escritor es y será siempre vivir de lo que escribe. Por fortuna, mal que bien, eso se puede lograr... siempre y cuando no agregues apellidos e intentes vivir de escribir sobre lo que te gusta. Entonces, seguro que se te tramará el paraguas.

Quedemos claros de una cosita. Pocos, sino ninguno de los escritores que hoy en día viven de los derechos de autor de sus obras han escrito siempre sobre lo que han querido. Para poder sujetar la pluma —hoy en día, aporrear teclas— es necesario primero haberse llevado un trozo de pan a la boca.

De igual forma y aunque el oficio de escritor es el más solitario del mundo, si no hay un sistema familiar de apoyo todos los escritores terminaríamos en manicomios. Que igual ha pasado, ¿eh? Así que se hace necesario no sólo alimentarse uno mismo, sino contribuir a alimentar a los demás.

No todo el mundo tiene un Engels que lo mantenga, así que hay que prepararse para escribir mucho de todo y de todos. Porque vivir de escribir es un trabajo a tiempo completo, que requiere también sacrificios y mucho de transpiración antes de alcanzar fama y renombre.

Y aún después. Ni te creas que el león de la Metro rugía para que le aplaudieran. Rugía de hambre, que carajo.

Pecad, escritores, pecad (pero no olvidéis comer)

Así pues, sobran ejemplos de escritores que se han tenido que poner al servicio de los centavos para comprar la gasolina que luego alimentó sus rutilantes carreras. Sin ningún esfuerzo mental diré Poe, Martí y Hemingway, y quién pretenda desmentirme le tiro una trompetilla.

Para más razones, incluso la tarea de ser mercenario de la palabra puede resultar en el fraguado de obras maestras, que ahora pertenecen a la literatura universal. Y no necesariamente de forma póstuma: el folletín de publicación periódica, fácil de leer y muy popular en su tiempo, dio fama y fortuna —dilapidada, porque esos sí que eran bohemios— a autores como Verne, Salgari y Dumas padre e hijo.

El grandote escribió “Los tres mosqueteros”, “El tulipán negro” y “El conde de Montecristo”, y estas son solo la punta de un iceberg de más de 300 obras publicadas —aunque se le acusa que tenía una cohorte de escritores fantasmas que desarrollaban sus ideas, encabezada por Auguste Maquet. El chiquito “La dama de las camelias” y más de 20 novelas más.

Ambos tuvieron clarísimo que escribiendo se podía vivir. Antes que salten los ofendidos de la época, eran mestizos ambos, y descendientes de haitianos. Dumas abuelo

Para escribir mejor

incluso tuvo que pasar una temporadita como esclavo, antes de destacar como general francés.

Pero, al final, la pulieron con las letras. No pecando de esas tantas quejas que escucho hoy en boca de muchos colegas, viejos y jóvenes, y que en definitiva no les van a dar nunca de comer.

Cómo el espacio es poco y tu paciencia, querido lector/escritor, es menos, voy a enunciar los pecados que no se comen en el post de mañana. Pero como aperitivo y para que no me acuses de crear falsas expectativas, te dejo con el pecado apócrifo, ese que no incluyeron en la lista de los 7.

Pecados que no se comen: la tristeza

Uno de las 6 emociones básicas, la tristeza ha sido siempre una marca distintiva de muchos escritores. La baja autoestima y un estado de ánimo melancólico, triste y apesadumbrado parecen rodear la mística del novelista... y ya lo creo que funciona en muchos casos.

Pero una cosa es lo que proyectamos y otra lo que vivimos: aunque no niego que de cuando en vez cierta dosis de tristeza nos pone en contacto directo con el ser mágico en nuestro interior —y es un estado perfecto para escribir poesía—, no podemos darnos el lujo de vivir dominados por ese sentimiento.

Por el contrario, es más sano canalizar la tristeza hacia el papel que sentarnos a darle vueltas a la latica. Un gran amigo de antaño —muchas gracias, Fabricio— me transmitió un buen consejo para lidiar con la tristeza que ya me rondaba en mis primeros años como escritor:

“Permítete dos días de depresión, una vez por mes. A ser posible, programados”.

Como la menstruación, yo añado con perdón de las féminas.

Lo creas o no, funciona y tiene la misma base neurológica que mirar películas de terror. Luego de apelar a otra de las emociones básicas (miedo) y superarla, el cerebro te llena de neurotransmisores de recompensa.

Ahora bien: si te da tristeza el no escribir, le das la razón al papa Gregorio. Eres vago y perezoso.

Porque la tristeza no te deja ver las cosas buenas que sí te están pasando. Si la vuelcas al papel, puede que incluso la vendas.

Pero envolviéndote en ella como Harry Potter... te harás igual de invisible.

Para escribir mejor

Pecados que no se comen (si eres escritor) Final



Una colega de letras, de cuyo nombre no voy a acordarme, preguntaba en fecha reciente si el escribir una novela romántica para ver si se ganaba unos euros era algo cutre, o se aceptaba con su nivel de desesperación.

Yo digo que sí. Mientras escribas, no importa el tema. Porque nunca se sabe dónde realmente das el palo sobre el lomo del delfín oculto en la marea. Y si mientras tratas de arar el mar encuentras mejillones, que espere la paella de pescado.

Mis novelas aún no despegan lo suficiente como para llevarme a viajar por el mundo en brazos de agentes literarios ni editoriales poderosas. Pero mientras tanto, desde hace seis años y luego de una negra época en que hastiado de todo mandé las musas a paseo, escribo.

Y vivo de ello. Incluso, publico... luego de llegar a la conclusión que esto es lo mío y lograr la disciplina de generar no menos de 5000 palabras diarias.

Ya sea por trabajo, ya sea por placer.

¿Redactor, escribano, bloguero, periodista... mercenario de la palabra?

Ok, no ofende.

Porque estoy escribiendo, y la sabiduría popular señala que extirpando genitales masculinos se domina el arte de la castración. Mientras, tú pecas.

Soberbia: ¡yo no hago eso!

¿Te gustan los sinónimos? Pues orgullo, altivez, altanería, arrogancia, vanidad y si das Shift+F7 en Word te salen algunos más. En lo más básico y visceral, es el sentimiento de valoración de uno mismo por encima de los demás. Vamos, que petimetre y engreído de toa la... ya sabes.

Para escribir mejor

Aquí tenemos a ese excelso escritor que —la mayoría de las veces sin que sus ventas le den para comer— rechaza tareas muy simples, porque está por encima de ellas. No se rebajaría a escribir una reseña, un informe o un manual de instrucciones de usuario.

De la misma forma, le ofende salirse del género dónde mejor se desenvuelve —o eso piensa él— colgándole el cómodo cartelito de “arte menor” o literatura de segunda clase. Lo más probable es que si revisas su refrigerador haya mucho pomo con hielo.

Avaricia, porque mi talento es diamante

Este tipo de escritor no llega a la negación del anterior de su hambre, pero se cree que es tan bueno que todo lo que toca lo convierte en oro, y en esa moneda y peso tiene que cobrar.

Pretende recibir cifras astronómicas por tareas que no le cuestan media hora ante un teclado. Exigen de sus empleadores que sus escritos lleven su nombre y marca personal, porque piensan que con eso las ventas están garantizadas... y que arrastran tanto personal que siempre serán un exitazo.

Así, su super talento hace que cada obra haya que enmarcarla —y pagarla— primero en cuadro de platino, se gastan un pastón en protegerla de todos esos buitres que intentan plagiarla a toda costa (¡que no te conocen ni en tu casa, asere!) y buscan ganar más con demandas y negociaciones de poder que con la propia valía de lo que hacen.

Normalmente, sus grandes novelas terminan siendo pasto de polillas, comején y cucarachas en el fondo de las gavetas. Su avaricia hace que los editores —los buenos, no unos cuantos hp que también rondan— terminen por menear la cabeza, encogerse de hombros y cerrar las puertas.

Entérate, brother: tu mejor obra no es la que hiciste, sino la que estás por hacer. Para cobrar en grande, tienen que leerte muchos... así que acostúmbrate a avanzar por la escalera un peldaño por vez.

Envidia: porque el mundo es injusto y no me merece

¿Cuántas veces no salta esa vocecilla que clama “yo escribo mejor que Zutano y, sin embargo...”?

La literatura no es una ciencia exacta. Ni siquiera cuando se apoya en la matemática de las ventas y los contratos. Por su carácter subjetivo, los jurados dan su veredicto y sancionan al éxito a las obras que quieren, las editoriales escogen los manuscritos que más le apetecen y las becas de creación se las dan... bueno, todas esas cosas incluso a veces están amañadas.

Para escribir mejor

Pero Zutano no es sobre quien tienes que poner tus miras ni sangrar hiel. Igual también puedes desgastarte despotricando contra el sistema que favorece al otro y a ti te aplasta.

O integrarte a la corriente.

O dedicarte a otra cosa.

Ira: ¡me cago en todo y ya!

Este es uno de los pecados más peligrosos para ganarse la vida escribiendo. Lo lamento, pero acá si debo hacer un mea culpa.

En el 2004 gané casi sin proponérmelo un importante premio, cuyo monto en metálico pensaba dedicar a resolver cuestiones de mi modus vivendi y también a comprar un nuevo ordenador. Pero el dinero desapareció como por arte de magia, en el sumidero de algún ayuntamiento —o de los bolsillos de alguien que trabajaba allí.

Y entré en cólera, una que me alejó de las letras por toda una década.

¿Cuántos premios dejé de ganar? ¿Cuántos libros no publiqué? ¿Cuántos cursos, amigos, becas, artículos, reseñas y otras cosas que son útiles dejé escapar por culpa de la ira?

Aunque me duela, me enfoco en lo positivo y pienso que ese período de silencio sirvió para acumular fuerzas, experiencias y lecturas que me hacen mejor. Pero de que la ira te hace perder tiempo, no hay dudas.

Lujuria: ¡que bella es la vida del autor!

La literatura es una dama veleidosa. Puede elevarte tan alto que, cuando caigas, te hundas al punto que ya no puedas ni reconocerte a ti mismo en el reguero de sangre y tripas que has dejando regadas en el suelo.

Muchos escritores caen en la ratonera del autor y se transforman en engreídos con razón, porque llueven los elogios y las atenciones —si hay suerte, el dinero— y gastan mucho tiempo en el postureo y las relaciones públicas. En el camino, se olvidan de quienes o de qué los llevó a dónde están.

No digo que no hay que sacarle partido a la ola, ni que sea malo de vez en cuando alimentar ese kyūbi que los escritores llevamos y nos impulsa a dar más y hacerlo mejor. Pero hazlo bailando delante del espejo como el Jóker, cuando nadie te pueda ver.

Porque, salvo raras excepciones, serás moda y tus cinco minutos de fama pasarán. No des razones para la envidia ajena y conserva a tus amigos.

Para escribir mejor

Recuerda siempre:

“Cuando salí de la Habana de nadie me despedí. Solo de un perrito chino que pasaba por ahí.

Como el perrito era chino un señor me lo compró por un poco de dinero y unas botas de charol.

Las botas se me rompieron, el dinero se acabó. Ay, perrito de mi vida. Ay, perrito de mi amor”.

Gula: abarcar más de lo que puedes masticar

Un error común del escritor que vive de sus letras es no saber decir que no. Porque en ocasiones, y en especial si llega a generar el interés de sus clientes, le ofrecen más trabajo que el que puede asumir.

Aunque en teoría y bajo los efectos de ese frenesí que de cuando en vez nos ataca podemos escribir cuartillas y cuartillas sin descanso, hay un límite físico a la cantidad de palabras que se pueden teclear en una jornada de trabajo.

En mi caso he descubierto —por el camino difícil— que puedo generar unas 5000 palabras diarias (unas 15 cuartillas) sin que me explote la cabeza ni que tenga que poner después las manos en hielo. He hecho más, pero trato por todos los medios que nunca sea menos.

Esas 5000 palabras las debo repartir entre mi trabajo como redactor freelance y mi carrera literaria. Incluyendo, por supuesto, este blog que me sirve a la vez de escape y conexión con aquel quien me quiera conocer un poco mejor. Ese balance es mi organización personal, que debe garantizarme comida en el plato y mariposas en la mente.

Pero en la que no puedo sacrificar la calidad de una por sobre la otra. Una mente agotada o un cuerpo cansado solo llevan el desagrado de los clientes y el aburrimiento de los lectores.

Pereza: la muerte del escritor

Y llegamos al último pecado. Ese que ningún escritor puede darse el lujo de cultivar.

Cómo te digo que debes establecer un límite de lo que puedes escribir por día, tienes que exigirte respetarlo. La justificación de que “la musa no baja” o “no estoy inspirado” no te sirve para ganarte la vida escribiendo.

Si la usas, es porque aún no te ha entrado en la cabezota dura esa que tienes que **ESCRIBIR ES UN TRABAJO.**

Para escribir mejor

No hay un solo escritor de éxito que no recomiende en sus decálogos, cartas a amigos escritores o que no se lea en sus memorias o biografías que no son trabajadores compulsivos. Ni antaño, ni ahora. Quizás dedican tiempo a viajar, leer, investigar sobre un tema.

Quizás los veas pensativos sobre un café.

Pero, aún en ese momento, están trabajando en la historia que les está rondando en la cabeza.

Porque ideas tenemos todos.

Buenas ideas inclusive.

Pero si no las escribes, la mejor idea no sirve de nada.

No importa que comience siendo tan mala que parezca un montón de fango. Toda escultura no es más que un volumen determinado de arcilla: la magia comienza cuando el barro toma forma.

Tú, escribe. Si lo haces lo suficiente, irás adquiriendo la maestría del artesano y la obra comenzará a tomar vida y a pedirte que pulas aquí, recortes allá y agregues. No saldrá bien al principio, pero eso no es lo importante.

Yo he decidido que lo que me funciona es tener varios proyectos en curso e ir alternándolos cuando caigo en un vacío creativo. Tú puedes crear tu propio sistema...

Pero ten por seguro que, con suficiente constancia, a la inspiración no le quedará más remedio que animarse a echar un ojo y sugerirte la mejor forma de contar la historia.

No dejes que tu pereza prive a los demás de esa historia que necesitan oír.

Ahora, recapacita. Porque el único que puede absolverte de tus pecados eres tú mismo, ¡que justo ahora deberías estar escribiendo!



Manual de instrucciones para personajes memorables



Debido a su menor extensión, en el cuento es imprescindible darle prioridad a la historia. Pero la novela que no tenga personajes memorables está condenada a hundirse en el olvido.

Tanto es así que en muchas ocasiones los personajes (positivos o negativos) son tan, pero tan relevantes que trascienden las páginas de una sola entrega y demandan —en boca de sus lectores— toda una saga. Ejemplos se sobran: Miles Vorkosigan, Ender Wiggin, el Ratonero Gris... y, ya que estamos en retrospectiva, D'Artagnan (cuyas aventuras continúan en Veinte años después y en El vizconde de Bragelonne) o Sherlock Holmes son dos buenos ejemplos de otros géneros hermanos a la CF y la Fantasía.

Así pues, una novela se salva o se hunde en dependencia de cuan atractivos sean sus personajes, por lo que detenerse en la creación de cada uno por separado es tan importante como la construcción del mundo —vale, anglófilos, worldbuilding— o la trama.

¿Qué hace a un personaje atractivo e interesante?

Dos palabras: realismo y credibilidad.

Por muy bien tramado que esté el argumento de la novela, a nadie ya le asombran esos super personajes llenos de dones fantásticos, ni los malos tan arquetípicos que caigan en la caricatura.

Aunque en su momento tuvieron su momento wao!, incluso superhéroes como Batman, el Doctor Manhattan o —claro— Superman han tenido que reinventarse y ganar trasfondo para que las nuevas generaciones les acepten y comprendan.

Ni siquiera a los malvados les mueven ya motivaciones tan caóticas como la destrucción indiscriminada o la dominación mundial sin razón aparente, a lo Pinky y

Para escribir mejor

Cerebro. Por eso J ker nos cala tan hondo, o nos identificamos con el cansancio y el hastío de un Thanos que se sabe inevitable... incluso para sí mismo.

De esta forma, un buen personaje debe tener emociones coherentes con las que el lector se identifique, motivaciones creíbles —que Mordor queda lej simo,  eh?— y una capacidad de transformarse a lo largo de las páginas de la novela que le hagan más humano y cercano al lector. Ese cambio hace que Sancho y Quijote sean memorables, mientras un Amadís de Gaula un poco menos.

Entonces,  que viva la escala de grises! Lo monocromático ya no se lleva: nadie es tan bueno que resulte imbécil ni tan malo que su alma sea insalvable.

Los profetas de su propia tierra

De la misma forma que los personajes han de ser cercanos para que el lector pueda identificarse con ellos, sus motivaciones, características y modo de pensar tienen que estar permeados e influidos por el mundo que les rodea.

Un gran ejemplo de ello es la figura de Paul Atreides, quien en su transformación a Kwisatz Haderach y Muad'Dib nos sumerge en las costumbres y tradiciones del pueblo fremen.

Así pues, resulta lamentable que con el fin de ser más cercano al lector un personaje se salga de contexto y use expresiones, modismos o comportamientos que son ilógicos en el mundo que le rodea. Es trabajo del autor entonces hacerles lo suficientemente humanos como para que nos identifiquemos con ellos... pero también que actúen y piensen bajo el precepto de Ortega y Gasset de "Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo".

Esto es complicado en la CF y la fantasía, porque a menudo se introducen personajes que no cumplen con el canon de humanidad al que estamos habituados.

 C mo solucionar esta disyuntiva?

Dios, usa bien el barro

Pues especulando y planeando un montón: si nuestro elfo es demasiado humano que se convierte en Che to el de la esquina, mientras que el reptiliano del montón no tiene tropiezos (ni tabúes) en desandar la zona roja de Ámsterdam dando a derecha e izquierda... algo definitivamente no est  funcionando en tu novela.

Una buena estrategia para crear personajes interesantes es establecer un cuestionario que ellos deben responder de forma coherente. Este incluye el físico, pero también lo que estarían dispuestos a hacer para cumplir sus metas, su familia, su opinión sobre las cosas del mundo que les rodea, su pasado, sus hábitos, sus miedos, sus

Para escribir mejor

pensamientos internos, sus sueños... mientras más extensa la lista, más volumen adquiere tu personaje. Y más fácil te será hacerlo creíble, real y complejo.

(En lo personal —¡no me juzguen!— en ocasiones que la creatividad necesita un poco de incentivo recurro al sistema de creación de personajes de algún juego de rol y al azar de los dados. Luego pulo y retoco para adaptarlo a mi historia. Pero ese soy solo yo.)

Si esto se te parece mucho a cómo construir un universo, felicidades. Porque un mundo es tan vacío como planos sean los personajes que lo habitan. Luego que conozcas al personaje igual que a ti mismo, llega el momento de conectar sus emociones con las del lector. Darle carisma y alma al gólem de arcilla.

Comienza entonces por sus emociones básicas, que son seis según Paul Ekman: tristeza, miedo, ira, asco, felicidad y sorpresa. En la medida que tu personaje las demuestre —sin caer en un drama queen, porque todos los excesos son malos— tu lector podrá establecer relaciones de empatía con el personaje.

Este vínculo es algo maravilloso que tenemos los seres humanos —aunque no los psicópatas, que son un capítulo aparte— y que logra dar vida al personaje estableciendo analogías entre la situación en que se encuentra el personaje y el lector.

Puede que él nunca haya tenido que superar el asco de revisar el interior de un zombi, pero puede haber sentido algo similar cortando carne cruda o desatascando el retrete, por ejemplo. Así que si logras expresar emociones en tus personajes de forma coherente y realista, no importa el escenario.

Los tres pilares que sostienen a un personaje

Excepto si quieres que se cumpla eso de “pasaras por mi vida sin saber que pasaste” de Buesa, un personaje tiene que contestar en tu novela al menos tres preguntas básicas:

¿Qué desea? : Es la motivación del personaje, y no solo del principal. Cada personaje por pequeño que sea debe tener una motivación, así sea el quedarse quieto sin hacer nada de nada. Mientras mayor el objetivo, más complejo e interesante ha de ser el personaje, porque tendrá mayores impedimentos en su camino que lo van moldeando a martillazos sobre el yunque.

¿Con que fuerza lo desea? : si el personaje no siente una fuerza imperiosa que lo mueva hacia su objetivo... pues ley del menor esfuerzo y todo quedará en sueños y fantasía. Así que debemos darle una motivación que sea poderosa para que emprenda el largo viaje, sea esta cual sea. Los tres móviles principales del asesinato funcionan

Para escribir mejor

bien acá: dinero, venganza o celos (y amor) y sus variantes resultan adecuados en casi cualquier ocasión.

¿Por qué lo desea? : sabiendo el objetivo y el nivel de deseo del personaje, falta establecer el por qué para que nuestro personaje no sea un muñeco bidimensional de cartón.

Un bandolero que quiere robar la bolsa y está dispuesto a matar o morir por ello puede estar motivado por el hambre, o porque de esas monedas depende poder salvar a su hija. Acá se nota que el porqué es más importante que el deseo en sí: no solo justifica la acción y determinación de un personaje, sino que establece un vínculo de emoción con el lector. Con solo saber el porqué de su deseo inmediatamente el ladrón de tres al cuarto gana relevancia, y puede que incluso amerite protagonismo principal o secundario.

Hazle caso a Darwin

Un último consejo: una vez creado el trasfondo de tu interesante personaje, puedes hacerlo más sexi si va transformándose en el transcurso de la novela, en la medida que se va envolviendo en la trama.

Eso lo hace más humano y más próximo al lector, aunque tu novela no se corresponda al cien por cien al modelo del viaje del héroe. Si no hay ningún cambio, demuestras que tu personaje es ficticio: siempre estamos cambiando y transformándonos, así que un suceso tan relevante que amerite una novela para contarlo tiene que alterar las características iniciales de tu personaje, para que él también se adapte a sus circunstancias.

Las variaciones tampoco han de ser trascendentales. Pequeños cambios en los principios y motivaciones del personaje, concesiones, conflictos con sus ideales... todas las experiencias que hagas vivir a tu personaje van a incorporarse a su personalidad y alteraran su punto de vista.

Si esto no sucede, empújalo que es de cartón y no vale la pena todo el trabajo que pasaste para crearlo. Ni servirá para que se convierta en el héroe de esa saga exitosa que le hará perdurar en la memoria de sus muchos lectores.

Ni nadie te recordará tampoco a ti.

5 vías para encontrar tu estilo literario



En fecha reciente, un amigo escritor al que mucho admiro publicó en sus redes un comentario de Alan Moore sobre el estilo, el cual comparto... solo en parte (como diría Hannibal Lecter).

El talento de Moore es innegable, y ahí están *Watchmen*, *From Hell*, *Promethea*, *V for Vendetta*, *The League of Extraordinary Gentlemen* o *Batman: The Killing Joke* para darle peso a su palabra. Por otra parte tenemos su connotada excentricidad. Ni la critico, ni la apruebo... pero otra cosa es tomar las palabras de un artista a pie juntillas.

Sobre la importancia de un estilo propio

Aunque en general estoy de acuerdo con muchos de los planteamientos de Moore en esa entrevista, uno en particular me hizo ladear la cabeza a tono de disgusto. Concretamente:

“Para mí, un buen escritor es aquel que, en cuanto identifica una técnica, la abandona. Sigue adelante con algo diferente, en el momento en que tuvo éxito hace algo completamente diferente”. Alan Moore

Bueno, maestro, puede que a ti en particular te sea sencillo por el gran talento combinado con tu pensamiento anárquico... pero si con “técnica” te refieres a “estilo”, no estoy de acuerdo contigo.

Tener un estilo propio no es tarea de un día: es algo personal e íntimo que sólo se logra a fuerza de escribir mucho. Pocos autores llegan a ganar ese alter ego frente al teclado que lo distingue y le da personalidad e impronta, y que determina en un final la experiencia del lector. Este estilo es muy difícil de enmarcar, peor de controlar y se relaciona a la facilidad con que el escritor resuena con sus lectores.

Si has leído mucho a un autor, llega el momento que puedes reconocer su estilo en una obra nueva sin necesidad de mayores cartas de presentación. Es equivalente a

Para escribir mejor

contemplar un cuadro y reconocer al pintor, u oír una pieza y poder identificar por la sonoridad quien la compone... y también quien la ejecuta.

Eso, amigo Moore, no se desecha una vez logrado. Se puede incursionar, transgredir, imitar, desdoblar... pero es difícil cambiar de voz cuando se ha encontrado la propia.

En busca del estilo propio

Este tiene mucho que ver con las afinidades de cada quién: para gustos se han hecho sabores. Por mi parte, reconozco que hay autores que sencillamente no me pasan por la garganta. Carpentier es uno de ellos, aunque no dejo de reconocer que tiene su propio y particular estilo. En ese sentido, soy más de Hemingway. No obstante, hay algunos elementos comunes a un buen estilo a la hora de narrar.

(Cómo datito curioso para los que afirman que este último no era un escritor cubano como el que más, Alejo no se hacía el sueco: era suizo. Y cuando quieran les mando mis padrinos)

En palabras del gran Alfred Hitchcock, “Estilo es plagiarse a uno mismo”. Estilo es crear una voz muy personal con la que se narra, voluntaria o involuntariamente, y se lleva la historia y al lector al plano privado del escritor.

Hay tantos estilos como escritores: piénsalo como una especie de huella dactilar. No está en lo que narra, sino cómo lo hace: el modo de conducir las ideas, la expresión y la articulación en la que un autor se siente **CÓMODO**.

Tal vez esa sea la mejor definición del estilo. Dónde escribes de forma que todo te fluya, ahí está la matraca. Ya si le gusta o no a los lectores, es materia dónde hacer ajuste fino para lograr el consenso. Porque el estilo no es cosa estática —así que no se desecha como exige Moore— sino que una vez logrado se trabaja, se ajusta y se refina.

Y tú, ¿tienes ya tu estilo?

Lograr esa voz propia que mueva al lector no es cosa de un día, repito. Se necesitan años, y también ayuda profesional para adquirir un estilo que te diferencie del resto de los escritores y que a su vez funcione.

Si ya has metido el dedo gordo del pie en la vorágine que se llama literatura y sistema editorial, puede que te hayas topado con la figura del corrector de estilo. Y no tienes ni idea de cuantos escritores de renombre tienen que acudir a un corrector de estilo para ajustar su forma de escribir a la que su público quiere y conmueve. El corrector de estilo —que la mayoría de las veces es también un escritor avezado— es de gran ayuda para que cada frase y cada párrafo quede depurado, impecable y a la vez se adapte al tono del autor.

Para escribir mejor

Puedes tener un estilo propio y eso es lo que se espera de cada escritor, pero prepárate para años de estudio, oír consejos, mucha práctica, ávida lectura de escarpelo de esos modelos con los que te identificas y muchísima escritura. Entonces formarás un estilo que te identifique de forma inequívoca y, por encima de todo, haga que **comuniques** tu historia al lector.

Como dijo el filósofo y poeta Leopardi:

“No es suficiente que el escritor sea dueño de su estilo. Es importante que el estilo sea dueño de las cosas”.

5 vías para encontrar tu estilo

Este artículo no estaría completo si no pongo una lista de recomendaciones para lograr un estilo propio. Así que toma papel y lápiz, que aquí viene lo bueno:

Imitar, innovar, inventar

Nada sale de ninguna parte, ni siquiera el estilo. Así que haz como Newton, que se trepó a hombros de gigantes para ver más lejos.

Tu estilo yace en la combinación de elementos de tus autores preferidos y muchos que no has leído aún, así que imítalos, innova sobre sus formas de contar y solo luego junta lo aprendido e intégralo en tu voz narrativa.

Usa la estrategia del camaleón

Se puede aprender mucho del estilo de un autor leyéndolo, pero más aún si lo mimetizas.

Toma como ejercicio un texto cualquiera que hayas escrito y trata de replicarlo en el estilo de varios autores, identificando que elementos te son fáciles de hacer sharingan y en cuales se te traba la catalina.

Escribir es jugar

Si una historia se te hace difícil de escribir, al lector le va a ser peor de leer. Así que en el momento en que te aburras es hora de encontrar una manera diferente de decir.

Cuando rompes con tu propia monotonía, sorprendes y diviertes al lector que ya se estaba quedando dormido o directamente saltaba párrafos enteros de tu texto.

Claridad ante todo

Trata de que el ritmo de tu narración coincida con el sentimiento que quieres que el lector perciba. Las frases cortas generan tensión y velocidad. Las largas, paz y contraste.

Para escribir mejor

A fuer de ir en contra de los grandes y densos maestros —ay, Poe, ¡ampárame!—un estilo basado en la sencillez y la claridad es más fácil de mantener dentro de una narración larga como es una novela.

Encuentra tu mejor versión

Recuerda: está bien subirse a los hombros de gigantes, pero es de mala educación cortarles las cabezas y proclamar que ese eres tú. No copies, no imites, no plagies. Primero, porque eso te denigra como escritor. Luego, porque una mentira no puede mantenerse por tiempo indefinido.

Tomar referencias está bien, aprender de los que te antecedieron o lo hacen mejor que tú es correcto. Pero competir, solo estás compitiendo con tu cuento o novela anterior para que tu estilo y conexión con tus lectores sea mucho mejor. O con el último párrafo que escribiste, sea el caso.

Así pues, señor Moore, usted diga lo que quiera. Yo engordo mi estilo como el chanchito de Navidad, pero no lo asesino en las fiestas y me busco otro para el próximo año.

A lo sumo, lo podo como a la Gallina de Mercaderes del Espacio.

Blancanieves debe morir... tal vez, soñar



O ¿por qué son útiles los cuentos de hadas?

Como ya hablamos en nuestro docto y nunca bien ponderado podcast, los cuentos de hadas existen desde los albores de la Humanidad. Contar historias está en nuestra naturaleza como entes sociales, y no es difícil imaginar un grupo de nuestros antepasados alrededor del fuego en una caverna, entreteniéndose con historias antes de dormir.

Quizás estas fueron simplificadas y adornadas para que los mensajes de alerta hacia los más pequeños de la tribu calaran más profundo. Al fin y al cabo, nuestros hijos representan el futuro de la estirpe, así que es mejor infundirle un poco de miedo a los peligros reales del mundo.

Esa curiosidad innata de los pequeños es muy útil, pero también puede resultar temeraria. Así que los cuentos de hadas —no tan ingenuos ni edulcorados como los recibimos actualmente— tuvieron un papel importante en la supervivencia del hombre como especie.

¿Por qué amamos los cuentos de hadas?

Aunque ahora el mundo es mucho más seguro que antes para nuestros niños, los cuentos infantiles no han perdido vigencia, valor, ni importancia.

En primer lugar, cuando los niños pasan de escuchar las historias que les narramos a querer conocerlas por sí mismos, es que descubren y llegan a amar el proceso de la lectura. Querer imaginar las historias que leen es el primer encuentro con el maravilloso mundo de los libros, y el escalón para otras lecturas más profundas.

Los cuentos de hadas son, entonces, parte ineludible en el crecimiento infantil. De hecho, en muchas familias se repiten generación tras generación las mismas historias para dormir, y gracias a ello se han rescatado de la tradición oral muchas narraciones que son hoy íconos de la literatura infantil.

Para escribir mejor

Los cuentos proporcionan al niño una respuesta saludable a su necesidad de que la imaginación se estimule, relacione elementos entre lo real y la fantasía e intercambie con su percepción del mundo. Esto sin dudas cimienta su desarrollo cognitivo, social y emocional.

Cuentos para crecer bien

Aunque el concepto de terapia es bastante reciente, si analizamos las historias de hadas con la lupa de un psicólogo es fácil darse cuenta del papel positivo que estas pueden tener sobre el desarrollo de la psique y la personalidad de un infante.

Si las miramos con el prisma de un pedagogo, estremece darse cuenta que la narración de historias amenas es, en cierta forma, la base original de toda la pedagogía. Cuando la palabra escrita no existía, los más ancianos debían enseñar a los más niños las habilidades necesarias para la supervivencia. Eso, mientras los adultos más aptos garantizaban el alimento para la tribu.

Por lo efímero de la palabra al viento, nunca sabremos si esos primeros maestros se valieron de cuentos de hadas para transmitir de forma amena esas enseñanzas. Pero, comenzando por la Epopeya de Gilgamesh, los registros escritos de cuentos de hadas abundan.

Si esto no te convence, he aquí un resumen:

Los dioses enviaron a Enkidu para que luchara contra Gilgamesh y lo venciera. Pero la lucha se torna muy pareja, y Enkidu reconoce a Gilgamesh como rey y los dos luchadores se hacen amigos. Juntos deciden hacer un largo viaje en busca de aventuras, en el que se enfrentan a animales fantásticos y peligrosos.

Si esto no es el comienzo de un buen cuento infantil, no sé qué lo sea.

El efecto positivo de los cuentos de hadas

Pero está estudiado y establecido por la ciencia moderna que la lectura de los cuentos desencadena unos procesos importantes: nos sentimos identificados con los personajes, nos dejamos transportar hacia los mundos imaginarios, utilizamos una forma lúdica para entender los sentimientos más complejos.

Por esta razón, además de entretener los cuentos infantiles son una herramienta educativa muy eficaz. Los niños se reconocen en los protagonistas de los cuentos. De esta forma, pueden experimentar las mismas emociones que el héroe y reconocerlas en sí mismos. Esto les permite nombrarlas y expresarlas.

Los cuentos también enseñan pautas de comportamiento para responder ante las situaciones nuevas, gracias al pensamiento mágico. Este tipo de organización mental permite crear un modelo simplificado de la realidad y decidir de antemano las

Para escribir mejor

consecuencias de sus acciones como si fuesen un cuento, antes de llevarlas al plano real.

En este sentido, cada cuento le permite aprender una lección que puede aplicar durante su crecimiento, y le da una forma preconcebida de responder ante los cambios en su entorno. Los cuentos también transmiten enseñanzas morales y sociales, que les permiten afrontar los conflictos internos típicos de su edad —del tipo, quizás, “si miento me crecerá la nariz como a Pinocho”.

Tan importantes son los cuentos que existen, de hecho, técnicas psicológicas que se basan en ellos para conocernos a nosotros mismos. Hablamos de la cuentoterapia, que debe su nombre al psicólogo español Antonio Lorenzo Hernández Pallarés. Establecida a inicios del siglo XXI, se basa en las propiedades sanadoras de los cuentos tradicionales.

Gracias a los mapas psicológicos subyacentes en estas historias, se puede sacar provecho de ellos para reconocer las emociones y el lenguaje simbólico subyacente en cada uno. Esto no solo es provechoso para el niño, sino que ayuda al adulto a mantener la memoria del pasado, imaginar el futuro y expresar el presente.

Así que no se debe subestimar la importancia y el impacto de los cuentos infantiles. Ni manipularlos sin saber exactamente lo que estamos haciendo.

Muchas veces, desde nuestra perspectiva de adultos, pretendemos modificarlos para que se amolden a la forma de pensar que reconocemos ahora como válida y políticamente correcta. Pero eso es mejor dejarlo al análisis de los expertos.

Yo, en tanto, prefiero ceñirme a lo tradicional: el sapo tiene que ser besado, Caperucita acosada por el lobo, Cenicienta ser esclavizada por su madrastra...

Y Blancanieves debe morir... tal vez, soñar.

¿Cómo escribirle a un editor y que (quizás) te haga caso?



Mucho nos quejamos los escritores sobre el tema que no encontramos una salida efectiva para nuestros manuscritos. Y muchos otros autores —con muchísimo más éxito comercial y más obras en estante— han hablado del tema de cómo tratar con los editores.

Pero si quieres oír la opinión de alguien que está a mitad de la escalera, con tremendo gusto voy a darte mi receta, que infalible no es... pero digamos que me ha resultado bien.

No, no corras a la librería. Llama primero a ver si tienen algunos de mis libros. O cómpralos en línea, mejor. Todavía ni Alfaguara, ni Planeta, ni Penguin me han fichado —y estoy disponible, ¿eh?—, pero pasito a paso, vamos gritando.

¿Y tú, de qué te ríes?

A mi caso no me hagas. Yo escribo desde los 15 años y no había dado un palo al agua editorial hasta que no tuve 44, y no porque no lo hubiera intentado. Esto es frustrante pasado tres pueblos, pero a lo que vamos.

Resulta que un día, leyendo “*Mientras escribo*” de **Stephen King** —gracias, maestro— y alucinando en cada página sobre la similitud en ese camino que es mutuo a todos los escritores, me encontré una carta modelo para escribir a un agente literario.

No era mi caso. Yo quería publicar una novela, y no es lo mismo mandar un folio que un email. Pero me dije, “Total. Ya bastantes veces me han rechazado, así que una raya más pal tigre no se notará”. Y fusilé la carta modelo a la cara.

(Para los que no lo entendieron, el verbo “fusilar” para un cubano es tomar algo que le gusta y reproducirlo, pero adaptándolo a sus circunstancias y contingencias. Vaya, que no es un plagio: es un homenaje... y King lo puso ahí para que lo fusilaran).

Para escribir mejor

Sin hacer el cuento largo, mandé la carta a 3 editoriales y 2 me contestaron de forma positiva.

Con los años, y no son tantos, he perfeccionado esa carta modelo gracias a la interacción con los editores. Básicamente, aprendiendo que es lo que ellos quieren escuchar. Ayuda, por cierto, hacer caso a los mayores, así que si quieres otra recomendación de lectura búscate “*Oficio Editor*” de **Mario Muchnik**, que te será muy útil para bajar a la realidad en la que viven muchos escritores, o aspirantes a ello.

Para no hacerte el cuento muy largo —y para nada a manera de autobombo—, en tres años he publicado 7 libros en 4 editoriales diferentes. Y para este año, saldrán 2 libros más, mínimo.

Quizás no en todos los casos me pagaron anticipos, pero ninguno de mis libros es auto publicación ni coedición. Lo cual quiere decir que yo no he pagado nunca un centavo para que me publiquen.

¿Cómo dirigirse a un editor?

Antes de revelarte mi carta de triunfo, he aquí algunas pautas generales para dirigirte a un editor y que te haga caso.

Lo primero es perder el miedo: de todas formas, en tu casa solo te van a conocer a la hora de comer, así que el NO lo tienes seguro. Tampoco es que vayas a arruinarte en el proceso, porque hacer un email solo cuesta el tiempo que le dediques a ello, y si no te responden pues no pasa nada.

Pero si por casualidad te presentas bien e interesas a un editor para que se lea tu manuscrito, hay una ínfima posibilidad que considere que publicarte es un buen negocio (lo siento, pero así es).

Ahora bien: si vas a hacer las cosas, hazlo lo mejor que puedas. Y eso se logra de esta forma.

- Ten en cuenta que muchos editores se conocen, e incluso varios editores trabajan para más de un sello editorial. Cuando te comuniques con ellos, no sigas el mismo guión de corta y pega.
- Tu correo ha de enfocarse en la persona a quien escribes, no en ti mismo. ¿Qué tiene ganas de leer un editor de su bandeja de entrada?
- Como en todo buen storytelling, debes empezar por buscar un vínculo emocional con el editor, una puerta de entrada para que siga leyendo tu correo. Ya sea porque leíste un buen libro que él editó, tienen un amigo en común, revisaste un

artículo que haya escrito, fuiste a una conferencia donde él impartió una charla... demuéstrole que lo conoces por algo o por alguien, y que lo respetas.

- Luego, háblale de ti en pocas líneas. No más de 3, y sin entrar en detalles: es sólo para que ubique quién eres, no para que se aprenda tu currículum. Si has hecho un buen desarrollo de redes sociales, basta tu nombre o pseudónimo y dejar algún enlace en el pie de firma. Si le interesas, ya te buscará.
- Por supuesto, todo el mensaje tiene que estar redactado de manera formal e impecable. A nadie convences que te publique sin no demuestras desde la misma carta que tienes una buena redacción y ortografía: no hay segundas oportunidades para causar primeras impresiones.
- Desde el respeto, comienza por respetar el tiempo de tu editor: te está dando un poco al leer tu email. Así que corto y al grano, pues si fueses alguien para él te estaría escribiendo a ti y no viceversa. Además, si abre el mensaje y ve páginas y páginas de texto, seguro que cierra y a la papelera.
- En la primera carta no se envía el manuscrito. Ni siquiera una sinopsis. Casi ningún editor quiere recibir un texto que no solicite, por miedo a las demandas de plagio. Ellos son muy susceptibles con eso, así que solo habla de forma vaga sobre el género y tema de tu obra y pídele permiso para enviarla. Si tiene interés y disponibilidad, te lo dará.
- Eso sí, sé humilde con tu obra. A ti te parece la llave de los truenos, pero es él quien va a rechazar o aceptar tu manuscrito y su palabra —al menos en sus prensas— es ley. De hecho, está comprobado que mientras más hablas de lo bueno que es tu texto, menos ganas tienen los demás de leerlo. Si alguien debe hablar de sí mismas son tus cuartillas, no tu lengua.
- Por la ira de Dios, nunca incluyas en tu carta crítica alguna a otra obra del género, o autor y mucho menos a otra editorial. Además de que en el gremio todos se conocen, el editor se va a cerrar en banda si tu carta es tóxica.
- Otra cosa que debes evitar es lucir desesperado. Quieres que lean y acepten tu manuscrito, pero al editor le viene al paio el tiempo que le hayas dedicado, las puertas que se te han cerrado y cualquier detalle que no esté en la obra en sí.

Además, si haces parecer que él es como Obi Wan Kenobi —tu última esperanza— ni sueñes que tendrás un contrato ventajoso. A pesar de los pesares, le estás proponiendo una obra que puede hacerle ganar dinero y prestigio. Así que bajito, pero no tanto que te arrastres.

Para escribir mejor

Pero puede que no te respondan...

De hecho, lo más natural es que no lo hagan, ni siquiera para tomarse el trabajo de rechazarte y menos aún de darte razones del porqué no quieren o no pueden encargarse de tu pergamino.

Si al menos te rechazan y más si te dicen por qué, debes considerarlo una victoria y redactar una cuidadosa y respetuosa carta de agradecimiento por el tiempo que el editor se tomó en considerar tu propuesta. Recuerda que esa no es una puerta cerrada ya, sino que ha quedado entreabierta para posibles colaboraciones.

No te tomes a mal el silencio. Los editores descartan cientos de emails de este tipo y no es nada personal: están muy ocupados, tienen un mal día, sus agendas editoriales están cubiertas... hay mil razones válidas. Si por cada 9 rechazos tienes un éxito, puedes darte con un canto en el pecho (uno de aria, no rodado).

Y ahora, mi fórmula secreta...

¿En serio te creías que iba a rendir mi ***carta-modelo-de-triunfo-para-que-las-editoriales-me-contesten-casi-siempre?***

Lo siento, cariño, pero el Día de los Santos Inocentes es el 28 de diciembre. En el oficio de escribir hay consejos pero no atajos, y no es cosa de que dándote mi carta disminuya mis posibilidades (que no es así).

Los conocimientos herméticos no son para nada secretos, sino tan complicados que necesitan estudio de otras materias para llegar a entenderlos. Así, en este artículo ya tienes todas las pistas para redactar tu misiva propia, con tu estilo único e irrepetible.

Pero tendrás que leer "*Mientras escribo*" y luego "*Oficio Editor*", redactar tu carta y que se cumplan las pautas que menciono en el artículo. Así, te invito a fusilar como yo a los que más saben y aprender por tu cuenta.

A mí me sirvió este camino. Espero que también a ti.

Un editor responde (parece que sí hacen caso)

Los diálogos, en tiempos de diálogo (I)



El diálogo es la convención con que el escritor hace que sus personajes tengan un contacto directo con el lector y le informe, con toda cortesía, que ellos están vivos.

O lo pretenden: si bien una frase bien colocada puede hacer que unas pocas palabras hagan que un personaje se levante de su tumba, un diálogo mal construido lo entierra, le da pisón y le vierte el contenido de un camión de volteo de cemento encima.

¿Sobre la puntuación?

No hablo del buen uso del guión largo, que parece ser muy difícil de entender:

—Para tu información, va pegado al texto —dijo Crixus, y añadió—. Si se usa una oración intermedia, sin espacios entre los guiones y con el signo de puntuación pegado al guión.

Y al final de un diálogo, no se pone guión. No sé por qué se empeñan en innovar sobre las reglas. Este es un convencionalismo tan aceptado que el lector casi no se percata de los signos en el diálogo cuando está bien, pero le eriza los pelos cuando se rompe.

Para aquel que desee convencerse de una vez, pues que revise lo que ha dictado la RAE al respecto de nuestro querido guión largo, coloquialmente llamado raya. Si aun así no convenzo, el que insista en llamar a esta institución obsoleta o que las reglas de la literatura están hechas para ser rotas, que me lo diga y le mando a mis padrinos.

Errores de diálogo que dan ganas de lavarse los ojos con lejía

Si ya el mal uso de la puntuación de los diálogos es difícil de soportar, hay múltiples formas de hacerlo realmente malo de por sí. Pero malo como que digno de la papelera, sea esta física o electrónica. De luego vaciar el contenedor, o mejor quemarlo.

Veamos algunos más comunes de lo que me gustaría:

Para escribir mejor

El autor que explicitaba, adicionaba y apostrofaba

¿Qué de malo tiene un simple “dijo Fulano”? Quizás por saltarse los convencionalismos, algunos autores usan verbos altisonantes para referirse a los parlamentos de sus personajes.

Mientras un “dijo”, “gritó”, “susurró” o “preguntó” son más que suficientes, muchos autores se apean del tren con exquisiteces de prístina inteligencia que hacen cortocircuito en la mente del lector y matan por completo las ganas de leer.

Los verbos simples son convenciones que les pasamos por encima sin que molesten, y son necesarios para no perdernos en el diálogo en relación a quién le dice a quién. Complicarse en este sentido es estéril y peligroso.

—A ver, ¿vos y cuál ejercito? —*pretendió elucidar el Cid, mientras desenvainaba su espada.*

—A ver, ¿vos y cuál ejercito? —*bramó el Cid, mientras desenvainaba su espada.*

Queda claro, creo yo.

El autor hipnótico, que nos dice que pensar

Si como escritor no eres capaz de poner en boca de tu personaje una frase que ya impulse al lector a llevarse la idea de lo que debemos pensar del personaje, fallaste.

Un parlamento que diga algo así como:

—Sí —*dijo misteriosamente aquel extranjero, en cuyo acento se notaba que podía dominar un dragón con sus palabras.*

...obviamente, no hay Dios que lo intuya, ni siquiera bajo el influjo de Osiris y Apis. Tampoco se debe aclarar al lector que las frases del personaje son desternillantes, ingeniosas, elegantes, sabias o cualquier otro adjetivo. Demuéstralo, no lo digas. Y si lo demostraste, no te regodees: el lector no es tonto y no necesita tus glamorosas acotaciones.

El autor que carga de acciones el verbo del diálogo

En los diálogos se habla, no se hace lectura comentada, así que las explicaciones sobran. Como mucho, puede añadirse una acción simultánea a la conversación, o inmediatamente después.

Pero algo al estilo de:

—Buenos días —*dijo el hombre que, sin dudas, había sido educado en las artes de la hechicería y escapado recientemente de las garras del dragón que habita en las mazmorras de un lejano castillo del Oriente Cubano...*

Para escribir mejor

...es mucho menos efectivo y molesto que un:

—*Buenos días* —dijo el hombre, cerrando la puerta tras de sí.

E incluso puede eliminarse el primer verbo de la conversación:

—*Buenos días* —y cerró la puerta tras de sí.

Ya habrá tiempo en la novela para que el Fulano (o el autor) narre la historia.

Cuando el autor usa adverbios que no rulan

En lo personal, el uso de adverbios es una aberración a evitar, pero a veces tiene que recurrirse a ellos. No obstante, una de sus formas más vomitivas es cuando se emplean para reforzar lo obvio.

—*¡Te voy a matar!*—gritó amenazadoramente.

—*¡Eres un hijo de puta!*—respondió soezmente.

—*¿Quién, yo?*—preguntó inquisitivamente.

Y así por el estilo. Si lo que dice el personaje es suficiente, pues lo demás no solo sobra, sino que afea. No obstante, en ocasiones puede usarse para aclarar, si es que aclara:

—*¿Sabes que te odio?* —dijo irónicamente.

—*¿Sabes que te odio?* —dijo fríamente.

Y un detallito sobre la ironía: casi siempre decir “irónicamente” sobra. Si el personaje está siendo irónico, pues mejor que su frase lo demuestre. La ironía, por demás, puede referirse a muchas situaciones, como una paradoja o a una relación casual.

Así que mejor no abusar de la palabreja, o mejor no emplearla en lo absoluto. Al fin y al cabo, quien no se la llevó a la primera, no se aclarará porque le digas que es una ironía. Ni siquiera si le pones el signo de (?).

Cuando los personajes hablan como el narrador

En un diálogo con personajes coherentes y naturales, cada uno tiene su voz propia. Un caso muy visto es que los personajes empiecen a hablar con la voz del narrador y no la suya, dándoles tanta vida como una marioneta de cuerda.

Para escribir mejor

—Creo que con esto ya hemos cumplido el plan de producción—dijo Pietro a sus alegres camaradas—. Es momento entonces de festejar.

—Cierto —repuso Billy guiñando un ojo—. Pienso que se impone un par de copas en el bar.

—Opino que lo mejor es ir al bar de la esquina —terció Mónica, recogiendo su chaqueta.

Si un boxeador, una prostituta, un espía, una doctora en ciencias pedagógicas y el niño de ocho años hablan igual, y más con frases forzadas y anormales, es hora de ponerse a ver buenas películas o salir a la esquina a grabar conversaciones.

Los diálogos en tiempos de diálogo (II)



En lo que estaba y a lo que iba: seguimos hablando de diálogos, que ya había una primera parte.

No soy quién para decirte cómo deben hablar tus personajes, pero sigo alertándote de esos momentos dorados en que tengo ganas de cerrar (y borrar) el archivo de texto, o poner un comentario hiriente —si es que me están pagando por mi tiempo como lector o editor.

No digo cerrar el libro, porque difícilmente van a ver uno de estos errores publicados. Manuscrito que los cometa, difícil que llegue a prensa editorial... aunque, para desgracia de todos, la auto publicación existe.

(Más) Errores de diálogo que dan ganas de lavarse los ojos con lejía

Si pensabas del artículo anterior que era imposible seguir fastidiando a los diálogos, desengañate. Siempre es posible hacerlo peor:

Cuando no se sabe que personaje está hablando

En una conversación de dos, tres es multitud. Ya bastante difícil resulta seguir el hilo cuando el narrador se equivoca en un diálogo ping-pong y se salta una línea, o cuando dos personajes hablan durante dos cuartillas sin marcas de referencia.

Si viene un tercero —un cuarto, un quinto— a meter la cuchareta, entonces la confusión se impone.

Guillermo, Ónix, Gustavo y el rapaz entraron a la taberna.

—Creo que ha sido un buen día

—Déjame que te suene la nariz.

—Me dan ganas de cerveza.

—Yo tengo hambre.

Para escribir mejor

—Fabada y tragos entonces.

Puede que el autor piense que le ha dado a sus personajes voces tan distintivas que el lector tiene que ser tonto para no poder diferenciarlas. Pero acá habría que ver quién es el memo, cuando no se da al menos una referencia de quién es quién.

Cuando el escritor se cree que es una grabadora

Soy del criterio que un escritor, para reflejar un diálogo real, debe salir a la calle a escuchar cómo habla la gente, incluso grabadora en mano. Pero ya de ahí a detallar una conversación que no aporta nada a la trama tenemos una gran grieta.

No me voy a tomar el trabajo de poner un ejemplo, porque no quiero aburrir con cuatro cuartillas de una conversación trivial entre dos personajes. Porque eso mismo es lo que a veces sucede: en aras de la exactitud no se puede sacrificar el ritmo narrativo.

Un consejo: si se sustituyen las cuatro cuartillas por un “charlaron de naderías” antes de llegar a la parte importante de la conversación, el lector lo agradece. Se percata que, a partir de entonces, debe aguzar la oreja: habrá llegado la parte buena.

Cuando el mundo alrededor no existe

En ocasiones, el autor tiene tantas ganas de que los personajes comuniquen algo que se olvida que les ha colocado en un entorno que no es el apropiado... ni siquiera el lógico para decir tal cosa.

—Lo siento mucho —gritó Elba—. Acabo de romper el vial con ántrax en mi bolsillo.

Juanelo hizo una pausa, mientras el autobús atestado tomaba una curva pronunciada y sonrió con sorna.

—Más lo siento yo. Acabo de quitarle el pasador a la granada.

A menos que la intención de los personajes fuese provocar una estampida en el medio de transporte, esas cosas no se dicen así, sin mayores consecuencias para la escena. Crímenes espeluznantes, desviaciones sexuales, enfermedades terminales o conspiraciones a escala planetaria necesitan cierta privacidad para ser contados. Igual, el plan para derrocar al villano requiere del elemento sorpresa, porque contarle con él delante es ligeramente contraproducente.

Cuando los personajes entregan su hoja de vida

En el mundo real, la gente no se describe a sí mismos de antemano a menos que estén presentándose en un concurso de televisión.

—Encantado de conocerte, y te alerto que dentro de un rato voy a necesitar ir al lavabo porque padezco de colitis. Pero, aparte de eso, me parece genial que nos estemos viendo y ya desde que hablamos por teléfono estoy casi seguro que al final de la

Para escribir mejor

velada te develaré que soy un ferviente defensor de los derechos de las zarigueñas neozelandesas.

Eso, o estamos en la primera cita con un narcisista que ni Narciso. Por cierto, quizá si el guía maorí de nuestra partida de caza se llama Narciso, valdría la pena que lo explicase en su primer parlamento. Cada excepción con su regla.

Cuando los diálogos los escribe Perogrullo

Muy cercano al Síndrome del Buen Doctor, están los diálogos del Amor Mío. Estos aparecen dolorosamente cuando dos personajes se cuentan cosas que son innecesarias entre ellos:

—Amor, como ya sabes, es necesario que partamos temprano mañana si queremos llegar a tiempo a la representación del Circo del Sol.

—Sí, cariño. Es necesario que tomemos el primer vuelo si queremos evitar que los rayos del amanecer quemem nuestras delicadas pieles vampíricas.

Estos diálogos se establecen entre los personajes nada más que para darle información al lector, pues es obvio que lo que transmiten ya los interlocutores lo sabían. Aunque en la vida real hay gente —como tu mamá— que te recuerda constantemente lo mismo, eso sobra en la narrativa.

El autor querer decir, pelo no pué

No hay nada más difícil de transmitir con la palabra escrita que un acento extranjero o un defecto de logopedia.

—Yo estar very orgulloso de que only one de our soldados murira hoy —dijo Sir Tomás, henchido.

—Mí no entedel porque chinitos tuvieron que il al flente de la batalla, pelo ¡Viva Cuba!

—Oztia puta! ¡Ezos gachupinez zí que zabía peleá!

—Pe...pe...pero yo-yo sí que.. que pa-pa-partí a...a...a u...no-nos diez millones setecientos mil quinientos dos.

Si la intención no es humorística, introducir estas imperfecciones del lenguaje oral en el escrito suena horroroso, porque además obliga al lector a traducir en voz alta para poder entender que narices dicen los personajes. Hay que ser muy hábil y cansar poco para que salga de forma legible.

Para escribir mejor

Recomendación sabia entonces: acotar “Fulano hablaba con acento francés, arrastrando las erres” y luego poner sus parlamentos en perfecto español. Así, en modo traductor automático.

Por descontado existen muchísimos más errores a la hora de construir los diálogos, pero por el bien de los editores —y el tuyo propio— espero te lleves la idea. Así que ten en cuenta estos y los primeros diálogos horribles a los que me referí y destiéralos del habla de tus personajes, en nombre de la legibilidad y la paz de las imprentas.

Concursos literarios: el cuento de hadas aterrizado



Luego de la experiencia de actuar como jurado en la última edición del concurso literario Oscar Hurtado, creo necesario hablar un poco del elefante en la habitación. No en específico sobre nuestro certamen, sino sobre los concursos literarios en general.

Recuerdo a los lectores que este artículo —como todos los de esta columna— está escrito desde mi opinión y experiencia. O sea, si hay alguna queja o divergencia con los consejos que suscribo, soy el único que debe arder en la hoguera.

Dicho esto, aquí vamos.

¿Por qué se participa en los concursos literarios?

Sin importar la magnitud del concurso, hay tres razones fundamentales y no excluyentes para participar en un certamen literario:

Visualidad: en especial para los autores noveles, ganar un concurso —o algún lugar en él— permite que se reconozca su talento. Esto no es 100% seguro: en dependencia de la calidad de otras obras en concurso, puede que un buen intento quede fuera del podio. Pero en un oficio tan difícil e ingrato como las letras, cualquier miga para el ego es buena.

Publicación: la mayoría de los concursos ofrece alguna forma de publicación. Si bien es cierto que algunos certámenes se convocan para engrosar el fondo editorial de una revista o editora, ganar es una garantía importante de publicación, en especial para autores que aún no tienen obra publicada.

Dinero: ¿por qué engañarnos? Aunque ese no sea el objetivo principal para un autor novel, es cierto que muchos escritores —publicados y recontra publicados incluso— enviamos a concursos que pagan de forma bastante estable y calculada. Es difícil vivir de la literatura, así que cada peseta cuenta.

Para escribir mejor

Un beneficio extra que siempre se disfruta, en especial al principio de la carrera, es poder incluir un mérito más al currículum. De este hablaremos en otra ocasión, pero un CV bien armado bien puede abrir las puertas de una editorial. Más tarde se van limpiando de él los concursos menores y las menciones no tan relevantes, pero al principio de una carrera toda ayuda es poca.

Garantizando que el jurado lea mi cuento

Un concurso de convocatoria abierta puede atraer decenas y hasta centenares de obras. Pero desengáñate: el jurado no las lee todas.

Un jurado regular está integrado por escritores de renombre del género, pero a menos que sea un concurso importante, ellos donan voluntariamente su tiempo. O sea, no cobran.

Así que los organizadores del evento buscan mecanismos para evitar que el jurado pierda su tiempo con obras mal presentadas o de escasa calidad.

Cumple con las bases

El primer filtro son **las bases del concurso**. Aquí no vale el romanticismo: por muy buena que sea tu novela, la mandas a un concurso de cuentos y no llegará a los jurados. Si es un concurso de fantasía y mandas una novela negra, no llegará a los jurados. Si pones tu nombre en el texto y no en la plica, quedas fuera de forma automática.

CUALQUIER detalle —por nimio que te parezca— que se aleje de las bases equivale a descalificación inmediata. Nadie se apiadará de ti si usas tipo de letra Verdana cuando se pide Times New Roman; o pones 11 en tamaño de letra cuando se te pide 12.

Esto y los márgenes no son simples trucos estéticos: afectan la longitud de la obra. Y es uno de los aspectos que causa descalificación instantánea: si te dicen 10 cuartillas, mejor acortar tu historia —seguro que algo sobraré— que intentar engañar a las bases. Quienes las redactamos no somos tontos, y están ahí para cumplirlas.

La adecuación a las bases se lleva a cabo en algunos concursos a través de filtros informáticos. Y aunque así no fuera, que quede claro: si no te ajustas a lo que te piden, estás fuera de competencia.

Por buena que sea la obra, estás en el deber de cumplir las bases. Si tienes alguna duda, pregúntala antes de perder por no presentación —que no es lo mismo, pero es igual.

Para escribir mejor

Vence al panel de selección

Luego de este filtro, puede haber un segundo **tamiz de lectura crítica**. Este no lo realizan los jurados, pero hay lectores profesionales que se aseguran que lo que llega a los jurados tiene un mínimo de calidad y se ajusta al tema convocado.

Para ellos, menos es más: el texto tiene que estar bien formateado, la ortografía correcta y la obra pertenecer a la categoría solicitada.

Pasa mucho en concursos como el propio Oscar Hurtado, que tiene varias categorías, que el autor no señala en el texto por cual premio está optando. En algunas obras es difícil de establecer, pero ayuda que el autor señale la categoría por la cual concursa.

Estos lectores usualmente no van más allá de la primera página, así que si quieres ganar un concurso pon especial cuidado en como empieza tu obra. Y nada de colorines, formatos raros, ilustraciones ni florituras de ningún tipo: estás presentando un manuscrito, no lo que tú deseas que sea el producto final.

Si tienes la suerte de llegar entonces a manos de los jueces, estás en la cima de la pirámide (o el pico de la piragua). Aunque te parezca raro, más de tres cuartos de las obras en concurso quedan varadas para siempre en estos dos filtros iniciales.

¡A complacer a los jueces!

Algunos escritores tienen el falso concepto de que pueden enviar directamente un primer borrador a una editorial, y ya esta se encargará de corregirle el estilo y las faltas de ortografía. Revisar para ellos es tarea del editor, y si bien esto es cierto cuando el manuscrito se aprueba, el camino más probable de un esfuerzo a medias es el cesto de la basura.

Un texto que al editor le cueste leer no va a ser de su agrado y denota irrespeto hacia su editorial. Normalmente lo que se le sobra a un editor son las propuestas, así que no está obligado a leerte y menos a publicarte. Si esta verdad te parece dura, piensa que un jurado es un editor en esteroides.

Ellos tienen que leer y elegir entre muchos textos en un tiempo muy limitado, y encima casi nunca les están pagando por su tiempo, así que es tu tarea que se fijen en ti.

Justo es decir que hay un buen porcentaje de jurados que toman su trabajo a rajatabla y leen íntegros los textos que llegan a sus manos. Yo, seriamente, los admiro.

Otros muchos, en los que me incluyo, son más impacientes: leen los dos párrafos iniciales, si los consideran buenos leen el final y solo después leen dos párrafos al azar dentro del texto. Si hay coherencia y les llama la atención, los separan para leer con calma y siguen su ronda de eliminación.

Para escribir mejor

Esta práctica es una de las más comunes, y en ella se elimina hasta el 90% de las obras que llegan a la consideración del jurado. El resultado, casi siempre, coincide con el del jurado que lee exhaustivamente.

No importa el concurso: sé siempre tu mejor versión

Separar el grano de la paja es una tarea ardua, así que mejor asumir que el jurado anda de mal humor y con ganas de lavarse los ojos con lejía. Así que está en tu mejor interés complacerlo y hacer que tu texto destaque.

Si para pasar los dos primeros filtros “formales” había que prestar mucha atención a la corrección ortográfica y de estilo de la obra concursante, para ganar el amor de un jurado hay que presentar algo espectacular. No es concursar por concursar: tu obra debe estar bien escrita, contar una historia interesante y tener un final contundente. No le puede faltar ni sobrar una palabra.

E insisto: aun cuando hagas todo lo que esté en tus manos, las probabilidades de ganar un concurso son pocas. Estás compitiendo contra una masa de escritores que, al menos en teoría, se están dejando como tú la piel sobre la cuartilla. Así que por respeto a tu esfuerzo, dale mejores oportunidades a tu historia.

Revisa con lupa antes de enviar. Mejor aún, haz que muchos amigos escritores lo revisen, ya sea en talleres literarios o a lo cortico, en lo personal. ¿Quién sabe? Puede que uno de ellos sea jurado y te reconozca tras el seudónimo. Lo cual sigue sin garantizar nada, pero es un paso de avance.

Y un par de consejos más

No te rindas. Ganar un concurso es mucho, pero en realidad nunca pierdes por participar.

Elegir los finalistas y triunfadores depende mucho de la subjetividad y no tanto de la calidad de tu obra en sí, pero si no sales premiado no tienes que desencantarte con tu manuscrito. Eso sí: nadie te va a decir por qué no resultaste ganador, pero siempre puedes estudiar la obra que lo fue y encontrar los puntos en los que supera a la tuya.

Mejora entonces tu obra y vuélvela a enviar, si no al mismo concurso —ojo, que se puede— a otro similar. ¡Y mucha buena suerte!

Posdata y a título muy personal

Como jurado, voy a rechazar tu obra de plano sí detecto estas deficiencias. Cuidado: muchos otros colegas harán lo mismo.

Comienzas con el parte meteorológico: “El frío acompañaba al sol que se ocultaba en la montaña”.

Para escribir mejor

Comienzas con una frase de otro escritor: para leer “en un lugar de la Habana, de cuyo nombre no quiero acordarme” o una frase que el protagonista lee de un cuento de Borges, premio a Cervantes o a Borges.

Definitivamente no a las faltas de ortografía: el corrector ortográfico existe. El diccionario también.

No a las repeticiones de palabras: usa el diccionario de sinónimos. Shift+F7 en Word.

No a los actos de magia: iniciar con un “desde hacía días tenía la certeza de que...”. Si el protagonista no es el Doctor Strange, no me lo creo.

Pones dos epítetos por sustantivo: “la alta y empinada faralla”. (sólo se lo acepto a Lovecraft y eso a veces).

Tus frases tienen cinco líneas: el punto y seguido existe para que el lector no se pierda. O el jurado.

¡Mira, mamá, soy el antihéroe!



En tiempos de moralidad dudosa y principios éticos con complejo de quimbombó, cada vez son menos frecuentes esos personajes puros y rectos que nos pintaban las novelas de caballería. Incluso la literatura infantil, con cierta tendencia a la edulcoración y a pintar en blancos y negros estrictos, está regresando a sus orígenes de que el fin justifica los medios.

Si bien no llega al extremo de unos Hansel y Gretel asando a la bruja a la parrilla, es destacable como la figura del antihéroe pintarrajeado de grises comienza a imponerse en la literatura fantástica y la no tanto.

Cum finis est licitus, etiam media sunt licita

Esta frase, preconizada por Hermann Busenbaum, jesuita alemán del siglo XVII, viene a resumir los códigos por los que se rige el arquetipo del antihéroe. Para este clérigo, si el objetivo era la defensa del catolicismo, Dios haría de la vista gorda al mentir, ejercer violencia u ocultar la verdad.

En tanto el resultado fuese positivo, los medios y las motivaciones del antihéroe puede que no lo sean tanto. Esta alternativa de lo ilegal como forma de restablecer el orden correcto de las cosas haría vomitar a un Amadís de Gaula —aunque queda claro que la vida de un caballero errante no era tan casta ni limpia como la pintan, y muchos escuderos del medioevo podrían dar fe de ello en los azotes en sus espaldas—, pero tienen un asidero muy importante para el autor literario.

Y es que al final nuestros personajes, aunque sean soles, han de tener manchas para que sean creíbles. Mucho se ha criticado a estos héroes impolutos, hasta llegar en muchos casos a la conclusión que los villanos eran por mucho más interesantes y dignos de admiración. La razón es sencilla: como ellos, nosotros también nos dejamos arrastrar de cuando en vez por las bajas pasiones y hacemos las cosas no de la forma correcta, sino de la manera más expedita.

Para escribir mejor

Sencillamente, está en la naturaleza humana desde hace milenios. Si necesitan pruebas, me pongo bíblico: quien nunca ha pecado que tire la primera piedra.

El antihéroe como protagonista de su epopeya

Lo dicho: mientras más real y cercano sea nuestro protagonista, más fácil será para el lector identificarse con él y adentrarse en su psicología. Todos estamos expuestos —sino tentados— a cometer pequeños actos de maldad, por lo que los caballeros de la Mesa Redonda o los guerreros impolutos de la fantasía épica estilo Tolkien son ligeramente duros de tragar.

Pero como a Lancelot se le iba la olla por la Ginebra (los eruditos no se ponen de acuerdo si por la bebida o por la mujer de Arturo) y Boromir perdió el aceite por el anillo de Frodo... bueno, ya se nos vuelven más creíbles. Incluso podemos hasta justificar las motivaciones para cometer actos desleales, con lo cual ya el autor se anota un punto a favor en su construcción de personaje.

En un universo que adora los grises, los estereotipos del héroe y el villano se desdibujan cada vez más. Así, el malo de la historia comienza a cubrirse de traumas y motivaciones que nos inducen a pensar que al final sus acciones tenían una justificación. Al mismo tiempo, el compás moral del bueno no siempre apunta al norte, sino que se tambalea ante ciertas motivaciones y se deja arrastrar por las circunstancias.

Este cambio de paradigma tiene mucho que ver con aquellos que hicieron popular en el mundo entero las historias de buenos y malos: los comics. Pasada la Guerra Fría y quizás mucho antes, antihéroes como Frank Castle (The Punisher), "V" oculto bajo la máscara de Guy Fawkes o los Watchmen rompieron la burbuja del héroe como caballero andante y dieron cabida a la mentalidad de que el fin justifica los medios, por violentos, crueles o ilegales que estos fueran.

Para más ejemplos baste mencionar a Spawn, Deadpool, Lobo, el Motorista Fantasma, Jhon Constantine... todos ellos personajes entrañables que por sus desmanes se han ganado un lugar especial en nuestros corazones, y por las vías que sea logran realizar el trabajo al final.

De los males, el menor

Asocial, cruel, desagradable, enajenado, lamentable, megalómano, misógino, obtuso, ordinario, pasivo, sádico... estos y muchos otros calificativos que no parecen ser adecuados para nuestro protagonista son elementos que le aportan credibilidad y color.

Según el filósofo Michael Walzer algunas situaciones justifican implementar acciones moralmente censurables, pero una vez que pasan corresponde aceptar el castigo correspondiente. En el antihéroe esto se traduce en pesadas cargas que arrastra hacia

Para escribir mejor

la redención, pero eso ya viene desde los 12 trabajos de Heracles: recordemos que tuvo que cumplirlos tras haber asesinado a su esposa, sus dos hijos y dos sobrinos que andaban en mala hora y lugar.

Así que, pequeño saltamontes, no temas bajar de su pedestal dorado a tu héroe de ensueño y arrojarle un par de conflictos existenciales y costumbres poco ortodoxas. Recuerda que tampoco estás descubriendo el agua tibia, incluso si tu reino es el de la fantasía épica. Ya lo hizo Robert Ervin Howard con Conan y Salomon Kane (que también salió de su imaginación), y tan bien que se le considera junto a Tolkien padres de la fantasía épica.

O Cervantes, con su Quijote antihéroe que fallaba más de lo que *desfacía* entuertos. También ese misterioso y prolífico escritor llamado Anónimo, con *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*.

Es tiempo otra vez de antihéroes.

Para escribir mejor

Evitemos los lugares comunes



El lugar común es una palabra, frase o idea considerada como un vicio del lenguaje por ser demasiado sabido o por su uso excesivo o gastado.

¿Por qué evitarlas?

- Demuestra poca imaginación de quien la expresa.
- Sustituye la búsqueda de ideas originales o creativas por otras ya manidas.
- Evidencia ser una copia de una idea de otro.
- Simplifica una idea o concepto que quizá merecería matizarse.

Cada género literario tiene montones de lugares comunes que debemos evitar. Pero a veces es necesario recurrir a ellos de forma consciente, ya sea por el estrato de los personajes o por las actividades que realizan (se me ocurre el clásico “¡Quieto! ¡Policía!” que es bastante universal), o porque es la frase exacta que el lector necesita escuchar para comprender la historia.

¿Mi recomendación? Si caer en pedantería, trata de rearmar el lugar común de forma que lo expresas con otras palabras. En una habilidad que se adquiere con el tiempo... que le dedicas a escribir como un loco poseso. Recuerda que más discierne Satán por su senectud que por su condición mefistofélica.

Una lista muy incompleta de lugares comunes:

- Abnegado cumplidor
- Abundante documentación
- Accidente fortuito
- Acelerar a tope
- Acostarse a las tantas
- Adhesión inquebrantable
- A grito pelado
- Al filo de la navaja
- Al filo de la noticia
- Amarga derrota

Para escribir mejor

- Amarga despedida
- Amasijo de hierros
- Ambos dos
- Amistad inquebrantable
- Amor a primera vista
- Amplio abanico de posibilidades
- Antiguas pesetas
- Aparatoso vendaje
- Aprovechar el tiempo
- Asesino sanguinario
- Atasco monumental
- A tenor de esto
- Aterido de frío
- A toda velocidad
- A vista de pájaro
- Baño de sangre
- Batalla campal
- Bebedor habitual
- Belleza exquisita
- Belleza sublime
- Bendecida y afortunada
- Blanca Navidad
- Blanco como la nieve
- Blanco inmaculado
- Breves minutos
- Brilló con luz propia
- Brilló por su ausencia
- Brutal agresión
- Brutal paliza
- Buena suerte
- Caja tonta
- Calor abrasador
- Calor de justicia
- Cobrarse una vida
- Cojear ostensiblemente
- Comida basura
- Comida exquisita
- Comida rápida
- Complicada situación
- Conciliar el sueño
- Conocido por todo el mundo
- Corrupción galopante
- Cortina de humo
- Craso error
- Crecimiento negativo
- Criando malvas
- Crimen perfecto
- Daño colateral
- Deambular sin rumbo
- Debate largo y tendido
- Deber cumplido
- Dejar en el tintero
- Dentro de lo que cabe
- Dientes como perlas
- Dilatada experiencia
- Dimisión irrevocable
- Disfrutar plenamente
- Distancia prudencial
- Dolor insoportable
- Dulce Navidad
- Dulces sueños
- Emotivas imágenes
- Empezar un viaje
- En base a
- En este país
- En olor de santidad
- Enclave privilegiado
- Entablar amistad
- Entrañable familia
- Entrañables fiestas
- Entre la espada y la pared
- Escalada de violencia
- Escenas dantescas
- Espiral de violencia
- Está demostrado
- Están llamados a las urnas

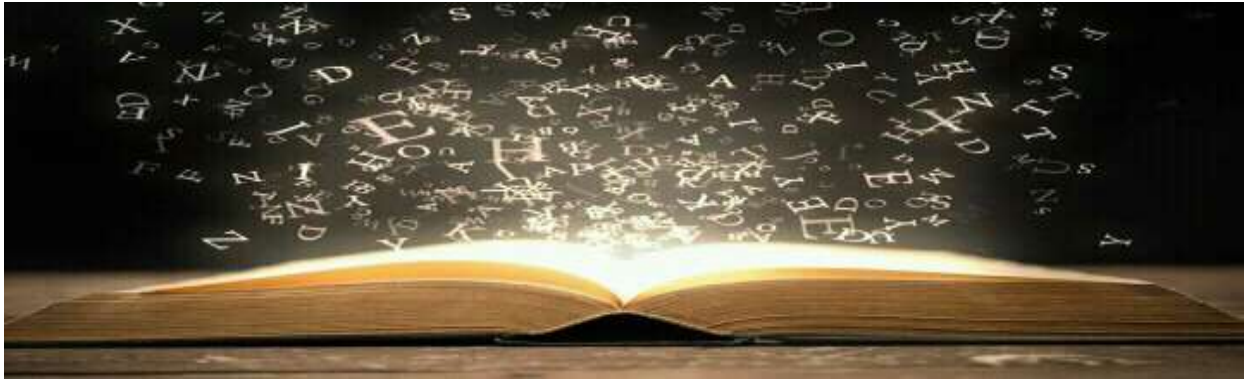
Para escribir mejor

- Estricta disciplina
- Estricta intimidad
- Fallo garrafal
- Fe inquebrantable
- Felices fiestas
- Final de la vida
- Flamante coche
- Fuentes bien informadas
- Generación especial
- Generación perdida
- Generar sinergias
- Hallazgo sorprendente
- Hambre canina
- Hasta altas horas de la madrugada
- Hombre de color
- Horizontes lejanos
- Hoy en día
- Imágenes dantescas
- Inagotable al desaliento
- Inasequible al desaliento
- Incremento negativo
- Incumplimiento flagrante
- Ingresar cadáver
- Instinto asesino
- Isla (o playa) paradisíaca
- Jugarse la vida
- Lealtad inquebrantable
- Lamentable situación
- Llamar poderosamente la atención
- Llegados a este punto
- Llegar a buen puerto
- Llover a cántaros
- Lo que es
- Mala fortuna
- Mala leche
- Mano de hierro
- Marco incomparable
- Marea humana
- Marear la perdiz
- Mascar la tensión
- Mascar la tragedia
- Merecidas vacaciones
- Meteórico ascenso
- Modales exquisitos
- Modales refinados
- Morir en el tajo
- Mostrarse consternado
- Mujer de color
- Negro azabache
- Nevada copiosa
- Nexo de unión
- No pudo ser
- Obediencia ciega
- Obediencia inquebrantable
- Ola de calor
- Orgullo y satisfacción
- Pagar religiosamente
- Paladar exquisito
- Parece ser que...
- Pasado de copas
- Pasar olímpicamente
- Pasarlas moradas
- Pavoroso incendio
- Penosa enfermedad
- Perder la vida
- Perdido sin remedio
- Perfume embriagador
- Persona de color
- Persona mayor
- Persona pequeña
- Pertinaz sequía
- Piedra angular
- Pies en polvorosa
- Piso de lujo
- Pistoletazo de salida
- Poner en valor

Para escribir mejor

- Propósito inquebrantable
- Próspero año nuevo
- Puños cerrados
- Puños de acero
- Queridos amigos
- Rabiosa actualidad
- Rascarse la barriga
- Recabar información
- Reconocida solvencia
- Refugio seguro
- Residencia de la tercera edad
- Residencia de menores
- Residencia de personas mayores
- Residencia para mayores
- Residencia para menores
- Rubia de bote
- Rubia platino
- Saltaron todas las alarmas
- Saltó la noticia
- Secreto mejor guardado
- Segar la vida
- Sentido pésame
- Ser bien conocido
- Serpiente multicolor
- Situación límite
- Sol de justicia
- Sudar la gota gorda
- Sudar tinta
- Sueño reparador
- Terrible enfermedad
- Terribles sucesos
- Tiempo inmemorial
- Verano caluroso
- Verdades como puños
- Virtud heroica
- Visiblemente emocionado
- Vista de lince
- Volverse loco

¿Cómo lees? ¿Crítico, escritor o editor?



¡Ah, esa época dorada en que era ingenuo y leía! Desde las selvas de una Cuba dónde había jaguares y caníbales hasta las entrañas de la Tierra que cobijaban un mar, como lector aceptaba cualquier pacto ficcional y perdonaba errores —de traducción la mayoría de las veces, pero también de construcción y ritmo— en pos del disfrute de un buen libro.

Pero en la medida que las historias se van quedando chicas y tu cerebro, enemigo propio y criticón ajeno, te va convenciendo que quizás tu puedes hacerlo igual de bien o mejor... tu forma de leer se rompe.

La evolución del lector

Quizás el primer cambio se experimenta cuando pasamos de lector a lector crítico. Para él, la literatura pierde su libertad para ser un saber que debe adaptarse a cánones externos.

El lector crítico

Así, lo escrito debe cumplir ciertas leyes del psicoanálisis, la filosofía, la lingüística, la sociología, los estudios culturales y otra infinidad de finas hierbas para que resulte coherente. Además de ser comparable con otras obras literarias, y tener raíces y referentes en ellas.

A este señor que lee es difícil colarle un pacto ficcional. Ya sea crítica académica o crítica de prensa y reseñas, esta alma con monóculo y escalpelo es el filólogo perfecto. Muchas veces termina estudiando y ejerciendo esta augusta carrera, para la cual no tengo más que admiración y respeto.

Y ay de mi si digo lo contrario y caigo en desgracia para con ese respetable gremio. Con una reseña negativa, me hunden al pantano del olvido literario y no vendo un putito libro.

El lector escritor

He aquí el pollo del arroz con pollo y a lo que iba.

Cuando dejamos de ser simples espectadores y comenzamos a cocinar nuestras propias historias, la forma en que leemos también se transforma. Pasamos de ser contemplativos a comparar el trabajo de otros con el nuestro, y así es que se chiva la perra.

Un lector escritor es como un niño pequeño con un promisorio futuro en la ingeniería: no le basta con la diversión pueril del juguete, sino que necesita despiezarlo para entender cómo funciona. Esta disección no tiene el nivel de reproche del lector crítico porque no lleva el objetivo de juzgar, sino de entender.

No buscamos disfrutar la historia en sí, sino ver de qué fórmula se sirvió el autor para narrarla... para apropiarse de ella y repetirla. En una especie de ingeniería inversa, el lector escritor no saborea tanto la lectura ajena sino que trabaja en la propia. Y eso no es malo, según autores como Stephen King, para el que leer es una continuación de trabajar.

Pero la lectura de un escritor tiene también una evolución: la lectura editorial.

El lector editor

Tarde o temprano, los escritores comenzamos a interesarnos de a poco en temas editoriales. Ya sea corrigiendo el manuscrito de un colega que no puede ver sus propios errores, ora lidiando con un editor serio sobre la publicación de un texto propio, el escritor comienza a entender que no basta con contar una historia.

Hay que contarla de forma que te lean. Y se disfrute.

Y el pobre lector no tenga que lavarse los ojos con cloro luego de terminar la última página de tu libro.

Como primer evaluador de un manuscrito, el lector editor lleva la carga de bajarle el ego al autor y señalar todos esos errores que él no ha visto. Y, además, defender a los futuros lectores de los desvaríos de un autor. Tenemos los escritores un ego enorme y eso es bueno como dioses creadores de historias, pero nos falta el olfato del contenido y la forma correcta que el lector necesita y reclama.

El Editor: lector superlativo

Porque ni los lectores son mezquinos, ni los editores son avaros. Es al escritor quien le corresponde servir a los primeros y respetar a los segundos para que su voz sea escuchada.

Eso, o gracias a la tecnología te eriges en autor, publicista, editor, agente de ventas y todo lo demás. No niego que resulta atractivo cortar al intermediario... si eso es lo que piensas del papel del editor —y no niego que algunos merecen el título de mercachifle—, eres bienvenido a alimentar tu desmesurado ego.

No me cabe ninguna duda y las pruebas se sobran: el editor, antes que nada, es un lector. En otro caso, no es nada. Pero un lector que desde su catálogo promueve lo que considera digno de leerse.

Y es quizás el más poderoso de los lectores, porque tiene poder de decisión. No es absoluto, claro está: siempre los escritores podemos irnos a probar suerte a otras puertas, echando pestes de ese señor que no sabe reconocer nuestra genialidad como autores.

¡Qué equivocados estamos!

Aunque seguro regresaré sobre el tema, mi experiencia personal me ha llegado a concluir que los escritores siempre empezamos con mala pata con los editores. Aunque bellacos y mediocres hay en todos los rangos, nuestros editores son los mejores amigos que podemos tener.

El editor —que es mucho, mucho, muchísimo más que un lector editor— es lo más cercano a un mecenas o un maestro. No nos enseña cómo escribir... que también,

pero se supone que eso ya lo hacemos nosotros solitos. Nos enseñan a que nos lean, lo que es completamente diferente.

Muy lejos está el día en que un escritor podía subirse en una piedra y narrarle una historia a toda la tribu. Porque la tribu es ahora global, y hay tanta gente clamando por atención desde sus guijarros sociales que tu voz se pierde en el ruido blanco.

Así pues, tu editor es tu micrófono, tu megáfono y también tu autotune para que te oigas alto, pero también para que seas atractivo. Para ellos tampoco es fácil, en tiempos en que lo que decide no es la calidad sino las ventas.

Ser editor hoy en día es oficio de mártires o de locos. Así que, si encuentras uno que ve en ti más que un euro en la billetera, muéstrale un poco de respeto.

No seas alcornoque, escritor... y déjate ayudar.

Y lee... en cualquiera de sus variantes y modos, nunca dejes de leer (escribir o editar).

¿Tienes ya tu lector cero?



Los escritores somos padres celosos y demasiado indulgentes. Así, nos enamoramos de nuestra propia obra, sin tener en cuenta que no escribimos para nosotros mismos sino para los demás.

Si vas a comenzar a poner pegajos, arguyendo que escribes para satisfacer tu necesidad de escribir y tal, pues entonces sé feliz y deja tu manuscrito en la gaveta. Mejor, ponle diez candados y que nunca lo lea nadie. Si escribes solo para ti, lo que estás haciendo es un diario y respeta tu privacidad.

Este artículo es para escritores o al menos aspirantes a serlo, por lo que vamos a partir de la idea de que tu obra está destinada a contar una historia que alcance a la mayor cantidad de lectores posibles. Si es así, reflexionemos juntos.

El camino del espartano

Cuando un niño nacía en Esparta, era examinado por el consejo de ancianos. Si lo juzgaban imperfecto y no apto para la guerra, pues al acantilado y a otra cosa, mariposa.

Por razones obvias, los padres no participaban en este proceso, tal como el autor no debe erigirse juez de lo que él mismo ha escrito: necesita la opinión de los demás para saber si ha cumplido el objetivo de contar una historia de forma coherente y que agrade al lector. El porqué es sencillo: llevado por sus pasiones, el escritor puede llegar a los extremos con su obra.

Lo común es que la sobrevalore y la considere perfecta —mientras más novato el escritor, mejor piensa que escribe— y la defiende a capa y espada. No se explica por qué las editoriales la rechazan y se niegue a aceptar que debe mejorarla a fondo para que cumpla su objetivo. En un arranque de narcisismo, muchos recurren a la autopublicación para no ser evaluado por pares y engrosan el ya enorme número de opciones (y decepciones) de lectura.

Para escribir mejor

Del otro lado de la moneda está el escritor renegado, que tira el manuscrito a la basura, le prende fuego en un raptó de desilusión o exige en su lecho de muerte que se destruya todos sus papeles inéditos. Ejemplos se sobran: desde el "Carrie" de Stephen King hasta los papeles de Kafka, muchas genialidades se han salvado del olvido gracias a sus lectores cero.

¿Te parece esto una exageración, o casos aislados? Pues acá van más ejemplos: Virgilio, Juan Ramón Jiménez (Platero y yo), Francisco Ayala, Mario Vargas Llosa, Ernesto Sabato, Julio Cortázar...

El lector cero: sus características

Todo escritor necesita de un lector cero. En realidad, más de uno: muchos autores señalan que el número ideal oscila entre 4 a 6. Pero, ¿qué es un lector cero?

También llamado lector beta, el **lector cero** es aquel que se enfrenta al manuscrito antes de someterlo a revisión editorial y emite una opinión argumentada y extensa sobre sus fortalezas y debilidades. Siendo un juez externo, permite identificar no solo errores ortográficos y gramaticales, sino secciones que no funcionan, giros poco claros, personajes poco desarrollados y, en general y desde lo personal, da su criterio si la obra vale la pena el tiempo que se demora en leerla.

Hoy en día todos podemos leer. Pero el lector beta tiene que tener algunas características imprescindibles para poder emitir una opinión que ayude a mejorar una obra. Estas son:

Debe ser un conocedor del género literario: el lector beta debe ser parte del público objetivo de tu obra, o un lector habitual de esta. Por ejemplo, si hablamos de fantasía, debe ser un conocedor y consumidor de este género para poder emitir un criterio contrastado con lo que otros hayan hecho.

Debe ser un lector constructivo: no es criticar por criticar, sino ofrecer soluciones a los problemas que detecta.

Debe ser un lector rápido y regular: por cuestiones de tiempo, es necesario que el lector cero tome en serio su papel y revise la obra en un tiempo prudencial. El autor no hace nada comiéndose las uñas y esperando meses por la primera lectura de su manuscrito.

¿Dónde están los lectores cero?

En la medida que un escritor evoluciona, sus lectores cero deben ser más especializados. En los comienzos puede que **la familia o los amigos** basten para darle el primer impulso que necesita para comenzar a escribir, pero luego necesitará mejores lectores.

Para escribir mejor

La razón es sencilla: amigos y familia siempre tendrán elogios, pero se guardarán las críticas para no ofender al escritor. Eso no hace ningún bien: más vale cortar por lo sano y que te digan directamente que funciona y qué no, porque el lector final lo va a decir de todas formas en las reseñas si el manuscrito llega a (auto) publicarse.

Un buen filón para lectores beta son **los escritores**: además de ser voraces lectores de género, en su propia carrera han adquirido conocimientos de trama, argumento, ortografía, redacción y mucho más. Ellos no leen como público, sino que dan un criterio mucho más experto. Es una práctica común que los escritores acuerden leer y comentar mutuamente sus obras, así que si los tienes como lectores cero debes estar preparado para el *quid pro quo*.

Dos detalles a tener en cuenta para la selección de tus lectores cero- escritores: deben de ser de tu entera confianza (¡cuidado con el plagio!) y deben escribir tan bien o mejor que tú, para que su opinión sea valiosa.

También son útiles los talleres de escritura donde un grupo grande de autores puede darte su opinión sobre tu obra, aunque en ellos se analizan más bien textos cortos.

El lector cero profesional

Si a estas alturas estimas que has tocado techo y necesitas un criterio especializado para mejorar tu obra ante de enviarla a una editorial, tu mejor opción es contratar los servicios de un lector profesional.

Los lectores cero profesionales son escritores reconocidos en un género, que después de leer tu manuscrito preparan un informe completo de entre 6 a 20 cuartillas. En ellas se detallan aspectos como estilo, estructura, gramática, voz narrativa, personajes, ritmo y trama; dejando claros los aciertos y los errores y ofreciendo vías para mejorar la obra.

Ojo: no es ni una mentoría ni una corrección ortotipográfica o de estilo, pero es lo que más se asemeja a la lectura de manuscritos que realiza una editorial... con la ventaja de que una editorial jamás te explicará las razones por las que una obra se rechaza.

Por supuesto, **la pericia y el tiempo de un lector profesional no son gratis**. En dependencia del número de palabras del texto, una lectura profesional oscila entre los 150-300 euros. Y no cualquier escritor te sirve para realizar este tipo de evaluación: tiene que ser del género al que se circunscriba tu manuscrito.

Yo mismo soy lector profesional de **novela negra, terror y ciencia ficción** porque he publicado y domino los códigos del género, pero no aceptaría revisar una novela de fantasía (aunque la leo) ni un cuaderno de poesía (aunque haya publicado en ese género).

Para escribir mejor

Antes de enviar tu manuscrito, recuerda

Ya sea que desees la opinión de un buen amigo o el servicio de un lector cero profesional, no puedes enviar tu manuscrito tal como lo trajiste al mundo. Es necesario que lo revises cuidadosamente primero en la medida de tu capacidad y tus conocimientos.

Algunos autores consideran que corregir el estilo y la ortografía de su manuscrito es tarea de los editores y tienen razón, pero solo en parte. Lo cierto es que un editor que se respete va a desechar una obra plagada de errores garrafales a la primera, porque lo considerará demasiado trabajo para un autor que no se ha tomado el trabajo de cuidar la presentación de su obra.

Lo mismo que un ingeniero de sistemas informáticos no entrega su currículum vitae escrito en papel higiénico, cuando un manuscrito sale de las manos del autor tiene que estar lo más presentable posible. Siendo el lector cero el primero que lo recibe, se le debe proporcionar algo pulido y legible, para que se anime a adentrarse en su lectura.

En cuanto al formato, cada lector tiene sus normas. En mi caso prefiero enviar y recibir el manuscrito en Microsoft Word, para poder realizar revisiones e insertar comentarios. También este formato facilita que el lector cero varíe la tipografía y formato de página para adaptarlas a su comodidad.

No esperes que tu lector beta devore una novela de 300 cuartillas en dos días. Tanto si es gratis como de pago, debes esperar un tiempo prudencial antes de recibir una opinión. Un mes es un compás razonable, porque tampoco quieres una lectura apresurada ni una opinión sin base.

Así pues, espero hayas entendido la necesidad de los escritores de tener buenos lectores ceros en su vida. Si desees incluirme dentro de tu selecto círculo, puedes escribirme a japredactores@gmail.com.

La trampa de la autopublicación



Por descontado, el sueño de cualquier escritor es ver su obra terminada y poderla palpar, oler y disfrutar en papel. Un buen añadido es que esa quimera tenga también una bonificación económica.

Por mucho que nos hinchemos en decir lo contrario y prime el altruismo de ser escuchados, comer es una necesidad que no puede negarse. ¿Qué escritor no tiene el deseo —a veces, ni siquiera secreto— de transformarse en un autor de éxito?

Ya sea por el elogio de la crítica, ya sea por la rentabilidad económica, un escritor que goce del respaldo de una editorial tradicional tiene allanado el camino para hacer lo que mejor hace: **escribir**.

(Aunque algunos se dedican más bien al supremo arte de *posturear*, de lo que no hablaremos en esta ocasión).

Muy bonito, muy bonito...

Pero hay que desengañarse: que te fiche Planeta, Alfaguara o Anagrama a la primera es improbable, rozando lo imposible. Aún dado el caso de las esporádicas excepciones, ningún escritor reconocido está exento de corretear editoriales, mandar —infructuosamente— manuscritos a concursos a ver si el burro toca la flauta por casualidad o golpetear a las puertas de los agentes literarios.

(Sobre los que no voy a hablar ahora, pero muy pronto lo haré. Palabra de honor).

Por falta de tiempo, conocimientos o paciencia, muchos escritores optan entonces por la autopublicación y la autoedición. Lo cual en principio está bien, pero por desgracia engrosa —por no decir inunda— las opciones de lectura para el público general con obras que no alcanzan la cota mínima de calidad. Y es que en España se publican cerca de 75 000 títulos anuales. Con esta perspectiva, el quid del asunto ya no está en que leer, sino en hallar que vale la pena entre tanta hojarasca.

Para escribir mejor

A bregar por mares inciertos

En la era digital, teclear “FIN” después de un número indeterminado de cuartillas, exportar a cualquier formato y subir a una plataforma de venta (Amazon, Lektu o cualquier otra) toma menos de media hora.

Y ¡puf!, ya puedes llamarte a ti mismo escritor. Actualizas tu perfil, pones una foto guapa donde luzcas pensativo o travieso y ya está. A vivir de tus ingresos, o eso crees.

Una semana más tarde te percatas que con muy buena suerte algún amigo (más por lástima que por ganas) ha comprado tu libro. Si es tu amigo de verdad, ni eso: ya se lo habrás dado a leer para pedir su opinión, que espero haya sido sincera. Con mucha (mala) suerte, algún entusiasta habrá ojeado tu obra y la habrá destrozado en la reseña: directamente esto no solo será un duro golpe a tu autoestima, sino que también lastrará tu obra de por vida.

¿Qué es lo que anda faltando para triunfar? Pues una parte del trabajo que muchos escritores en ciernes olvidan: la promoción. Si eres autor autopublicado, pues ruega que tengas muchos amigos influyentes o directamente estés rodeado desde antes de *influencers*. Ojo, ni siquiera tienen que ser especialistas del mundo de la literatura, basta con que tengan una audiencia obediente.

Pero no todos tenemos una novia/o con decenas de miles de seguidores, así que debemos empezar desde abajo.

Si no eres diestro en lo digital, pues encargarás un par de decenas de copias físicas de tu libro y entrarás en amarga discusión con tu librero local para que lo coloque en sus anaqueles. Con suerte, quizás puedas realizar alguna firma de libros en una feria. Otra vez, buena suerte con eso: las editoriales no comparten sitio con desconocidos.

Hay un gran problema: el lector es desconfiado con su dinero y su tiempo. Ambos son finitos y hay mucha competencia por ellos.

Separando la paja del grano

Aun optando por la autopublicación, un libro que pueda ser llamado por ese nombre difícilmente es un esfuerzo de una sola persona. Aun siendo un *savant* y hombre orquesta, tienes que saber de maquetación, diseño de portada, marketing y logística para poder dar a tu público un producto terminado.

Incluso si te concentras en lo de adentro, revisar tu propia obra es una tarea de Sísifo: deslumbrado por tu genial prosa (o verso), no podrás ver las manchas de estilo y los miles de gazapos que se esconderán en todas y cada una de las cuartillas. Está comprobado que es imposible, incluso en una obra editada profesionalmente, que no

Para escribir mejor

haya una errata. Tú no la vas a notar, pero cada imperfección golpea al lector con la potencia de Mohamed Alí.

Tras la decepción de tu primer libro autopublicado, vas a aprender un poco de la amarga experiencia. Luego de teclear “FIN” vas a buscar a un corrector profesional para que limpie tu texto de conejillos recién nacidos y horrores de estilo. Luego contratarás un diseñador de portada y un maquetador. Rascando un poco más la billetera, quizás encargues la promoción de tu nueva obra a un especialista en marketing literario. Puedes también pagar una reseña a un profesional de tu género, campañas de visualización en las redes sociales y un largo etcétera.

Todas estas acciones aumentarán la calidad de tu obra y su visualización. Pero, una vez más, no garantizan que el público te lea. Ni que recuperes un centavo de lo invertido.

El gigante de los pies de barro

Es entonces que ese sueño inicial de convertirte en un gran autor que vive de sus ingresos comienza a trocarse en una pesadilla. Es entonces que olvidas el placer que te causa el escribir. En lo personal, me he percatado de la importancia vital que tiene el no saltar etapas ni tomar atajos en la carrera interminable de convertirme en un escritor.

No digo que existen casos muy contados en que el esquema de autopublicación funciona e incluso poseen la calidad mínima necesaria para considerarse obras literarias más allá de sus ventas. Mis congratulaciones a esos “afortunados”, pues detrás de ellos hay mucho trabajo, tragos amargos y fracasos sin airear a la luz pública.

Este cuento tiene dos moralejas: “zapatero, a tu zapato” y “despacio se llega lejos”. Y una continuación, que pronto llegará.

Para escribir mejor

Publicando con sabor tradicional



No importa si la editorial es grande o pequeña: la publicación de un libro a la vieja usanza es un éxito indiscutible para cualquier escritor.

Indica, en primer lugar, que has logrado saltar la barrera del criterio editorial y alguien considera tu obra lo suficiente buena como para enrolarse en la batalla de hacerla un producto.

Implica además que en el futuro las obras que vendrán (asumimos que eres de los autores perseverantes y tienes mucho más que contar) tendrán un parto menos complicado. Tendrás el aval de que no es tu ópera prima y, si te tocó un editor que respeta su trabajo, habrás aprendido mucho en el proceso.

No todo es un lecho de rosas

Ahora bien: luego del duro golpe que ha significado la pandemia del Covid-19 para el sector editorial, no esperes hacerte rico de la noche a la mañana. Incluso antes eso no funcionaba así.

De seguro te han motivado las historias de éxito de escritores famosos, devenidos figuras públicas en un chasquido de dedos. Esta fachada no es tan real como quieren hacernos creer: esconden años de duro bregar con un manuscrito a cuestas como la JK Rowling, o décadas de perfeccionamiento constante como en el caso de Stephen King.

Incluso si te has inspirado en uno de esos héroes mediáticos que autopublicaron y luego cedieron sus derechos a las grandes editoras, nunca creas lo que te dicen a pie juntillas. Sin contar que más de tres cuartos de los bestsellers de un libro quedan rápidamente en el olvido: son como las glamorosas estrellas de rock de los ochenta, devenidos luego granjeros, camioneros o peor.

Más que decepcionarte, quiero que tus esperanzas se enmarquen en el plano de lo real y lo posible. Como ya te habrás percatado al leer el artículo anterior, estás rozando el

Para escribir mejor

filo del sueño: si bien puede que no ganes mucho por publicar tu libro con una editorial, no estás pagando absolutamente nada por él.

Ventajas no económicas de la publicación tradicional

Aunque no sea en metálico, la experiencia de dejarte llevar de la mano por los que saben puede resultar muy provechosa para tu futuro como autor. Incluso, si esa experiencia es negativa.

El proceso de transformar un manuscrito en un libro pasa por muchas etapas, que involucra el trabajo de muchos profesionales del sector. Como producto, tu obra necesita ser mucho más que tus reflexiones sobre un papel: es trabajo de la editorial hacerlo llegar al mayor número de lectores cuidando de su contenido, su forma terminada y el canal de distribución y ventas más eficiente.

Aquí, una aclaración pertinente. Los escritores, en especial los que apuestan por la autopublicación, ven con recelo el trabajo de los editores. Llegan incluso a considerar en su ingenuidad que todos los editores son un atajo de capitalistas que se benefician de su obra sin dar un palo al agua: esa no es la regla que impera en el mundo editorial.

La norma es que tu editor te lea, aun siendo tú un perfecto desconocido, y vea un manuscrito lleno de errores pero el potencial de convertirse en algo valioso. Luego, se dará a la tarea de revisar con implacable minuciosidad el texto para limpiar esos gazapos que ningún autor puede ver. Más tarde va a maquetar toda la tripa, para adaptarla a los estándares que el lector está acostumbrado. Ya casi con un producto en ciernes, seleccionará una portada que impacte y atraiga y enviará el resultante a imprenta.

A título personal, una recomendación en este proceso: déjate ayudar. Puede que como autor tengas una idea preconcebida de que será tu libro, pero tu misión terminó en cuanto el editor tomó cartas en el asunto. Por supuesto, se te va a consultar, pero él posee la experiencia repetida de conocer que funciona en el sector y tú no, y está arriesgando su propio dinero en el proceso.

De la imprenta a la venta

Muchas editoriales pequeñas y medianas utilizan los servicios de impresión a demanda o directamente venden en digital utilizando plataformas como Amazon o Lektu. Otras, más importantes, realizan pequeñas tiradas que venden de forma física a través del sistema de librerías o por correo. Solo las editoriales más grandes realizan tiradas cuantiosas, pues disponen de la infraestructura de distribución necesaria.

Luego, corresponde el proceso de promover y dar a conocer tu obra para que se venda bien. Como autor, puedes y debes ayudar en este proceso, pero una vez más el editor

Para escribir mejor

que se respeta va a hacer todo lo que se encuentre dentro de sus posibilidades para que tu libro se transforme en un producto exitoso.

La promoción no solo consume tiempo, sino también dinero que el autor no va a poner de su bolsillo, ya sea desde lo real (ferias, presentaciones físicas, lanzamientos, reseñas de pago en medios de comunicación) o en lo digital. Imagina pues el inmenso esfuerzo que ha de hacer una editorial en anunciar y vender el libro de un autor novel... que no es pan caliente ni monedita de oro: el que no te conoce, ciertamente no te necesita.

Acá, a menos que tengas un nombre reconocible en la literatura y una página con más de 10 000 seguidores, la editorial siempre superará en promoción y ventas a un autor autopublicado.

La hora del pastel

Luego, llega el punto que más duele al escritor: las ganancias. Muchos se quejan del exiguo 10% que aparece en la mayoría de los contratos (a veces 50%, cuando la obra es digital). Algunas editoriales incluso son más cautas y establecen una cifra mínima de ventas en las que el autor no recibe nada, para cubrir los costes de la edición.

¿Es eso injusto? Todos soñamos con el triunfo, la fama y la fortuna. Es cierto que si autopublicas el 100% de las ganancias serán tuyos. Pero no serás el primero ni el único de los esperanzados que encargan un centenar de ejemplares (todos los costes a tu cuenta) para que luego ocupen un espacio muerto en tu sala de estar. Nos olvidamos a veces que el 100% de nada es el vacío y la frustración.

¿Cómo es entonces que vuelan las noticias de escritores con contratos jugosos y pagos de más de cuatro cifras sobre los derechos de venta de obras que aún no están ni escritas? Esos escritores, amigo mío, usualmente ya han demostrado a sus editoriales que van a retribuir con éxito comercial los gastos y tienen un público fiel que les sigue.

Al menos yo, en lo que ese estado de nirvana llega, seguiré apostando por la edición tradicional: si no cobro aún lo suficiente como autor, por lo menos dejo en manos de los profesionales la mayor parte del trabajo que sigue a la palabra "FIN" en un manuscrito. Sin que me cueste un centavo, y sin gastar mi tiempo en hacer lo que realmente define a un escritor: **escribir**.

Coedición: la solución intermedia



El sueño de todo escritor es ver su libro convertido en una realidad palpable, que pueda ser disfrutado por el mayor número de lectores posibles. ¿Su deseo secreto? Que, al mismo tiempo, su obra sea económicamente rentable y dé el sustento suficiente para dedicarle cuerpo y alma a la próxima entrega.

Ya hemos revisado dos de las vías empleadas para llegar a ese fin, la autopublicación y la **publicación tradicional**. ¿Cuál crees que es la más apropiada para tu caso?

¿Publicar o Autopublicar? Esa es la cuestión

La autopublicación se hace a cuenta y riesgo del autor. Este debe ocuparse de la corrección, maquetación, portada, impresión, distribución, promoción y ventas de su libro.

Tal esfuerzo requiere una gran autoestima para reunir todo el trabajo editorial en una sola persona, y apostar a sí mismo cifras que no tiene garantía de recuperar. Claro, que si tiene éxito todas las ganancias serán tuyas (aunque lo más común es que use una plataforma como Amazon, que se quedará con una buena tajada del pastel). También las pérdidas, en caso contrario.

En el otro lado de la balanza está la publicación tradicional. Esta implica que una editorial se interese en la obra, le vea salida comercial y asuma entonces todos los gastos. Los procesos antes mencionados empleando a profesionales de experiencia, por lo que el autor recibirá solo un pequeño por ciento de las ganancias derivadas de la venta.

Resumiendo: por un lado, hay que hacer todo el trabajo, hay muchos gastos pero no se comparten las ganancias. Por la vía tradicional, si el editor se interesa, el autor deja en sus manos la responsabilidad y los gastos de que la obra evolucione a libro, pero solo recibe una parte de las ganancias (sin apostar nada).

Para escribir mejor

Nadar entre dos aguas: la coedición

Cómo alternativa, los autores y editores pueden llegar a un acuerdo, para que ambos aprovechan las ventajas de ambos métodos.

En la coedición, el autor se involucra económicamente en la transformación de su manuscrito a producto final, compartiendo gastos con el editor. De esta forma el riesgo para la editorial se reduce y se acelera el proceso de publicación del libro, que suele depender de la planificación de los recursos existentes —y oscila entre seis meses y un año.

Ya una vez lanzada la obra, el autor ya no recibe apenas el 10% de las ganancias, sino que este porcentaje depende de cuánto aportó el autor a la producción de su libro, llegando en ocasiones a rondar el 25-50% de las ventas.

Para que se entienda mejor, estas son las ventajas de la coedición:

- La editorial promueve el amparo legal para proteger y vender la obra.
- La editorial realiza la corrección ortotipográfica y de estilo.
- El diseño de portada y la maquetación corre a cargo de profesionales.
- La obra se difunde y promueve a través de los canales de marketing de la editorial, que aporta además su prestigio para amparar el nombre del escritor y su obra.
- La editorial garantiza la distribución en línea de la obra.
- El autor recibe un porcentaje de la venta proporcional a su participación en la producción del libro.
- Los derechos sobre la explotación comercial de la obra se conservan, o se ceden por un tiempo mucho menor que en una publicación por editorial tradicional.

Por supuesto, no todo son ventajas

En modo de coedición también hay sus pegos. La primera de ellas es que rara vez la editorial que coedita pone nuestro libro esté físicamente en librerías, sino que se limita a sus canales de distribución digital.

Puede que ofrezca al autor algunos ejemplares de cortesía o la posibilidad de comprar un lote físico, pero en este caso el autor debe distribuirlos y adquirirlos tal como lo haría si hiciera una autopublicación.

Incluso en ese caso, la editorial no utilizará sus canales de distribución física para la venta del libro y eso incluye que tu obra no estará en ferias, presentaciones ni recibirá reseñas de medios de comunicación tradicionales.

Para escribir mejor

Que una editorial ponga cartas en el asunto garantiza que al final del proceso se obtenga un libro limpio de errores, bien maquetado, con una portada atractiva, que reciba promoción y se venda. Por supuesto, un autor que decida autopublicar podría contratar todos esos servicios por separado a terceros, pero en ese caso él será el responsable de la unicidad del libro. También los costes de los especialistas por separado suelen ser mucho más altos que los paquetes editoriales de coedición, que incluyen además el asesoramiento y amparo legal.

Pero tal como están las cosas, la coedición tiene una pega oculta: las empresas que se dedican a esta forma editorial suelen aceptar TODOS los pedidos que reciben, sin tener un criterio de selección de los manuscritos. Para ellas no importa en realidad si las obras venden o no, pues su objetivo está centrado en los servicios que provee al autor.

Por ponértelo más claro, se orientan a tu dinero. No todo lo que brilla es oro en la coedición.

Consejos para ir al seguro

En lo personal, prefiero enfrentar los rigores de la publicación tradicional. Es cierto que pocas veces se logra saltar la barrera del editor a ultranza, pero lograrlo implica que mi obra tiene la calidad para convertirse en un producto que puede llegar a una amplia audiencia.

Uno de los motivos más usuales de rechazo por una editorial no es la mala calidad de la obra, sino una revisión muy somera por parte de los clasificadores. Una editorial tradicional recibe mensualmente decenas sino cientos de manuscritos, a los que debe dar una respuesta en un plazo no superior a los tres meses. Es entonces normal que una buena obra no pase este filtro, porque la editorial tradicional solo puede apostar por un número limitado de libros a publicar anualmente.

¿Hay entonces alguna forma que la editorial preste atención especial a tu obra? Pues sí. Existen editoriales que, además del método tradicional, dan servicios de coedición pero usan criterios de selección estrictos para no desprestigiar su fondo editorial.

La principal ventaja está en que, una vez que empiezas a trabajar con ellas en forma de coedición, recibes todos los privilegios de un autor amparado por esa editorial, incluyendo la impresión, distribución y ventas de libros físicos.

El poder del informe de lectura

Este tipo de relación comercial comienza con la solicitud de un **informe de lectura** de pago. Este servicio implica que tu manuscrito no será rechazado sin explicaciones, sino que se elaborará un documento detallado que refleja las debilidades y fortalezas de la

Para escribir mejor

obra. O sea, que el revisor (que es el mismo que selecciona las obras de la editorial) deberá estudiar el manuscrito a fondo y emitir un criterio sobre él.

Aquí pueden darse tres escenarios, todos convenientes para el autor.

El primero es que la obra **se rechace**, pero luego de la decepción inicial tendrás un informe detallado desde la perspectiva editorial de porque tu manuscrito no puede convertirse en un producto. A menos que lo pagues, esto jamás se proporciona, así que puedes regresar a él y subsanar los errores que ha visto un par de ojos frescos y expertos.

Puede que el **informe de lectura sea positivo**, porque tu obra tiene la calidad requerida para haber pasado el proceso de revisión sin demasiados cambios. O sea, que si no hubieses pedido un informe, igual te hubieran aceptado el manuscrito para su publicación tradicional.

Se puede alegar que habrás perdido tu dinero, pero lo cierto es que lo has invertido en que el foco editorial se fijase en ti. En dependencia del contrato que se te ofrezca, el importe de este informe exitoso se te puede hasta retribuir, ya sea en el adelanto de pago o dándote más porciento en las ventas.

La tercera opción es la **aprobación para coedición**, con todas las ventajas mencionadas anteriormente más la celeridad y el compromiso de la editorial de que tu obra se transforme en un producto ventajoso para ambos.

¿Cuánto se está involucrando la editorial de coedición?

Como autor en coedición, recuerda que la editorial se ha comprometido en ofrecerte un servicio de pago. Estás entonces en tu derecho de recibir y exigir que tu opinión sea respetada y los plazos pactados en el contrato, cumplidos.

Por desgracia, muchas de estas editoriales hacen poco más que poner tu obra en una plantilla de maqueta, y cobrar por una corrección editorial superficial o inexistente. Revisa cuidadosamente todo el material que se te entrega y expresa tu descontento ante lo que no veas bien. De la misma forma, puedes involucrarte directamente en la concepción y diseño de la portada de tu libro: estar pagando un servicio te exime de quedar a merced del criterio de los editores.

La coedición no es cerrar los ojos y dejar que el otro haga el trabajo sucio, sino se espera que te involucres —y disfrutes— el proceso de edición. No obstante, un consejo final: aunque tengas decisión sobre muchos aspectos, escucha siempre el criterio de tu coeditor, desde el respeto de saber que es un profesional. Aprende de él, y verás cómo el parto de tu siguiente obra es mucho más fácil, sea cual sea el método de edición que elijas.

¡Esas manías de escritor! (I)



Estas manías de escritor las vemos más a menudo de lo recomendable, e incluso se vuelven parte del estilo de fulano o mengano. No se puede decir exactamente que sean errores —hay quién incluso las defiende con la adarga de la RAE y el escudo de la semántica y la semiótica—, pero o rompen con la fluidez que debe tener la prosa o directamente dan risa (o grima).

Aunque la tarea de señalarlas es bastante inútil desde el punto de vista de un lector profesional y seguro que también adolezco de mil muletillas (es mucho más fácil ver la paja en el ojo ajeno que la viga en el propio), vamos a comentar desde la guasa unas cuantas.

Podemos echarnos unas risas con ellas, pero ojalá y luego recordemos el buen rato a la hora de revisar nuestros manuscritos. Si eres autor novel ponle mucho asunto a lo que digo, y te ahorrarás unas cuantas muecas cuando alguien lea tu obra.

El gerundio improbable

Los gerundios tienen la magia del don de la tele portación —si no de la ubicuidad— cuando el autor se entusiasma con las acciones de sus personajes. Así, encadenan acciones que es imposible que sean simultáneas en la vida real.

No puedo, escribiendo este artículo, sacar el perro a pasear y tomar café en la terraza. Este error de estructura es tan frecuente que muchos autores de renombre recomiendan de plano eliminar los “-ando -endo” de las obras. Así se evita que el gerundio —ojo, no “evitando así”— enrede la secuencia de sucesos.

No hay que llegar a ese extremo, pero si vas a colocar un gerundio, por amor de Dios que sea el apropiado, en el lugar justo.

To Gucci, to durako

¿Una forma barata de aparentar verosimilitud? Nada más fácil que insertar nombres de marcas conocidas en el relato y dejar que el bombardeo de la mercadotecnia haga el

Para escribir mejor

resto. Esta práctica, muy socorrida, es solamente justificable si Coca Cola u Honda te está pagando para que escribas.

Si no, no vale la pena. Corres el riesgo de que mañana la marca quiebre y tu genial referencia quede en una tontería desconocida (réquiem por la Smith-Corona y la Olivetti). Trasciende sin marcas.

Mimosos se atristaban los borloros

No me río para nada de la genialidad de Kuttner, pero este clásico ilustra a la perfección un recurso muy ridículo de los escritores del género fantástico. Muchos se inventan nombres geniales y altisonantes para especies exóticas que lucen y se comportan como simples unicornios, caballos, cangrejos, ositos o conejos.

Llamarles de otra forma no es inadecuado, pero alterar el lenguaje natural de la obra para hacerlos más interesantes de lo que son sin aportar nada es contraproducente. Es el equivalente a reescribir el Mio Cid llamando *pferd* a Babieca: no está mal, pero es una tontería. Cúrratelo si vas a sacarme una especie desconocida de la chistera.

Mírame, ¡soy Lovecraft!

El genio de Providence es uno solo y tiene nombre y apellidos: apilar adjetivos estrambóticos, leprosos, nauseabundos, purulentos, tenebrosos, troglodíticos y micóticos a un sustantivo no le van a ayudar.

Mucho menos si tu prosa impúdica y mefistofélica se engarza en apretado e infiel haz a la endeble y abatida paciencia de tu oscuro y contumaz lector. ¡Asca!

Yo no dije lo que él dijo

Para los lectores hay ciertas palabras que son invisibles: las echamos en falta, pero basta con verlas para que las olvidemos de inmediato. Una de esos comodines es el “—dijo Zutano.”, que nos guía claramente sobre quién dice qué en una conversación y es completamente segura de usar.

Pero en el afán de no repetir palabras, muchos escritores se las gastan en encontrar formas novedosas de sustituirlo. Al final suenan tan rimbombantes que los diálogos pierden toda su naturalidad. Los “replicó Zutano”, “inquirió Zutano”, “espetó Zutano” y hasta “vomitó Zutano” deben evitarse, en especial si la frase de diálogo tiene poca relevancia con el verbo que la acompaña.

El adverbio de utilería

Hablando del “dijo” y sus variantes torcidas, para hacerlo lo peor posible algunos autores lo convoyan con un adverbio inadecuado y colorido.

Para escribir mejor

Un “dijo Zutano atropelladamente” o —*más mal entodavía*— “balbuceó prestamente Zutano” recuerdan las novelitas de Corín Tellado al final de las Vanidades y nada tienen que ver con el arte de construir un buen diálogo, que vaya al hueso y diga lo que quiere decir sin necesidad de florituras.

¿Cómo se llamaba la caperucita roja?

No lo sabes porque nunca se dijo. De forma análoga, algunos escritores son parcós a la hora de nombrar a sus personajes y evitan, sin ningún fundamento, decir su nombre.

El autor enfermo de este “síndrome de Voldemort” usará a menudo términos como “la rubia despampanante”, “el alienígena caleidoscópico”, “el fornido detective” o “la madre de los tomates” en lugar de decir por las claras Fulano, Mengano o Zutano.

No es que esté particularmente mal, pero ¿y si hay dos detectives cachas en la habitación? ¿O nos adentramos en un harén de rubias despampanantes? Otro contratiempo de esta manía es que mientras más llamativo y bizarro el adjetivo, más se nota. Ante las dudas, diga usted el nombre del personaje de nuevo, que sin exagerar no hace daño.

El cliché románticón

Es común en los títulos, pero igual en los textos encontramos palabras que están coladas a posta para forzar respuestas emocionales en el lector. Es cierto que estas evocan imágenes de probado lirismo, pero vamos: de tan manidas, ya aburren.

Para aquellos de mirada tierna y corazón místico, algunos ejemplillos: “canción”, “danza”, “estrella”, “lágrimas”, “poeta”, “sueño”... y de seguro que ya les viene a la mente el título de algunos libros que han apelado a la botonería romántica para que los compres.

Con la enciclopedia bajo el brazo

Nada como unos cuantos latinajos y palabras rimbombantes para demostrar lo bien que un autor escribe, ¿cierto?

Falso: hasta el mismo Umberto Eco —profesor universitario de prestigio y autor de numerosos ensayos sobre semiótica, estética, lingüística y filosofía— aburría un mundo cuando se ponía sesquipedálico. Así que a menos que escribas para ti mismo, deja tu prosa lo más limpia posible: que el lector vea las rosas y no las malas hierbas que con tanta saña has plantado (para lucir inteligente).

¡Esas manías de escritor! (Parte II)



Lo hablábamos en la primera parte de esta serie de artículos: técnicamente pueden estar bien, pero molestan mucho a la hora de leer. Que conste que son solamente impresiones personales y no por ello me erijo juez de nadie, pero puede que coincidas con mi criterio.

Hay tantos estilos como autores, lo que nos da una miríada de posibilidades. Pero el lenguaje es doblemente rico, y manejarlo con maestría es una habilidad adquirida: mientras más escribas, mejor lo harás.

Esta máxima parece eludir a algunos autores porque perpetúa los malos hábitos, si no los corrigen a tiempo. Para aquellos que no quieren verse atrapados en estas engañosas y manías, vengan más ejemplos de cosas que no deberían hacer.

Del perfume a la peste

El escritor arranca con una prosa sublime y muy cuidada, para cambiar de repente el discurso a una forma de hablar prosaica y trivial. Algo más o menos así:

“Tras fervientes deliberaciones y diatribas interminables, el consejo de ancianos decidió mandar todo al carajo y chuparle un huevo todo”.

Ojo, en textos de corte humorístico o con visos sarcásticos puede funcionar muy bien, no así en otros más serios. Igual el ejemplo no me salió demasiado mal —de hecho, me gusta—, pero imagino que se lleven una idea.

Hagamos leña del árbol caído

Esta manía de escritor consiste en reiterar acciones que ya están explícitas en los diálogos o acciones de los personajes. Quizás se busca remarcar con ello la urgencia del momento, pero en realidad le quita fluidez y naturalidad a los sucesos.

“—¡Vete de aquí! —le empujó por los hombros, animándole a salir de la estancia a empellones y gritos”.

Para escribir mejor

Vale, vale, me voy. No me lo tienes que pedir tanto, **pesao**.

Yo soy tu maestro

Muchos escritores tienden a aleccionar al lector sobre cómo deben reaccionar ante las acciones de sus personajes. En estos casos y casi siempre es preferible mostrar la acción que guiar los sentimientos que estas provocan.

La mayoría de las veces el lector no es un perfecto sicópata sin una onza de empatía, sino que entenderá que si a un personaje se le muere el perro, se va a entristecer. Y si se lo matan, se cabreará y mandará a la tumba a la tercera parte de la población mundial —si el protagonista se apellida Wick.

¡Ríe, payaso!

Esta manía consiste en reírse como posesos, gritar como endemoniados y, en general, hacer que los personajes se comporten con un nivel de intensidad y una ampulosidad de movimientos y emociones exagerados.

Salvo en situaciones extremas o que nuestro elenco se escapó de una institución mental, las personas en sociedad se comportan bastante comedidas. Así que mejor no exagerar ni describir siempre a los personajes como si fuesen a tope de anfetetas.

La broma íntima

Todos tenemos algunas bromas y guiños que van directo a un grupo de personas o una persona en específico. Por mucho que nos tiene colarlas en el texto para que las personas con quien compartimos el dato escondido se regocijen, es mejor evitarlo.

Ten en cuenta que el 99% de tus posibles lectores no tienen que entender el chiste, así que si no funciona a escala planetaria, es mejor dejarlo para las tertulias con té y dulces.

Las pistolas de Chéjov

Estas son conocidas, pero es bueno recalcarlo siempre que se pueda: si se mueve la atención del lector hacia un objeto llamativo dentro de la escena, este debe ser utilizado en algún momento del relato.

Claro, que este elemento de la trama debe usarse en el momento adecuado y dándole el énfasis dramático que corresponda. Tampoco tiene que ser empleado para solucionar todos y cada uno de los problemas de la trama, a no ser que sea la lámpara de Aladino o un rollo de cinta adhesiva.

Para escribir mejor

Escamoteando el pato

Algunos autores, cuando le falla la lógica de lo que arguyen en sus textos, comienzan a verborrear y darle cranque filosófico a la idea tratando de justificarla. O, en su defecto, para lograr rendir al lector por aburrimiento y fuegos de artificio.

Ese tiempo de escritura estaría mejor empleado subsanando el error lógico y creando una prosa limpia y directa sobre el pollo del arroz con pollo.

El parche antes que la herida

Esta manía es muy común en la literatura fantástica, y trata de manejar la suspensión de la incredulidad antes que el lector ponga objeciones.

Expresiones del tipo “Era inconcebible, pero juro que lo vi con mis propios ojos”, “incluso una probabilidad en un millón es posible”, “La realidad es más rica que la ficción” y otras del mismo corte juegan con esta manía y hacen que el lector ponga los brazos en jarra y piense: “a ver con qué guayaba se va a bajar este ahora”.

Mejor obviar este recurso e ir directo a la mentira turca. Mientras no se nos vaya mucho la pinza y no forcemos el pacto ficcional en repetidas ocasiones, el lector que gusta de este tipo de historias nos da un crédito de paciencia bastante holgado.

Me da pereza

Algunos escritores no hacen honor a su oficio y les da pereza describir situaciones a las que falta un poco de lógica. Ese policía que olvida revisar que su arma está cargada no puede argüir que por una razón que desconoce se le olvidó hacerlo. O que el taxi del protagonista se quede sorprendentemente sin gasolina, porque el chofer no se ocupó de llenar el tanque —ni se fijó en la insistente señal de tanque vacío— carece de lógica.

Si una acción rompe con lo que se espera de ella, hay que explicarla. No hacerlo es como decir que Fulano se murió porque se olvidó conscientemente de respirar. ¿Puede suceder? Puede, siempre y cuando se ofrezca una explicación colateral coherente.

¡Fuera de aquí, bellaco!

Si los personajes se la pasan haciendo pausas para café, rones y cigarros a cada paso de la trama, hay una buena posibilidad que el autor esté consumiendo también para ganar tiempo, tal como sus personajes. También se suceden quejas de los personajes sobre la confusión de la trama, que fácilmente podrían atribuirse a la indecisión del autor sobre cómo timonear su barco. Antes de llevar tu frustración al papel, date un paseo, aclara tus ideas y no confundas más a tus atribulados héroes. Ni los recargues de nicotina, alcohol o pastillas.

Ya bastante tienen ellos en sus platos.

Para escribir mejor

Soy mi peor enemigo

Variante de la manía anterior, en la que el autor hace un mea culpa en boca de sus personajes y se autocritica, antes que otros lo hagan.

Se reconoce cuando los protagonistas de la historia introducen cuñas de autoflagelación del tipo “esa explicación no tiene pies ni cabeza”, “esto me recuerda a las películas de clase B”, “estoy muy aburrido, ¿es que nunca pasa nada en este pueblo?”. Acto seguido la crítica se escucha y la trama mejora, así que entonces, ¿es necesario llevarte tan tenso?

Visión de túnel

Técnica muy empleada cuando el autor no tiene ganas de describir, así que venda los ojos de su personaje, le regala una agorafobia o una compulsión a hacer algo — digamos, adquirir un artefacto— tan brutal que le impide fijarse en ningún detalle de su entorno. Y vamos, sabemos que nadie cruza por lo general una calle sin mirar al menos a derecha e izquierda. Vale que a veces no detallamos de forma consciente, pero si después sale de repente un asesino detrás de una columna ya eso es escamoteo.

El efecto dorama

Algunos autores han consumido tanto del drama de telenovela que piensan que refleja la vida real, así que salpimentan sus tramas con gemelos malvados, triángulos y cuartetos amorosos, giros argumentales de paternidades improbables y otras nimiedades que poco o nada aportan a la historia.

Lo vomitivo no es emplear estos recursos emotivos baratos y gratuitos. Lo imperdonable es hacerlo a posta en una historia que no lo lleve, solamente para ganar lectores a base de clichés prestados. No voy a señalar a nadie. Pero creo que deberían haber dejado a He-man en su versión original.

Ya le añadiremos partes

Esta manía es clásica de los inicios, cuando aún el autor no tiene bien urdida la historia pero se sienta en el ordenador con el firme propósito de llenar cuartillas. Así, empieza la trama con una habitación en blanco, que no es más que un escenario que aún no ha sido preparado por el tramoyista. Al final de la historia esa habitación se parece más a un trastero: se le añadieron tantos elementos a la narración (personajes, acciones y objetos) que uno se pregunta por qué no presentar toda la parafernalia desde un comienzo, para ponernos en contexto lo más pronto posible.

Ojo, hay muchas novelas que emplean este recurso para hacer despertar al héroe herido después de un evento traumático y eso está bien cuando se hace *in media res* y ya el lector está ubicado en la trama.

15 Manías de escritor que se me quedaron en el tintero (Final, y no chivo más)



¿Qué puedo decir? En mi afán de señalar algunas malas manías de nosotros que escribimos, y siempre haciéndolo desde el respeto y mi estricto punto de vista, han saltado algunos ofendidos. Parece que algún sayo les sirvió de los enumerados en el primero de estos artículos, y también en el segundo.

Y eso que me he abstenido a propósito de poner ejemplos, ni de autores vivos ni muertos, para no herir sensibilidades. Pero nada: siempre hay a quien le molesto, por oscuras razones que escapan a mi comprensión de ermitaño confinado en su cueva.

Así que para aquellos que les resultan interesantes mis opiniones, y también para otros que me exigen credenciales y títulos literarios para escribir lo que me resulte conveniente en mi propia página, acá va el cierre de esta serie.

Lo siento si alguno se ve reflejado en estas 15 manías, pero tómenselo a guasa como lo hago yo.

Todos somos algo (muy) tontos

Clásica historia que solo puede funcionar en el supuesto que todos los personajes son tontos de capirote. No tienen ninguna iniciativa ni motivación personal, desafían la lógica y están ahí con la única función de bailar al ritmo que al escritor convenga.

Es el caso archiconocido de las víctimas que logran derribar al asesino en serie, y en lugar de machacarlo hasta hacerlo pulpa salen corriendo, dándole tiempo a que se recupere.

La pila de Lego

Ahora pasa esto, luego pasa lo otro, más tarde otro suceso interesante y al final, como no sé darle un cierre adecuado a la historia, pues la dejo tal cual. O mucho peor: me complico tanto en el argumento que la única solución posible es que todo sea un sueño.

Para escribir mejor

Típico cuento que, al final de una lectura de taller, todos tienen ganas de tirarte vasos plásticos —pero no lo hacen, porque están llenos de té o algo un poco más fuerte.

Más complicado que el marabú

Típica historia que arranca muy interesante, pero se da tal enredada argumental por el camino que no se sabe si estamos leyendo una novela o un tratado de Física Cuántica.

Estas historias puede que tengan un final convincente, pero son tan enrevesadas que sofocan *in media res* cualquier esfuerzo por comprenderlas.

Miren como brilla mi cabeza

Historia donde se reconoce ingenio y buena factura, pero cuyo final es o un chiste privado para un puñado de aludidos o un derroche de erudición del autor que nadie entiende ni tiene ganas de entender.

Aunque esta sea el tipo de historia que el escritor se muere por contar, elude mágicamente la necesidad intrínseca de que la literatura solamente funciona si al lector le gusta. No es que seamos comerciales o facilistas, pero hay que acortar la rienda del ego.

Historia Level up

Muy socorrida en la fantasía, pero también en la CF, es el clásico argumento que uno esperaría de un videojuego —no demasiado bueno. El protagonista tiene que adquirir la Espada de los Poderes, luego el Anillo Brillante de los Nibelungos, El Manto Supremo de la Invisibilidad Infinita y demás sarta de baratijas/artefactos si quiere enfrentar a su némesis con éxito.

Este tipo de historias es madera para sacar trilogías, tetralogías y más logías. De los nombres de los artefactos a conseguir, mientras más rimbombantes mejor.

Un océano de oportunidades desaprovechadas

Manía de algunos escritores de, en medio de la acción, hacer que sus personajes tengan largas disquisiciones filosóficas en torno a que hubiera pasado si hubiesen tomado una decisión diferente cincuenta cuartillas atrás.

No dudo que jugar a Doctor Strange sirva para expresar dudas muy humanas en los personajes, pero para ello hay un tiempo y un lugar. También una línea de pensamiento coherente: mientras el protagonista cuelga de una mano del patín de un helicóptero, no tiene mucho sentido analizar qué hubiera pasado si llegaba a apagar la hornilla antes de quemar la cena de la noche anterior.

Para escribir mejor

Información de carga frontal

Se ve mucho en los escritores de CF, que optan por en un par de cuartillas —párrafos incluso— por atiborrar al pobre lector de toda la información de contexto. De la forma menos didáctica posible.

A veces la carga frontal se esconde en un artículo insertado, una entrada de la enciclopedia galáctica o un “buen doctor” —perdón, Asimov— que detiene por completo la acción para darle al lector una vomitiva sesión de alimentación forzada. No digo que no sea necesario explicar, pero hay que dosificar la guayaba para que el lector no se atragante.

Carga frontal ab initio

Es lo mismo que la manía anterior, pero directamente al principio de la historia. El lector no tiene tiempo ni de desarrollar el mínimo de empatía con los personajes o el mundo, para que le importe un bledo que lo aturdan con información.

Pero, ¿y esto que es?

Justo al otro lado de la carga frontal, está la total ausencia de ninguna referencia de contexto en la historia. El argumento puede ocurrir en cualquier parte y en cualquier momento, sin dar un asidero al lector para que se entienda que está sucediendo.

Vamos, que por cuidarse de no atiborrar al lector, le dejan en un ayuno total: todo sin la medida justa es malo.

¡He hecho mi tarea!

El autor ha sudado y se ha quemado las pestañas de biblioteca en biblioteca, así que el lector debe aguantarse: volcará en su obra toda su recién adquirida erudición, dato a dato y fecha a fecha.

También ocurre cuando se ha currado al detalle la construcción de su mundo, y quiere que sepamos cuan en serio se lo ha tomado. El resultado son tochos llenos de datos y seres que no están ligados de forma definitiva a la historia, y que sería mejor organizar en una saga para no desaprovechar lo estudiado.

Se venden universos usados

Manía de algunos escritores de NO hacer su tarea. Es preferible tomar un universo ya construido, limar los nombres y pintarles otros por encima.

Esto ni siquiera es homenaje ni *fanfic*: es expropiación cultural en toda regla, porque los arquetipos empleados ya se han integrado a la cultura del lector. Ni siquiera merece la categoría de plagio. Es descaro, directamente.

Para escribir mejor

¡Mira que tecnológico soy!

Muy vista en algunos escritores de CF, esta manía consiste en sumarle a la prosa algún elemento tecnológico en forma de adjetivo, para que el lector se convenza de que estamos en una época futura.

Lo curioso es que ahora mismo nadie anda quitándose sus gafas *Rayban* para mirar en su teléfono inteligente con batería de litio y recarga inalámbrica las cotizaciones del Bitcoin inmaterial, mientras en el pub la música techno cargada de ruidos de *autotune* deleita a *hipsters* sonrientes con sus pulseras ergonómicas.

Cuando la tecnología se populariza, se incorpora como algo transparente que no merece demasiada mención. En una historia, los personajes y sus motivaciones siempre deben ser el foco de atención para que el lector pueda sincronizar con ellos.

El autor de ojo bizco

Manía de algunos escritores de modificar de forma constante el punto de vista de la historia, en una especie de danza de mosca que salta de la perspectiva de un personaje a otro sin demasiada lógica. En su cambio constante, a veces confiere habilidades adivinatorias a sus personajes, que cuentan un segmento de la historia que no tendrían por qué saber.

Caricaturas con borrones

Manía que consiste en esbozar a un personaje como un arquetipo literario (el científico orate, el héroe incorruptible, la *femme fatale*, el mutante movido por la venganza) y arrepentirse sobre la marcha, confundiendo al lector.

A nadie le gustan los estereotipos, pero no se puede negar que existen y en ocasiones son útiles para pintar personajes que no tienen demasiada trascendencia con dos trazos. Detallar los hobbies y dilemas internos de todos y cada uno de los *storm troopers* de la Guerra de las Galaxias no es relevante.

El sesgo del rasgo único

Tendencia a caracterizar a los personajes con una sola característica: ser tuerto, cojo, tener una cotorra en el hombro o usar un tricornio puede que destaque, pero no define a nadie. Ni siquiera es un rasgo de personalidad, sino un atributo físico, que a veces es hasta intercambiable. Vale para tomar puntos de referencia, pero incluso en esos casos se describe un poco más. En la vida cotidiana hasta decir “es por dónde va ese calvo más adelante” usualmente se acompaña del color de una prenda de vestir —por si hay un desfile de calvos.

Y hasta aquí el catauro de manías de escritor que he observado. ¿Te sientes identificado con alguna? ¿Has detectado alguna que falta en mis listas?

Sobre el uso (y abuso) de... los puntos suspensivos



El uso de los puntos suspensivos es una de las grandes peleas con uno de mis editores de *Atmósfera Literaria*. Acá la he perdido en buena lid, así que hincó rodilla en tierra y proclamo mi derrota con pelos y señales.

Y no es que no me gusten. Todo lo contrario: mis primeros manuscritos están llenos de ellos. También los últimos, pero por lo menos tengo el cuidado de revisarlos a la caza de este y otros gazapos de los que adolezco, antes de herir ojos ajenos.

¿Qué volá con los puntos suspensivos?

Primero, que son tres. Nunca dos y menos aún cuatro. No vas a causar más suspenso mientras más puntos pongas, pero sí rechazo si el que te lee se sabe las reglas para usar al más enigmático de los signos de puntuación.

Si eres de los dados a ignorar cánones, haz como dijo Picasso:

“Aprende las reglas como un profesional para poder romperlas como un artista”. Pablo Picasso

Así que echemos mano a la *Ortografía de la Lengua Española (OLE)* y al *Diccionario Panhispánico de Dudas (DPD)* de la RAE:

Generalidades de los puntos suspensivos

Los puntos suspensivos (...) se escriben unidos a la palabra o signo que los precede, y separados por un espacio de la palabra o signo siguiente. Si cierran el enunciado, actúan como sustitutos del punto, y la palabra siguiente comenzará en mayúscula:

Si yo quisiera... Bueno, tampoco creo que podría.

Si el enunciado continúa tras los puntos suspensivos, la palabra siguiente irá con minúscula inicial:

Me has tentado... a aceptar tu pacto.

Para escribir mejor

Para señalar pausas o interrumpir enunciados

Indican una pausa puntual para expresar duda, temor, indecisión o mantener la atención del lector:

Quisiera llevar la espada y el hacha... Espero no necesitar ambas.

Aquí vienen... en son de paz, espero.

Quizás podría... no sé si aceptes, pero... ¿me concedes esta pieza?

¡Oh! Si supiera lo que me provoca...

O para dejar un enunciado incompleto por cualquier motivo:

Es una historia larga... Mejor no entrar en detalles.

Para no tener que escribir todo el texto

Los puntos suspensivos permiten interrumpir la escritura de enunciados cuando el final se sobreentiende o es conocido por el interlocutor.

Ya sabes: matar, descuerar, filetear... En fin, lo de costumbre.

Árbol que nace torcido..., no me extraña que terminase preso.

¿Te acuerdas de la canción "Por el camino verde...?"

También pueden utilizarse para acortar un título largo que se haya mencionado previamente.

Para evitar palabras inadecuadas

Los puntos suspensivos pueden emplearse para insinuar palabrotas o expresiones malsonantes:

¡Vete a tomar por c..., hijo de la gran p...!

Para dar énfasis o expresividad

Los puntos suspensivos también se emplean no para interrumpir el texto, sino para indicar que hay que alargarlo durante la entonación y así darle fuerza.

Quizás pienses que este es un ejemplo típico:

Ser... o no ser... Esa es la cuestión.

Pero, te sorprenda o no, Shakespeare no utilizó ni una vez los puntos suspensivos en su obra.

Para enumerar

Los puntos suspensivos pueden finalizar enumeraciones incompletas.

Para escribir mejor

Llevo rosas, girasoles, claveles...

Nunca deben combinarse los puntos suspensivos con etcétera, por cierto. O uno u otro.

Para suprimir alguna palabra o fragmento en una cita textual

Si iniciamos una cita textual con puntos suspensivos, estamos indicando que no la transcribimos desde su comienzo. Los puntos suspensivos irán después de las comillas, sin ningún espacio que separe ambos signos:

“...Luca Brasi le apuntó a la cabeza con un arma y mi padre le aseguró que sus sesos o su firma estarían en el contrato”.

También se pueden utilizar los puntos suspensivos para indicar que dejamos la cita incompleta al final. Puntos y comillas irán pegados, sin espacio entre ellos:

“...Luca Brasi le apuntó a la cabeza con un arma y mi padre le aseguró que sus sesos o su firma estarían en el contrato...”.

Para indicar que se han suprimido palabras o fragmentos en medio de la cita

Deberán ir entre corchetes [...] o entre paréntesis (...):

“Mi padre le hizo una oferta que no pudo rechazar [...]. Sus sesos o su firma estarían en el contrato”.

Pero por fin, ¿qué volá con los puntos suspensivos?

Que un signo de puntuación tenga un uso correcto... no significa que se use... correctamente...

Uno de mis géneros favoritos, el terror, padece de esta enfermedad de suspender de forma constante el discurso. Pero no es el único: muchos escritores abusan de los pobres puntos suspensivos para andar suspirando al final de cada oración.

No digo nóveles —que son los más— sino también figuras consagradas que se regodean en su genialidad y dotan a sus frases de una solemnidad... que muchas veces suena más falsa... que un dólar de a siete.

Por poner un ejemplo sin ensañarme, miren esta joyita de una premio Nobel

“El ser humano es más grande que la guerra...”Svetlana Alexiévich

¿A qué el texto de una *selfie* en Instagram es más profundo? Y, pa rematar, los puntos suspensivos... pa dar falsa trascendencia.

Aquí toma la palabra Luife Galeano, que me hala las orejas:

Para escribir mejor

“Básicamente, el punto suspensivo solamente se justifica al producirse una interrupción de un diálogo del personaje A por otro del personaje B. Y muchos puntos suspensivos dentro del diálogo sugieren es que el personaje duda o no sabe cómo decir algo. ¿Qué ocurre?, que le quita al lector la posibilidad de imaginar el comportamiento para dárselo hecho.”

“No está mal, únicamente que dirige al lector. El punto y seguido o aparte fuerza al lector a imaginarse la situación. El diálogo de por sí debe indicarnos el modo o los sentimientos del personaje sin necesidad de que el escritor nos diga que, sí que, efectivamente, duda o se muestra precavido. El tema se agrava más cuando, encima, utilizamos la acotación de diálogo para insistir en el sentimiento”:

—*No sé, Fulano...* —*le contestó Mengano dubitativo.*

Mejor:

—*¿Qué sé yo?* —*le respondió.*

Así que mide tus puntos suspensivos con cuidado

Concluyendo: usar los puntos suspensivos está bien. Abusar de ellos, muy mal.
Le afean el estilo al más pinto de la paloma.

Es más dinámico dejarse de tanto punto suspensivo y solamente utilizarlos cuando se necesiten de verdad. Recuerda que el punto suspensivo dirige al lector. Todo depende que quieras hacerlo o que el monólogo lo implique, pero no lo consideres tan tonto ni que debes conducirlo al redil. Si la prosa es buena, se entiende por la frase sin necesidad de añadirle el efecto dramático de los puntos suspensivos.

Así, me considero disciplinado en este punto y juro —por la bolsa del canguro— respetar la inteligencia del lector, sin dar apoyaturas que no necesita. Pero, de nuevo, no está mal, solo que creo que sin puntos suspensivos queda mejor.

Las obras de Shakespeare en inglés original no tienen puntos suspensivos ni dirigían las sensaciones de los actores. Con la palabra le bastaba.

Breve guía de fantásticas historias manidas



Cómo todo género, la CF y la Fantasía están llenas de lugares comunes e historias manidas. En su momento eran geniales y marcaron hitos en la literatura de ficción. Luego, repetidas hasta el cansancio, producen asco en los lectores y escritores curtidos.

Muchos autores noveles, a los que además les faltan unas cuantas lecturas, redescubren estos caminos trillados y —¿por qué no?— se emocionan con ese giro genial que se les ha ocurrido a ellos solitos.

Es una lástima que luego se enojen con el amigo enciclopédico que todos tenemos que le alertan: eso ya lo hizo Fulano en tal novela.

El camino del triste autor que no lee

No contento con esa opinión experta —a veces más de una—, nuestro valiente novel no hace caso y llena cuartillas, confiando que su idea es nueva bajo el sol.

Luego se pregunta por qué no gana tal o cual concurso. Lo más seguro —piensa— es que el jurado le tenga inquina, o que su idea tan revolucionaria será presa del plagio descarado por alguno de sus miembros[i].

Pero él es joven, valiente y pujante. Además, no tiene tiempo de verificar lo que le dijeron sobre su idea. Un argumento que puede esgrimir también es que no desea “contaminarse” con la forma que el autor original abordó ese giro dramático.

Así que perderá tiempo y esfuerzos en reescribir Drácula (y aun así va a argüir que su visión personal es mejor, verás).

14 historias manidas que no me quiero leer

O quizás tenga un destello de humildad y considere esta pequeña lista de historias descartables. Créeme, como jurado no voy a tener piedad si me intuyo alguna de ellas. No digo que no puedas convencerme, pero tendrás que correr la milla extra:

El entorno escondido

Aun este lugar común es salvable, pero está más repetido que la morcilla. Los protagonistas moran en un mundo plano y estéril, del que pugnan por salir. Al final — ¡oh, sorpresa!— son hormigas en un plato de té.

¡Oh, mundo cruel!

La historia se desarrolla en un entorno deprimente y oscuro, y el prota es un escritor miserable y bohemio que se parece demasiado al autor. Los otros personajes comparten las características de sus amigos.

Dios es un ordenador

La historia adopta cualquier leyenda con matices bíblicos, y la soluciona rápidamente aplicando elementos de CF planos y simplistas. Su variante más vomitiva es la solución Adán y Eva cosmonautas, que de alguna forma terminan con la misión de repoblar un mundo.

La solución del viejo cojo

Una historia basada en alguna leyenda local se enreda de tal forma que nuestros héroes no podrían percatarse que pasa ni en un millón de años. Entonces, de repente, un personaje estrambótico —un viejo cojo, por ejemplo— nos lo explica todo de una forma perfectamente lógica.

El gabinete del doctor Who

Una historia que mezcla con cualquier rasero un universo basado en las leyes de la causa y el efecto con otro que responde a leyes místico /mágicas, pero el autor las imbrica porque... bueno, porque le da su reverendísima gana. Incluso la fantasía tiene sus propias leyes y cánones: a menos que te inventes unas muy buenas y bien urdidas, es mejor respetar los códigos para no enloquecer al lector.

El Deus ex Machina de toa la laif

Este es uno de los más conocidos: a partir de un desarrollo de historia donde parece no haber un desenlace a favor de los personajes por ningún lado, el autor se saca de la manga un conejo. Sí, no un as, sino un conejo e incluso un elefante.

Oro parece, plata no es

El autor empieza a trazar paralelismos imposibles. El Enterprise NO es como un crucero de batalla, ni la Estrella de la Muerte un destructor, ni Galactica es como un portaviones. Tratar que el lector asocie elementos futuristas con referentes modernos es un lugar común malo. Ya con la Guerra de las Galaxias tenemos bastante de eso, gracias.

Zapatero ¿y tu zapato?

Ocurre muchísimo cuando un autor acostumbrado a un género incursiona en otro sin estudiar bien los códigos del nuevo campo. A ver, puede parecer fascinante describir

todo el proceso de acople entre dos naves, pero ya para el lector está muy visto, así que prefiere ir directo al hueso de la historia.

Catástrofe a la orden

Mientras el universo en pleno se va a paseo, nuestros personajes se la pasan bomba en hoteles de lujo, manejan vehículos de marca y beben del mejor champán. ¿Hola? El mundo se va al garete y todo el mundo sufre, así que es solo justo que a tu héroe se le ensucie el esmoquin, ¿cierto?

El monstruo de Frankenstein

El autor incluye en la historia cada uno de los elementos que le pasó por la cabeza, sin discriminar nada, porque su proceso creativo es así, libre como el viento. ¿Qué tiene de malo que el hombre lobo se tome una cerveza con el Sombrero Loco, para luego luchar a brazo partido con el Kraken? Nada, solo que yo no quiero leerlo.

¡Qué bonito escenario!

Este tipo de relato tiene una factura exquisita, una atmósfera cuidadosamente bizarra para que te animes a leerla hasta el final y está tan, pero tan bien escrita que es una lástima que no cuente absolutamente ninguna historia. ¡Hey, tramoyista, te quedó regio! ¿Me llamas ahora al del guion, por favor?

¡Esto sí que es un divertimento de contemporaneidad!

Cuando tomas una historia insulsa de verdad y la escribes tan, pero tan, pero tan bien que mereces el Nobel de Literatura. La cuestión es que la historia versa de sacarte los mocos en el taxi y ver dónde los pegas: por mucho que la trabajes, no hay sustancia.

Creo que deberíamos etiquetarla

Una historia tan extraña y bizarra que no tengo como encasillarla. Ni dónde. Pero la pobre no puede dormir al frío, así que le pongo por ahí una espadita o una pistola de rayos para que cuele en la sección correspondiente de la librería.

Préstame el mapa

Gira turística por una distopía/utopía para que te relajes y mires por la ventanilla. En realidad no será necesaria una historia: la simple contemplación de mis habilidades como creador de este genial universo es más que suficiente para que te maravilles de mis habilidades como arquitecto.

[i] los cuales suelen ser escritores avezados a quienes le sobran las buenas historias y los recursos para contarlas, pero no tienen tiempo para escribirlas.

Blancanieves debe morir... tal vez, soñar



O ¿por qué son útiles los cuentos de hadas?

Como ya hablamos en nuestro docto y nunca bien ponderado podcast, los cuentos de hadas existen desde los albores de la Humanidad. Contar historias está en nuestra naturaleza como entes sociales, y no es difícil imaginar un grupo de nuestros antepasados alrededor del fuego en una caverna, entreteniéndose con historias antes de dormir.

Quizás estas fueron simplificadas y adornadas para que los mensajes de alerta hacia los más pequeños de la tribu calaran más profundo. Al fin y al cabo, nuestros hijos representan el futuro de la estirpe, así que es mejor infundirle un poco de miedo a los peligros reales del mundo.

Esa curiosidad innata de los pequeños es muy útil, pero también puede resultar temeraria. Así que los cuentos de hadas —no tan ingenuos ni edulcorados como los recibimos actualmente— tuvieron un papel importante en la supervivencia del hombre como especie.

¿Por qué amamos los cuentos de hadas?

Aunque ahora el mundo es mucho más seguro que antes para nuestros niños, los cuentos infantiles no han perdido vigencia, valor, ni importancia.

En primer lugar, cuando los niños pasan de escuchar las historias que les narramos a querer conocerlas por sí mismos, es que descubren y llegan a amar el proceso de la

lectura. Querer imaginar las historias que leen es el primer encuentro con el maravilloso mundo de los libros, y el escalón para otras lecturas más profundas.

Los cuentos de hadas son, entonces, parte ineludible en el crecimiento infantil. De hecho, en muchas familias se repiten generación tras generación las mismas historias para dormir, y gracias a ello se han rescatado de la tradición oral muchas narraciones que son hoy íconos de la literatura infantil.

Los cuentos proporcionan al niño una respuesta saludable a su necesidad de que la imaginación se estimule, relacione elementos entre lo real y la fantasía e intercambie con su percepción del mundo. Esto sin dudas cimienta su desarrollo cognitivo, social y emocional.

Cuentos para crecer bien

Aunque el concepto de terapia es bastante reciente, si analizamos las historias de hadas con la lupa de un psicólogo es fácil darse cuenta del papel positivo que estas pueden tener sobre el desarrollo de la psique y la personalidad de un infante.

Si las miramos con el prisma de un pedagogo, estremece darse cuenta que la narración de historias amenas es, en cierta forma, la base original de toda la pedagogía. Cuando la palabra escrita no existía, los más ancianos debían enseñar a los más niños las habilidades necesarias para la supervivencia. Eso, mientras los adultos más aptos garantizaban el alimento para la tribu.

Por lo efímero de la palabra al viento, nunca sabremos si esos primeros maestros se valieron de cuentos de hadas para transmitir de forma amena esas enseñanzas. Pero, comenzando por la Epopeya de Gilgamesh, los registros escritos de cuentos de hadas abundan.

Si esto no te convence, he aquí un resumen:

Los dioses enviaron a Enkidu para que luchara contra Gilgamesh y lo venciera. Pero la lucha se torna muy pareja, y Enkidu reconoce a Gilgamesh como rey y los dos luchadores se hacen amigos. Juntos deciden hacer un largo viaje en busca de aventuras, en el que se enfrentan a animales fantásticos y peligrosos.

Si esto no es el comienzo de un buen cuento infantil, no sé qué lo sea.

El efecto positivo de los cuentos de hadas

Pero está estudiado y establecido por la ciencia moderna que la lectura de los cuentos desencadena unos procesos importantes: nos sentimos identificados con los personajes, nos dejamos transportar hacia los mundos imaginarios, utilizamos una forma lúdica para entender los sentimientos más complejos.

Por esta razón, además de entretener los cuentos infantiles son una herramienta educativa muy eficaz. Los niños se reconocen en los protagonistas de los cuentos. De esta forma, pueden experimentar las mismas emociones que el héroe y reconocerlas en sí mismos. Esto les permite nombrarlas y expresarlas.

Los cuentos también enseñan pautas de comportamiento para responder ante las situaciones nuevas, gracias al pensamiento mágico. Este tipo de organización mental permite crear un modelo simplificado de la realidad y decidir de antemano las consecuencias de sus acciones como si fuesen un cuento, antes de llevarlas al plano real.

En este sentido, cada cuento le permite aprender una lección que puede aplicar durante su crecimiento, y le da una forma preconcebida de responder ante los cambios en su entorno. Los cuentos también transmiten enseñanzas morales y sociales, que les permiten afrontar los conflictos internos típicos de su edad —del tipo, quizás, “si miento me crecerá la nariz como a Pinocho”.

Tan importantes son los cuentos que existen, de hecho, técnicas psicológicas que se basan en ellos para conocernos a nosotros mismos. Hablamos de la cuentoterapia, que debe su nombre al psicólogo español Antonio Lorenzo Hernández Pallarés. Establecida a inicios del siglo XXI, se basa en las propiedades sanadoras de los cuentos tradicionales.

Gracias a los mapas psicológicos subyacentes en estas historias, se puede sacar provecho de ellos para reconocer las emociones y el lenguaje simbólico subyacente en

cada uno. Esto no solo es provechoso para el niño, sino que ayuda al adulto a mantener la memoria del pasado, imaginar el futuro y expresar el presente.

Así que no se debe subestimar la importancia y el impacto de los cuentos infantiles. Ni manipularlos sin saber exactamente lo que estamos haciendo.

Muchas veces, desde nuestra perspectiva de adultos, pretendemos modificarlos para que se amolden a la forma de pensar que reconocemos ahora como válida y políticamente correcta. Pero eso es mejor dejarlo al análisis de los expertos.

Yo, en tanto, prefiero ceñirme a lo tradicional: el sapo tiene que ser besado, Caperucita acosada por el lobo, Cenicienta ser esclavizada por su madrastra...

Y Blancanieves debe morir... tal vez, soñar.

Para escribir mejor

¿Papel o digital? Lo bueno para ti, es bueno para mí



Mucho se ha hablado en relación a la lectura en papel vs la publicación digital. Sobran las opiniones sólidas con respecto a una u otra variante, tal como son verdaderas hordas las que se unen a uno u otro bando.

Yo, como muchos otros, soy de los que queda atrapado en el fuego cruzado y me confieso péndulo oscilante en ambas vertientes. Por un lado por supuesto que adoro los libros en papel como lector... pero más los idolatro como creador.

No es solo el cheque al final del año

No hay nada más reconfortante que poder palpar una obra propia en físico, en un objeto material que no depende de baterías ni pantallas. Que puede resbalarse de tus manos cuando lo estás leyendo y caer al suelo sin que eso constituya una hecatombe. Que resista los embates del tiempo y la humedad por años, y no sea un verdadero desastre verlo perecer en un fallo de disco duro o tarjeta.

Muchos estigmatizan al libro en papel como el causante de severos daños ecológicos. Si bien esto podría ser cierto a principios de la industria papelera, en el siglo XXI es una falacia. Hay que recordar que el papel se elabora (desde los tiempos del imperio chino), creando una pulpa de trazo y, ¡oh maravilla! papel y cartón viejos tratados de forma conveniente. Así que los propios libros pueden reciclarse —conozco unos cuantos que merecen ese fin— para ser hueso y carnes de otros nuevos.

Para escribir mejor

Tampoco las editoriales hoy en día hacen tiradas gigantescas a tontas y a locas como antes. A menos que trate de un material escolar obligatorio, la literatura se ha vuelto cauta de cara al mercado. No es de extrañar que un título se anuncie a bombo y platillo como la tercera o la cuarta edición: no caigas en esa trampa. Pregunta de cuantos ejemplares fueron las tiradas anteriores, para ver si en realidad estamos en presencia de un bestseller o de un longseller.

Pero para no divagar, si comparamos el impacto sobre el medio ambiente de un libro físico contra su clon electrónico, el papel sale en ventaja. Además de la electricidad necesaria para cargar el dispositivo, debe entenderse que para producir una pc, una tableta o un móvil se requieren de procesos tecnológicos que contaminan mucho y consumen recursos no renovables. Al morir, estos equipos son de difícil reciclaje.

Añadimos que los árboles utilizados por la industria del papel suelen ser de muy rápido crecimiento. El propio sector ya está sensibilizado con su propio impacto ecológico y no solo replanta su materia prima, sino que trata el agua utilizada de forma eficiente.

Y un hecho indiscutible: el libro en papel es un pequeño cofre que atesora el tiempo y el esfuerzo que el autor dedicó a crear la obra. Lo cual salvaguarda el derecho intelectual del autor, pero al mismo tiempo limita su alcance en los tiempos modernos.

Una lanza electrónica a favor del digital

Es estúpido negar que la lectura en digital llegó para quedarse.

Amén de las desventajas, el libro electrónico como producto es mucho más barato. No requiere de impresión física, aunque el proceso de edición, maquetado y arte sigue siendo el mismo. O al menos eso esperan tanto el autor —que no es infalible— como el lector final, que espera un resultado comparable al de un libro de papel bien editado.

El libro electrónico es, además, inmediato y universal: su adquisición no implica gastos o demoras de transporte, la editorial no necesita espacio de almacenamiento para conservar sus tiradas y el lector lo recibe de inmediato cuando compra.

Aquí viene la parte complicada del asunto.

Para escribir mejor

Al ser un medio fácilmente reproducible y asequible desde cualquier parte del mundo, el libro electrónico puede replicarse y distribuirse *ad infinitum* por terceros, en detrimento económico de autores y editoriales. Ojo, estamos hablando de la piratería.

Pero, en algunos casos, he de justificarla.

Corsario, no pirata

Desde la falta de acceso al mercado editorial y el convencimiento que para convertirme en un gran escritor necesito cabalgar sobre los hombros de gigantes, hago un *mea culpa* por todos esos grandes que he leído al amparo del sombrero negro. Cuando pueda y en cuanto tenga los recursos, adquiriré y honraré a autores y editores comprando las obras físicas. Pero no me voy a privar del gusto y el derecho a cultivarme.

Espero que el noventa por ciento de mis lectores haga un acto de contrición y lo reconozca junto conmigo: justo ahora, mis archivos digitales cuentan con más libros de los que me voy a leer en todo lo que me queda de vida. Es posible que no me alcancen cuatro o cinco reencarnaciones.

Esta es una “ventaja” que empuñan los lectores digitales: el poder de llevar en un dispositivo portátil el equivalente de la Biblioteca de Alejandría. Es también una desventaja, porque seguro estoy que no vas a leer una décima parte de tu gran colección. Tener gigas de libros en pdf no te hará más sabio que el que bien tiene estudiado su librero de anaquel.

Más bien, te convierte en un mono que echa todas las manzanas de la sabiduría en un saco, en lugar de deleitarse solo con una.

Lo bueno para ti, es bueno para mí

Comienzan entonces los sentimientos encontrados de este humilde autor, que recién tiente el agua como parte del colectivo editorial.

Por un lado, solo otro escritor puede comprender el enorme desgaste físico e intelectual que conlleva escribir una historia coherente y atractiva. Por el otro, hay

Para escribir mejor

obras que un lector agradecido merece tener ante sus ojos de la forma más barata y expedita posible.

Pese a lo que el público general piensa, una sola cuartilla que se lee en tres o cuatro minutos lleva horas sino días de trabajo: entre la escritura, la reescritura, la corrección ortotipográfica y de estilo, las amargas discusiones entre autor y editor y el maquetado final a su valor literario se le suman muchas horas de trabajo real.

Para que sea un producto que aporte valor a quien lo lee, un libro pasa por muchas manos y requiere del concurso de muchos actores. Estos trabajan, como no, con mucho amor por el arte. Pero no pueden vivir simplemente del placer que les causa contemplar el producto terminado. A los ojos del mundo, un escritor publicado es millonario, y todos los editores son mercaderes avariciosos que timan tanto a un lado como al otro.

Ambos personajes existen, claro está, pero no son ni la media ni la norma de los que trabajamos en este sector.

Siendo así, declaro:

Como autor, te pido que me apoyes. Lo ideal es que adquieras mis libros en físico, en papel, para que seamos compañeros de por vida y acudas a mi cuando quieras un amigo que te entienda, te acompañe y te haga la vida más leve. Quizás hasta sea un buen maestro para tus hijos y nietos, en mi afán de que mi voz resuene después que ya no tenga garganta.

El siguiente ideal, justo por debajo del libro físico, es que adquieras la versión digital de mis obras directamente desde sus sitios de venta. Que no te desencante el menor precio: en un final, el contenido es el mismo si tienes a bien escucharme. Solo me preocupa que, por costarte poco y no tener que esperar mi obra vaya a engrosar la larga lista de los “ya me lo leeré más tarde”...que nunca se leen.

Ahora bien: si te urge, si necesitas a toda costa recibir mis palabras y te son imprescindibles para continuar viviendo y progresar, no seré yo quien te prive de ellas. No lo apruebo, pero yo también he pecado al leer autores que no he podido retribuir el

Para escribir mejor

beneficio que ellos me hicieron. Aun así, les guardo una deuda de gratitud, un aprecio inquebrantable y me declaro el mejor de sus campeones.

Si tú estás ávido de quedar en deuda conmigo, no me opongo. Solo recuerda que necesito de ti.